MAR FERNÁNDEZ



Un legado compartido

Willow Creek

Un legado Compartido

Willow Creek
2

MAR FERNÁNDEZ

UN LEGADO COMPARTIDO

(Willow Creek 2)

Copyright © 2026 Mar Fernández
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: *violetamtcorreccion@gmail.com*
Maquetación: *valeriemillerescribe@gmail.com*

All Rights reserved
1ª edición en Marzo 2026
www.safecreative.org
Número de registro: 2603024744653

Sello: Independently published

"Amar es desear el bien del otro
por encima del propio".

Aristóteles

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO

MAR FERNÁNDEZ

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

PRÓLOGO

Willow Creek

El aire fresco de la tarde envolvía la pequeña pastelería "Dulces y sueños". Natalie estaba terminando de limpiar el mostrador, mientras sus pensamientos divagaban en las tareas del día siguiente. La jornada había sido tranquila, con el ir y venir de clientes habituales y algún que otro curioso, pero ahora, con el sol escondiéndose tras las colinas, la tranquilidad reinaba en el lugar.

Estaba a punto de dirigirse a la puerta para colgar el cartel de: «cerrado», cuando el suave tintineo de la campanilla rompió el silencio.

Al volverse, se encontró con el rostro conocido del señor Taylor, su casero. La sonrisa que llevaba tiempo apagada, consecuencia del cansancio del día, volvió a iluminarse por la inesperada visita.

—¿Cómo va todo, mi niña? —preguntó el hombre con su voz rasposa pero cálida, mientras cerraba la puerta tras de sí con un ademán tranquilo.

Natalie dejó el trapo sobre el mostrador y se dirigió hacia él. Aunque no era un hombre alto ni especialmente corpulento, había algo en su porte que inspiraba respeto y confianza. Su cabello, blanco como el azúcar glas, parecía brillar con la última luz del día, y su mirada, siempre amable, tenía esa chispa que solo las personas que saben disfrutar de las cosas simples suelen tener.

—Todo en orden, señor Taylor —respondió Natalie, ajustándose el delantal con un gesto distraído—. Hoy no ha sido un día muy productivo, pero vendí algunos de los *muffins*. Los de arándanos, ya sabe, siempre triunfan.

El señor Taylor asintió, con una risa suave escapando de su garganta mientras la observaba con una mezcla de orgullo y cariño.

—Lo sabía. Te lo dije desde el principio: tienes talento, Natalie. La gente de este pueblo puede ser terca, pero sabe

reconocer cuando algo es bueno, y tu repostería lo es.

Ella se rio entre dientes, quitándose el delantal y colocándolo cuidadosamente sobre el mostrador. Había algo reconfortante en las palabras del señor Taylor, como si, de algún modo, su confianza en ella pudiera disipar todas sus dudas.

—Gracias, señor Taylor, pero creo que usted no es objetivo al respecto.

El señor Taylor frunció el ceño con fingida desaprobación, haciendo un gesto con la mano como si estuviera espantando sus palabras.

—Bah, tonterías. Lo haces de maravilla. ¿Sabes? Cuando abrí este lugar hace años, nunca pensé que alguien más pudiera cuidarlo tan bien como yo... Pero luego llegaste tú, y me hiciste cambiar de opinión.

Natalie se quedó en silencio por un momento, conmovida por sus palabras. Miró a su alrededor, observando la acogedora pastelería, con sus mesas de madera, las vitrinas repletas de dulces, y el aroma de vainilla y canela que todavía flotaba en el aire.

—Siempre digo que esta pastelería tiene algo especial gracias a usted —dijo finalmente, mirándolo con una sonrisa—. Es como si su espíritu estuviera en cada rincón.

El hombre soltó una risa sonora que hizo que su pecho se sacudiera levemente, y negó con la cabeza.

—Mi niña, si este lugar tiene algo especial, es porque tú estás aquí. Yo solo te traspasé el negocio, pero tú le diste nueva vida.

Natalie sintió cómo sus mejillas se sonrojaban, pero no pudo evitar sonreír. El señor Taylor siempre había creído en ella, incluso cuando ni siquiera ella estaba segura de poder encargarse del negocio.

—Bueno, ¿le apetece un té antes de que cierre? —ofreció, queriendo prolongar un poco más la conversación.

El hombre asintió con entusiasmo, quitándose el sombrero y dejándolo sobre una de las mesas.

—Eso sería estupendo. Ya sabes que no puedo resistirme a tu hospitalidad.

Mientras Natalie se dirigía a preparar el té, el señor Taylor tomó asiento junto a una de las vitrinas, observando cómo la luz cálida de las lámparas iluminaba las sugerentes, y dulces, creaciones de Natalie. Había algo reconfortante en la tranquilidad de la tarde, en el murmullo de los utensilios y en el suave tintineo de las tazas.

Cuando ella regresó con el té humeante, ambos se sentaron a conversar, compartiendo anécdotas del día y riendo con la facilidad que solo una amistad genuina podía brindar.

—¿Sabe, señor Taylor? Siempre pienso que este lugar es como un refugio para mí —confesó Natalie—. Aquí todo parece más sencillo, como si el mundo exterior quedara muy lejos.

El señor Taylor la miró con ternura, asintiendo lentamente.

—Es porque aquí has encontrado tu propósito, mi niña. Cuando uno está donde debe estar, todo lo demás deja de importar.

Natalie se quedó pensativa ante sus palabras, sintiendo cómo un cálido agradecimiento se alojaba en su pecho. En el fondo, sabía que el señor Taylor tenía razón.

CAPÍTULO 1

Unos meses después.

La oficina del abogado estaba impregnada de un aire solemne. Era un espacio austero pero ordenado, con estanterías abarrotadas de tomos legales de lomos gastados, que desprendían un leve aroma a papel viejo y cuero. El escritorio de madera oscura, pulido hasta brillar, parecía casi desproporcionado en comparación con las dimensiones reducidas de la sala. El único sonido que rompía el pesado silencio era el *tic-tac* metódico de un reloj de pared.

Natalie Sullivan estaba sentada en una de las sillas frente al escritorio, con las manos entrelazadas en su regazo. Su postura era erguida, pero sus dedos apretados traicionaban la calma que intentaba proyectar. Su mente, en cambio, era un torbellino de pensamientos. Desde que había recibido la carta citándola en el despacho de John Merrick, su nerviosismo no había hecho más que crecer. La pérdida del señor Taylor, además de un golpe emocional, la había dejado llena de incertidumbre. Él había sido más que su arrendador: un mentor, un amigo… Y ahora, sin él, sentía que su pastelería, su sueño y todo por lo que había luchado, pendía de un hilo.

Finalmente, incapaz de contenerse más, Natalie rompió el silencio.

—Disculpe, señor Merrick, ¿puede decirme el motivo de esta reunión?

El abogado levantó la vista de los documentos que revisaba. Era un hombre de mediana edad, de rostro delgado y gafas de montura gruesa que le daban un aire serio, casi impenetrable. Sonrió brevemente, aunque con una expresión profesional.

—No se impaciente, señorita Sullivan. Aún falta alguien por llegar. Preferiría esperar para no repetir el mismo discurso —respondió con calma antes de volver a concentrarse en los papeles frente a él.

En ese momento la puerta se abrió con un leve chirrido, interrumpiendo sus pensamientos. Al levantar la vista, Natalie se quedó helada al ver entrar al mismísimo Grayson Gallagher.

Él avanzó por el pequeño despacho con el sombrero en una mano y la otra aferrando su cinturón. Llevaba una camisa de lino blanca de cuello abierto, arremangada justo por debajo de los codos, y unos *jeans* oscuros perfectamente ajustados que destacaban sus musculosas piernas. Un chaleco gris completaba el conjunto, dándole un aspecto informal pero pulcro. Sin embargo, era su rostro lo que llamaba más la atención. Su mandíbula estaba tensa, y su mirada; de un verde oliva profundo, frío y calculador, barría la sala como si evaluara la situación antes de pronunciar palabra.

Natalie sintió un nudo formándose en su estómago. La sorpresa inicial se convirtió rápidamente en incomodidad. ¿Qué estaba haciendo él allí?

Grayson, por su parte, pareció tensarse al descubrir su presencia, aunque no lo demostró más allá de un ligero endurecimiento de su expresión. Sus ojos se detuvieron en ella por un breve momento, antes de apartar la vista. Sin decir una palabra, se sentó en la silla junto a Natalie y colocó el sombrero sobre su rodilla.

El silencio que siguió era tan espeso que casi podía palparse.

—Gracias por venir a ambos —dijo finalmente el abogado, rompiendo el silencio.

John Merrick dejó a un lado el documento que tenía entre manos y sacó un sobre sellado. Movía las manos con calma deliberada, consciente de la incomodidad que impregnaba la habitación.

—Les he citado hoy aquí a los dos por expreso deseo del señor Taylor.

—¿De qué se trata exactamente? —preguntó Grayson sin poder contenerse.

—Es muy simple —respondió el abogado—. El señor Taylor dejó instrucciones específicas sobre cómo desea que se distribuyan sus bienes. Y, en particular, quiso dirigirse a ustedes dos.

Natalie no pudo evitar lanzar una mirada fugaz hacia Grayson. Él permanecía inmóvil, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la impaciencia y la indiferencia. A pesar de sus esfuerzos, ella notó la leve rigidez en sus hombros. Grayson no estaba tan tranquilo como aparentaba.

Por su parte, Grayson ignoraba deliberadamente a Natalie, enfocándose en el abogado. Aunque sus gestos eran contenidos, había un brillo de curiosidad en sus ojos que contradecía la fachada de desinterés. ¿Qué tenía que ver él con ese asunto? Y, más importante aún, ¿por qué involucraba a Natalie Sullivan?

—Procederé a leer las disposiciones del señor Taylor —continuó Merrick, con profesionalidad, mientras rompía el sello del sobre.

El abogado comenzó a leer:

—«A mi querida Natalie Sullivan, le dejo la mitad del local comercial situado en Main Street, donde se encuentra su pastelería. Desde el día que llegaste, llenaste ese lugar con calidez y dulzura, convirtiéndolo en un punto de reunión para la comunidad. Me hiciste sentir orgulloso de haber confiado en ti. Mi deseo es que sigas construyendo tu sueño y que el lugar siga siendo tan especial como lo es».

Natalie parpadeó, su corazón latía con fuerza contra su pecho. Había sentido que el señor Taylor la apreciaba, pero jamás había esperado que le dejara un legado como aquel. Antes de que pudiera asimilarlo por completo, el abogado continuó:

—«A mi ahijado, Grayson Gallagher, le dejo la otra mitad del local. Siempre has sido como un hijo para mí. Durante demasiados años los Gallagher y los Sullivan han sido enemigos, pero espero que con esto esa rivalidad concluya de una vez por todas. Creo que algo bueno puede salir de aquí, aunque ahora no lo veas».

El silencio que siguió fue tan pesado que podría haberse cortado con un cuchillo. Natalie abrió la boca para hablar, pero nada salió de sus labios. Su mirada se clavó en el abogado, como si quisiera confirmar que había escuchado mal.

—¿Qué? —logró decir al fin, con un tono agudo y lleno de incredulidad.

Grayson, por su parte, se recostó en la silla, dejando escapar una risa seca y sin humor.

—Debe ser una broma.

El abogado negó con la cabeza, manteniendo la compostura.

—No es ninguna broma, señor Gallagher. El señor Taylor dejó instrucciones muy claras. El local es propiedad conjunta de ambos.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Natalie, inclinándose hacia adelante—. Yo… ese lugar es mi vida. No puedo compartirlo… y menos con él.

Grayson giró su rostro hacía ella, y le lanzó una mirada cortante, pero su tono fue controlado cuando habló, aunque cargado de sarcasmo.

—Tranquila, Sullivan. Créeme, no estoy particularmente emocionado de compartir algo contigo. Pero si Taylor quiso incluirme, por alguna razón será.

Natalie se giró hacia él, con las mejillas encendidas por la indignación.

—¿Razones? ¿Qué razones podría tener para arruinar mi negocio?

Grayson apretó los dientes, luchando por no devolverle un comentario mordaz.

—No te equivoques, Sullivan. Yo no necesito tu negocio.

El abogado intervino, con una voz calmada que buscaba rebajar la tensión.

—Entiendo que esto sea una sorpresa, pero les sugiero que se tomen un tiempo para pensar en la situación. Este local es ahora una responsabilidad compartida, y cualquier decisión que tomen deberá ser en conjunto.

Natalie volvió a recostarse en su silla, cruzando los brazos con fuerza. Su mente bullía con preguntas y un torrente de emociones: tristeza por la pérdida de Taylor, ira por la situación y… algo más que no podía identificar.

Grayson se levantó lentamente, ajustándose el sombrero sobre la cabeza.

—Esto va a ser interesante —murmuró antes de salir de la oficina.

Natalie lo observó irse, sintiendo que el mundo bajo sus pies se tambaleaba.

***

Una hora después.

De vuelta en su pastelería, Natalie entró con pasos apresurados, cerrando tras de sí la puerta, como si quisiera aislarse del mundo. El familiar aroma a vainilla, azúcar y canela, que normalmente le proporcionaba consuelo, esta vez no hacía más que intensificar la sensación de asfixia en su pecho. Era como si una bomba hubiera estallado y la onda expansiva la hubiera dejado temblando y sin rumbo.

Dejó caer su bolso sobre una de las mesas y se recostó contra el mostrador, llevándose una mano a la frente. Las palabras del abogado seguían resonando en su mente: «Grayson Gallagher… propiedad conjunta… responsabilidad compartida».

—¿Por qué? —murmuró, más para sí misma que para nadie.

Sus pensamientos se arremolinaban como un torbellino, deteniéndose una y otra vez en la misma persona: Grayson Gallagher. ¿Qué iba a hacer él? ¿Querría vender su parte? Eso sería lo más lógico, pero el recuerdo de su fría actitud en la oficina del abogado le hizo estremecerse.

—¿Qué tal si decide quedarse con su parte solo para arruinarme la vida? —dijo en voz alta, con un tono teñido de amargura.

Los Gallagher eran conocidos por ser implacables. Había escuchado historias de la enemistad entre sus familias durante toda su vida: disputas por tierras, negocios arruinados, alianzas traicionadas. Y aunque ella nunca había tenido un enfrentamiento directo con Grayson, sabía lo suficiente como para no confiar en él. Ahora, el futuro de su pastelería, su mayor logro, dependía de él.

Su mirada recorrió el local, deteniéndose en los pequeños detalles que había elegido con sumo mimo y cuidado: las mesas rústicas decoradas con flores frescas, las vitrinas repletas de pasteles y galletas recién horneadas, el rincón acogedor con libros y

una pequeña pizarra donde escribía mensajes motivadores cada día. Todo aquello era parte de ella, su esencia y el fruto de duro trabajo, de madrugones, de días interminables. De meses en los que apenas podía pagar las facturas, y de noches en las que lloraba pensando si había cometido un error al abrir aquel negocio.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas antes de que pudiera detenerlas. La posibilidad de perderlo todo, de ver cómo ese lugar que tanto significaba para ella caía en manos de alguien que ni siquiera quería estar allí, era demasiado.

—No puedo perder esto —sollozó, llevándose las manos a la cara.

El señor Taylor siempre había creído en ella. Había sido el primero en apoyarla cuando nadie más lo hizo. Recordó la manera en que él solía pasar las tardes sentado en una de las mesas, probando sus galletas y dulces, dándole consejos sobre cómo mejorar las recetas. Siempre le decía que su pastelería era especial, un lugar donde la gente se sentía como en casa.

Y ahora, ese hombre al que tanto había admirado, al que casi veía como una figura paterna, había decidido unir su destino al de Grayson Gallagher.

—¿Por qué, señor Taylor? —susurró—. ¿Por qué me hizo esto?

Sabía que no tenía dinero para comprar la parte de Grayson. Apenas lograba cubrir los gastos del negocio mes a mes. Y lo que era peor, temía que Grayson usara la situación para vengarse de su familia por algo que ni siquiera tenía que ver con ella, pero que podía acabar con todo por lo que había luchado.

Lloró desconsoladamente, dejando escapar toda la frustración, el miedo y la impotencia que había acumulado desde la lectura del testamento. El señor Taylor le había otorgado una parte de su amado local, un gesto que inicialmente parecía un regalo generoso, pero ahora ese obsequio, en apariencia valioso, venía con una condición que lo convertía en una carga: compartirlo con Grayson Gallagher, el último hombre que querría que se cruzase en su camino.

Lar tarde corrió lentamente mientras atendía a los clientes habituales, y cuando el reloj del local marcó las seis en punto, Natalie apenas lo notó. Afuera, la tarde comenzaba a ceder ante la llegada de la noche.

Tras unos minutos, levantó la cabeza y respiró profundamente. Necesitaba calmarse. Necesitaba un plan. Aunque no sabía cómo enfrentarse a Grayson Gallagher, lo único que tenía claro era que no iba a renunciar a su sueño sin luchar.

Miró hacia la pequeña pizarra que estaba junto al mostrador. La frase del día aún permanecía escrita con tiza blanca: *«Los grandes logros siempre empiezan con una decisión valiente».*

La ironía de aquella frase le arrancó una pequeña sonrisa, pero también le dio una pizca de fuerza. Tal vez no sabía cómo iba a salir de aquella situación, pero no iba a dejar que nadie, ni siquiera Grayson Gallagher, le arrebatara lo que había construido con tanto esfuerzo.

Suspirando profundamente, apagó las luces y giró el cartel de la puerta para indicar que estaba cerrado. Afuera, el aire nocturno era fresco y tranquilizador, un contraste con la tormenta que rugía en su interior. Cerró la puerta con llave y echó un último vistazo al lugar.

«Mañana será otro día», se dijo para animarse. La batalla acababa de empezar, pero si algo había aprendido de los momentos más difíciles de su vida era que la fortaleza no venía de las circunstancias, sino de las decisiones.

CAPÍTULO 2

El sonido de los cascos resonaba en la penumbra del establo mientras Grayson liberaba la cincha alrededor del lomo de su caballo. Sus movimientos eran precisos, casi mecánicos, pero su mente estaba muy lejos de allí. No podía dejar de pensar en lo que había sucedido en el despacho del abogado aquella mañana, en el inesperado legado de su padrino y, sobre todo, en Natalie Sullivan.

—¿En qué estaba pensando el señor Taylor? —gruñó entre dientes.

Como había sucedido en las últimas horas, la imagen de Natalie irrumpió en su mente, como un zumbido persistente que se negaba a apagarse. Recordó cómo había apretado los labios cuando el abogado pronunció su nombre, la sorpresa en sus ojos ambarinos al descubrir que ahora compartían algo más que el odio entre sus familias. Pero lo que más lo desconcertaba, lo que realmente lo inquietaba, era la forma en que su corazón había dado un vuelco cuando aquel inconfundible aroma dulce a canela, tan propio de ella, llegó hasta sus fosas nasales.

Con un gesto brusco, Grayson sacudió la cabeza, como si eso fuera suficiente para disipar aquellos pensamientos. Bajó la vista hasta su montura desgastada, y liberó al caballo, colocándola sobre un potro, concentrándose en el trabajo manual como un ancla que lo mantuviera en el presente.

Poco después, mientras pasaba un paño sobre la silla de montar, el crujido de pasos sobre el heno lo sacó de sus pensamientos. Levantó la mirada y vio a Dakota en la entrada del establo, con los brazos cruzados y una expresión que mezclaba curiosidad y preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó Grayson con voz neutral, volviendo a enfocar su atención en el cuero desgastado.

—Eso debería preguntarlo yo —respondió Dakota, dando un par de pasos hacia él—. Has estado raro todo el día. ¿Tiene algo que ver con tu visita al despacho del abogado?

Grayson dudó un instante. Aún no había compartido con nadie lo de la herencia del señor Taylor, ni las implicaciones de la misma. Pero sabía que no podría ocultarlo por mucho tiempo más. Y en el fondo, necesitaba la perspectiva de alguien ajeno al problema.

—Sí… es por eso —confesó finalmente, dejando escapar un suspiro largo. Se apoyó contra una de las vigas, cruzando los brazos sobre su pecho—. El señor Taylor me dejó algo en su testamento. La mitad del local de la pastelería.

Dakota alzó las cejas, claramente sorprendida.

—¿El local de Natalie? —preguntó, como si necesitara confirmarlo para asegurarse de que había oído bien.

Grayson asintió, apretando la mandíbula antes de responder.

—Bueno, realmente era del señor Taylor, pero sí.

Dakota se quedó en silencio un momento, intentando asimilar lo que aquello significaba.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó finalmente.

Grayson dejó caer la cabeza hacia atrás, mirando el techo del establo como si allí pudiera encontrar las respuestas.

—No lo sé. Vender sería lo más lógico, ¿no? No tengo tiempo ni interés en lidiar con una pastelería… y mucho menos con una Sullivan.

Dakota soltó una risa corta, aunque no había burla en su tono.

—¿De verdad, Grayson? ¿Esa es tu única razón? ¿Porque Natalie es una Sullivan?

Él bajó la mirada, encontrándose con los ojos de su hermana. Había verdad en sus palabras, pero no podía ignorar el peso de la rivalidad entre ambas familias.

—Es más complicado que eso. La pastelería era todo para Taylor, lo sé. Pero si me quedo con mi parte, seguramente Natalie pensará que quiero arruinarla.

—Eso es algo que deberías discutir con ella, no conmigo. Pero antes de hacer cualquier cosa, piensa en lo que ese lugar significó para Taylor… y para ti.

Grayson frunció el ceño, confuso.

—¿Para mí?

—Sí —respondió Dakota, con una pequeña sonrisa—. ¿Recuerdas cuánto te gustaba pasar tiempo con él cuando eras niño? Siempre hablabas de cómo te enseñó a preparar galletas y bizcochos.

La mención de aquellos recuerdos hizo que algo en Grayson se removiera. Por un instante, pudo ver al señor Taylor de pie detrás del mostrador, con su delantal siempre cubierto de harina y esa sonrisa cálida que siempre le ofrecía cuando entraba en la pastelería después de la escuela.

Grayson notó como un destello de nostalgia lo atravesaba al escuchar las palabras de su hermana.

—Sí, lo recuerdo, y también que a papá no le gustaba nada. Decía que malgastaba mis tardes cuando había mucho trabajo por hacer en el rancho.

—Sí, siempre hemos sido esclavos del rancho Gallagher —replicó Dakota sin poder contenerse. Era verdad que ahora tenía mejor relación con su padre, pero no podía olvidar su actitud dictatorial del pasado.

Grayson soltó un resoplido seco antes de hablar.

—Ya sabes cómo es —murmuró, sin mirar a su hermana—. Para papá, cualquier cosa que no sea trabajo es una pérdida de tiempo. Taylor lo sabía, y solía decirme: «La vida no es solo lo que haces por obligación, Grayson, sino lo que haces con el corazón».

—Sabias palabras. Tal vez deberías recordarlas ahora, especialmente con Natalie de por medio.

El ceño de Grayson se frunció.

—¿Qué tiene que ver Natalie con esto? —preguntó, aunque sabía que su tono defensivo lo traicionaba.

Dakota arqueó una ceja y se permitió soltar una respuesta sin filtro.

—Todo. Estáis metidos en este lío juntos, ¿no? Ese lugar significó mucho para Taylor, y estaba convencido de que vosotros seríais capaces de mantener vivo su legado. Aunque, francamente, me cuesta imaginar qué pintas tú en una pastelería, sobre todo cuando te pasas el día entero refunfuñando.

Grayson bufó, apartando la mirada hacia el caballo que ahora lo observaba con la misma paciencia que parecía faltarle a él.

—Eso no es cierto —rebatió sin poder contenerse.

Dakota soltó una carcajada.

—Claro que no. Mira, solo digo que, si Taylor confiaba en vosotros, tal vez deberías intentarlo. Y, ya sabes… tal vez dejar de ver a Natalie como «la Sullivan».

Grayson no respondió de inmediato. En lugar de eso, se enderezó y se limpió las manos en las perneras de sus pantalones. Las palabras de Dakota daban vueltas en su cabeza, especialmente esa última frase. Dejar de verla como «la Sullivan». ¿Podía hacerlo? ¿Era capaz de separar a Natalie del peso del resentimiento familiar?

Finalmente, soltó un suspiro largo, con el que pareció liberar parte de la tensión que llevaba encima.

—Lo pensaré —dijo al fin, en un tono más bajo, casi derrotado.

Dakota le dio un apretón en el brazo antes de girarse hacia la salida.

—Hazlo. Y cuando estés listo, habla con Natalie. No todo en la vida tiene que ser una batalla.

Sin añadir más, Dakota se dio la vuelta y salió del establo.

Cuando su hermana desapareció por la puerta, Grayson se quedó inmóvil por unos segundos, perdido en sus pensamientos. Las imágenes de su infancia seguían apareciendo en su mente: el aroma de las galletas recién horneadas, las risas del señor Taylor mientras le mostraba cómo usar el rodillo, la calidez del local en los días más fríos del invierno.

Se giró lentamente hacia la montura que había planeado engrasar antes de concluir su jornada. Mientras tomaba el frasco de sebo y el trapo para empezar con la tarea, supo que necesitaba tiempo para procesar todo lo que había sucedido. Pero, por primera vez desde que salió del despacho del señor Merrick, una pequeña chispa de duda rivalizó con su idea de vender su parte del local.

Sin querer, la imagen de Natalie volvió a aparecer en su mente, tan vívida como si estuviera allí mismo. Su rostro, con esa mirada felina cargada de determinación, parecía desafiarlo incluso

en sus pensamientos. Y, como un eco persistente, el sutil aroma a canela que la acompañaba seguía colándose en su memoria, envolviéndolo de una manera que lo desconcertaba.

Grayson frunció el ceño mientras intentaba apartarla de sus pensamientos, pero el esfuerzo resultaba inútil. Dakota podía estar equivocada en muchas cosas, pero había algo que no podía negar: Natalie le causaba una inquietud que no lograba explicar, un nudo incómodo en el pecho que lo hacía sentir torpe, descolocado… y eso lo enfurecía aún más.

No podía mentirse a sí mismo. Había algo en ella, algo que no se reducía al simple hecho de que ahora compartían una herencia que no quería. Era algo más profundo, más perturbador. Natalie Sullivan tenía esa habilidad irritante de colarse bajo su piel, y lo peor de todo era que no sabía si la razón de su nerviosismo era el conflicto entre sus familias… o algo que no estaba listo para admitir siquiera en la soledad de sus pensamientos.

Grayson dejó escapar un largo suspiro y miró hacia el horizonte, donde el sol ya casi se ocultaba, dejando tras de sí una estela de colores que se desvanecían lentamente. Como el día, se sintió despojado, pero no aliviado. Porque sabía que, al igual que el sol regresaría al amanecer, los pensamientos sobre Natalie también volverían, y con ellos, las preguntas que temía responder.

Mientras el caballo resoplaba suavemente a su lado, Grayson se pasó una mano por la nuca y murmuró para sí mismo:

—Viejo Taylor… en qué demonios estabas pensando.

***

Rancho Sullivan.

Natalie estacionó el coche frente a la casa, pero no salió de inmediato. Sus manos apretaban con fuerza el volante, mientras intentaba controlar el remolino de emociones que la había acompañado desde que dejó el despacho del abogado aquella mañana.

Un golpe suave en la ventanilla la hizo sobresaltarse. Giró la cabeza rápidamente y vio a Lee inclinado sobre el cristal, con su característica mirada aguda y un sombrero empapado de sudor tras una larga jornada de trabajo.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —preguntó con una media sonrisa, aunque su tono era más curioso que bromista.

Natalie tragó saliva y sacudió la cabeza antes de abrir la puerta y salir. El aire fresco le golpeó el rostro, pero no hizo mucho por aliviar su tensión.

—No, lo siento. Estaba distraída… —murmuró, evitando la mirada de su hermano.

Lee frunció el ceño. Su hermana no solía estar tan callada, y la expresión tensa de su rostro le indicaba que algo no iba bien.

—¿Qué te pasa? —preguntó con suavidad, inclinando un poco la cabeza para mirarla mejor.

—Nada —mintió ella con el deseo de huir de la mirada inquisitiva de Lee.

—Natalie, sé que mientes. Vamos al establo. Necesito quitarle la montura a Blackjack y tú necesitas hablar. —No era una invitación, era más bien una orden.

Natalie lo siguió. La familiaridad del lugar, con el aroma del heno y el sonido de los caballos moviéndose en sus pesebres, solía calmarla. Pero esa noche, incluso ese ambiente reconfortante parecía incapaz de aliviar la pesadez que sentía en el pecho.

Lee comenzó a trabajar con su caballo, desabrochando la cincha y deslizando la montura con movimientos expertos. Al hacerlo, le lanzó una mirada rápida por encima del hombro.

—Supongo que lo que te tiene tan tensa tiene que ver con la cita que tenías con el señor Merrick, ¿me equivoco? —preguntó directo.

Natalie apretó los labios, sabiendo que no podría evitar el tema por más tiempo. Con un suspiro pesado, cruzó los brazos sobre su pecho y empezó a hablar.

—Es sobre el señor Taylor… me nombró en su testamento —comenzó, deteniéndose un segundo—. Me ha dejado el local de la pastelería.

—¿Y eso es un problema? —preguntó Lee confuso.

—No solo me lo dejó a mí, la otra mitad a Grayson Gallagher.

El nombre pronunciado por Natalie hizo que los movimientos de Lee se quedaran congelados. Giró la cabeza lentamente hacia ella, y clavó sus ojos entrecerrados en su rostro mientras sus labios formaban una fina línea.

—¿Qué? —preguntó, con su voz cargada de incredulidad.

—Es lo que oíste. Taylor nos dejó el local a partes iguales. A mí porque decía que me tenía cariño… y a Grayson porque es su ahijado.

Lee soltó la montura con un golpe seco sobre el soporte de madera, girándose completamente hacia ella.

—¿Estás diciendo que ahora tienes que compartir la pastelería con un Gallagher? —Su tono era ácido, como si la palabra «Gallagher» fuera veneno en su boca.

Natalie asintió, incómoda.

—Sí, eso es exactamente lo que estoy diciendo. No sé qué estaba pensando el señor Taylor. Sabía perfectamente lo que nuestras familias… —Se detuvo, apretando los puños—. Sabía que esto solo iba a complicar las cosas.

—¿Y qué piensa hacer ese idiota? ¿Vender su parte?

—No lo sé, Lee. Apenas hablamos en el despacho. Solo sé que no puedo pagarle si decide vender su parte… y no sé si quiere hacerlo. Pero también tengo miedo de que utilice esto como una forma de… no sé, hacerme la vida imposible. —Su voz temblaba, y tuvo que respirar hondo para contener las lágrimas.

Lee soltó una carcajada amarga.

—Eso suena como algo que haría Grayson, es igual que su maldito padre.

—Lee, no hagas esto más difícil —rogó Natalie—. Ya tengo suficiente con intentar manejar esto. No necesito que me recuerdes lo mucho que odias a los Gallagher.

—¿Qué esperas que haga, Natalie? ¿Qué me quede quieto mientras ese idiota amenaza con destruir lo que has construido? ¡No voy a permitirlo!

—¡No estoy pidiéndote que hagas nada! —replicó Natalie elevando el tono de su voz—. Solo necesito que confíes en que puedo manejar esto. No voy a dejar que nadie me arrebate lo que es mío.

La intensidad en sus palabras logró que Lee se calmara un poco. La miró, respirando hondo, antes de asentir lentamente.

—Está bien. Pero si ese Gallagher intenta algo, cualquier cosa, no dudes en decírmelo. No voy a dejar que te pisoteen.

Natalie asintió, agradecida por la protección que su hermano quería prestarle.

—Gracias, Lee. Pero… espero que no llegue a eso.

CAPÍTULO 3

Grayson llegó al despacho del abogado justo cuando Natalie estaba a punto de cruzar la puerta. Ambos se detuvieron al percibir la presencia del otro, y el aire se cargó de inmediato con una tensión palpable, como si el tiempo se hubiera detenido por un instante.

—Grayson —comenzó Natalie, entrecerrando los ojos, como si con su mirada pudiera poner límites entre ellos.

—El mismo de siempre —respondió él, cruzándose de brazos. Su postura era relajada, pero la dureza en sus ojos verdes delataba que no era así.

Un silencio incómodo se extendió entre ellos. Finalmente, Natalie suspiró, llevándose una mano al puente de la nariz, como si intentara reunir paciencia antes de hablar.

—Mira, no quiero esto más que tú —su voz era más cansada que agresiva—. Pero tenemos que hablar.

Grayson arqueó una ceja, inclinándose ligeramente hacia ella.

—¿Hablar? ¿Sobre qué, exactamente? ¿Sobre cómo alguien pensó que sería buena idea obligarnos a compartir algo? Porque, créeme, estoy igual de confundido que tú.

—Sobre cómo vamos a manejar esto —dijo ella, cruzando los brazos sobre su pecho y enfrentándolo con la mirada—. No podemos simplemente ignorarlo, y menos yo. Ese local es mi vida, Grayson.

—¿Y qué propones? —preguntó curioso.

—Que me vendas tu parte —contestó Natalie, aun sabiendo que era prácticamente imposible reunir el dinero que necesitaría para que esa venta se hiciera efectiva.

Grayson soltó una risa seca, carente de humor.

—¿Que te la venda? ¿Con qué dinero? ¿El que usas para mantener esa pastelería a flote? Porque no me parece que tengas mucho margen para negociar.

El comentario la hirió más de lo que Natalie estaba dispuesta a admitir, pero no dejó que él lo notara.

—Eso no es asunto tuyo —replicó, alzando la barbilla—. Lo que importa es que sería lo mejor para ambos. Tú te libras de algo que no quieres, y yo puedo seguir con mi vida sin tener que preocuparme por ti.

Grayson la miró fijamente, y por un momento ella pensó que iba a soltar un comentario sarcástico.

—Déjame pensarlo. No estoy diciendo que no, pero esto no es tan fácil para mí como crees.

Natalie asintió con rigidez, aunque sus labios seguían apretados.

—Bien, al menos es un comienzo.

Grayson apartó la mirada y empujó la puerta para entrar al edificio.

—Eso parece, y ahora veamos qué quiere el picapleitos.

Natalie no respondió, simplemente lo siguió al interior, sintiendo que, aunque la conversación había sido un pequeño avance, también dejaba claro que el camino por recorrer sería todo menos fácil.

Poco después Natalie y Grayson estaban sentados frente al escritorio de madera pulida, La expresión de ambos reflejaba incomodidad. El señor Merrick revisaba con atención un documento que acababa de recibir, y por el cual les había citado a ambos aquella mañana.

—Lamento lo precipitado de esta reunión —dijo finalmente el abogado, mirando a ambos con una expresión seria—. Sé que les pedí que se tomaran su tiempo para pensar, pero ayer nos llegó un último anexo del testamento del señor Taylor. Parece que dejó una cláusula adicional respecto a la herencia del local.

Grayson, sentado rígidamente con los brazos cruzados, frunció el ceño.

—¿De qué se trata? —preguntó directo y con la voz tensa—. Ya teníamos suficiente con lo anterior.

Natalie se inclinó hacia adelante, su rostro reflejaba una mezcla de confusión y preocupación.

—¿Una cláusula adicional? —preguntó, buscando la mirada del abogado.

—Según se indica, el local no puede ser vendido ni transferido de manera unilateral. Ambos herederos deben estar de acuerdo para cualquier cambio de propiedad o para cederlo a un tercero. Además —hizo una pausa, como si midiera el impacto de sus palabras—, antes de poder realizar una posible venta, incluso si ambos llegan a un acuerdo, no se podrá gestionar hasta que pase un año desde que las escrituras pasen a sus manos.

Grayson soltó un bufido de incredulidad.

—¿Qué? —exclamó, con su voz cargada de frustración—. ¿Esto es en serio?

Natalie permaneció en silencio, procesando la información. Sus manos se aferraron a su bolso hasta que sus nudillos se quedaron blancos por la fuerza con la que lo agarraba. Finalmente, abrió la boca para hablar, pero las palabras no llegaron. Grayson, por su parte, respiró hondo y se puso de pie de golpe, rompiendo el incómodo silencio.

—¡Maldita sea! No puedo con esto —dijo con voz áspera, sin esperar respuesta—. Necesito aire.

Y con eso, se giró y salió del despacho, dejando tras de sí un aire de desconcierto. Natalie lo siguió con la mirada, sus ojos reflejaban incredulidad. El abogado carraspeó suavemente, pero ella ya estaba levantándose.

—Disculpe, señor Merrick, voy a hablar con él, le llamo luego —dijo con determinación, y salió apresuradamente del despacho.

Ya en la calle, Natalie lo alcanzó justo cuando Grayson cruzaba la acera, en dirección a su coche. Su figura alta y tensa parecía una sombra bajo la luz del mediodía, y sus pasos eran rápidos, como si quisiera dejar atrás todo lo que acababa de escuchar.

—¡Grayson! —lo llamó.

Él se detuvo a regañadientes y giró ligeramente la cabeza hacia ella, aunque evitó mirarla directamente a los ojos.

—¿Qué quieres, Natalie? —preguntó molesto.

—Quiero saber qué demonios estás pensando —replicó ella, acercándose a él para quedar a escasos pasos de su persona—. No puedes simplemente salir corriendo cada vez que algo te incomoda. Esto es importante, Grayson. Es mi negocio, mi vida. No puedo permitir que juegues con mi futuro.

Él la miró por fin, con el ceño fruncido.

—¿Crees que esto es fácil para mí? —dijo con una mezcla de incredulidad y molestia en la voz—. ¿Crees que me gusta estar atado a ti y a ese local?

—No sé lo que piensas, Grayson, porque no te molestas en hablar —lo cortó Natalie, con una mezcla de furia y desesperación—. Pero esto no es solo un problema para ti. Estoy tan atrapada como tú en esta situación.

Grayson apretó los dientes, pero antes de que pudiera responder, un sonido de pasos apresurados hizo que ambos giraran la cabeza. Era Lee, que había estado esperándola cerca del coche y había notado el tono acalorado de la conversación.

—¿Está todo bien aquí? —preguntó, aunque el tono de su voz dejaba claro que no le importaba realmente la respuesta.

Natalie levantó las manos en un gesto para calmarlo.

—Lee, por favor, no te metas. Esto es entre Grayson y yo.

Pero Lee no estaba dispuesto a quedarse callado. Se acercó un poco más, mirando directamente a Grayson con una expresión cargada de desdén.

—¿Entre vosotros? —repitió con una risa seca—. Perdona, hermanita, pero no me voy a quedar quieto mientras un Gallagher te habla en ese tono.

Grayson, que hasta entonces había estado conteniéndose, dio un paso hacia adelante, enfrentándose a Lee.

—No te metas en esto, Sullivan. Ya tenemos suficientes problemas sin que tú vengas a empeorarlo.

La tensión era palpable, como una cuerda a punto de romperse. Natalie se interpuso entre ellos, extendiendo los brazos para separarlos.

—¡Basta ya los dos! —gritó, su voz resonó con autoridad—. No necesitamos más peleas, pero sí soluciones.

Lee dio un paso atrás, pero no quitó los ojos de encima a Grayson.

—Espero que entiendas algo, Gallagher —dijo con frialdad—. Si haces algo para perjudicar a mi hermana, vas a tener que responderme a mí.

Grayson lo miró con la misma intensidad.

—No estoy interesado en perjudicar a nadie —replicó con dureza—. Pero no voy a dejar que me arrinconen como si no tuviera opciones.

Natalie estaba cansada y al borde de las lágrimas.

—¡Esto no es una guerra! —exclamó furiosa—. Se trata de mi futuro, y parece que a ninguno de los dos os importa. Vosotros no os jugáis nada.

Grayson apartó la mirada primero, sintiéndose extrañamente avergonzado. Sin pronunciar una palabra más, se giró con brusquedad y comenzó a caminar hacia su camioneta, dejando a Natalie y Lee bajo el sol de la mañana.

Cuando el motor de la camioneta rugió y Grayson se alejó, Natalie suspiró profundamente, como si el aire que había estado conteniendo finalmente escapara de sus pulmones. Sentía una mezcla de cansancio y frustración.

—Lee, no puedes hacer esto cada vez que estoy cerca de Grayson —dijo, su voz era suave pero firme—. No ayuda en nada. Solo empeora las cosas.

—Solo intento protegerte —respondió su hermano, su tono estaba cargado de preocupación—. No confío en él, ni en ninguno de los Gallagher. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Ella negó lentamente con la cabeza, como si estuviera tratando de ordenar sus pensamientos. Sin añadir más, caminó hacia el coche con pasos lentos pero decididos. Necesitaba tiempo para procesar lo que acababa de pasar. El futuro del local, la tensión con Grayson, la presión de su familia... todo parecía acumularse sobre sus hombros, y no sabía cómo lidiar con ello.

***

El motor de la camioneta de Grayson se apagó con un último rugido, y el silencio del rancho lo envolvió al instante. Bajó del vehículo con movimientos bruscos y, con pasos firmes, se dirigió hacia los establos. Necesitaba despejar su mente, alejarse del caos en el que se encontraba.

Sin embargo, apenas había dado unos pocos pasos cuando una voz grave y familiar lo detuvo en seco.

—Eh, chico, espera, ven aquí —le pidió, aunque parecía más una orden que un ruego.

Grayson cerró los ojos un instante, apretando la mandíbula antes de girarse. Allí, de pie junto al porche de la casa principal, estaba su padre. Maverick Gallagher, con los brazos cruzados sobre su pecho y una expresión expectante. Era un hombre grande, de hombros anchos y manos callosas, con las arrugas profundas de alguien que había pasado toda su vida bajo el sol. Sus ojos, verde oliva, parecían atravesar el alma de cualquiera.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó Grayson, sin esforzarse en disimular su malestar.

Maverick caminó lentamente hacia él.

—Quiero saber qué pasó con el abogado, ¿qué quería? —preguntó directo.

Grayson respiró hondo, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en sus hombros.

—Informarnos de que hay una nueva clausula en el testamento —respondió con desgana, sabía que a su padre no le gustaría lo que estaba a punto de decir—. No podré vender mi parte del local hasta que pase un año.

Maverick arqueó una ceja, y su expresión se endureció.

—¿Un año? —preguntó incrédulo—. ¿Van a obligarte a esperar un año antes de poder vender? Eso es una trampa de esa maldita familia, Grayson.

—Papá, no seas paranoico —replicó Grayson, pasándose una mano por el cabello en un gesto de frustración—. No creo que sea una trampa. Fue Taylor quien dictó ese testamento, no los Sullivan.

Maverick lo observó en silencio, como si estuviera midiendo sus palabras. Luego, soltó un resoplido seco, cargado de

escepticismo.

—Y ¿qué piensas hacer? ¿cederle a esa chica tu parte? Esa familia… no puedes confiar en ellos. Si cedes una pulgada, te van a quitar todo.

—No voy a ceder —replicó Grayson con convicción—. Pero tampoco voy a actuar como si esto fuera solo una cuestión de orgullo.

Maverick soltó una risa seca, carente de humor.

—Ja. Hablas como si el orgullo no importara. Pero te equivocas, hijo. El orgullo es lo único que nos mantiene en pie.

Antes de que Grayson pudiera responder, la voz clara y firme de Dakota interrumpió la tensa conversación.

—¿Y qué conseguimos con ese orgullo, papá? —preguntó mientras se acercaba desde el porche, su tono era calmado pero lleno de determinación—. Grayson tiene razón. No podemos seguir viéndolo todo como si fuera una guerra. Ese testamento es un problema, sí, pero pelear con los Sullivan solo va a hacer las cosas más difíciles.

Maverick giró la cabeza hacia su hija con expresión severa.

—¿De qué lado estás, Dakota? —preguntó, su voz estaba cargada de reproche.

—Del lado de la razón —respondió ella sin titubear, cruzando los brazos sobre su pecho—. Creía que todo había cambiado, pero parece que no —añadió con voz decepcionada—. Papá, esa historia entre los Gallagher y los Sullivan tiene que acabar. Llevamos demasiadas décadas luchando entre nosotros… ¿acaso recuerdas con cuál de tus antepasados empezó esto? Seguro que no.

Maverick la miró fijamente, como si estuviera evaluando sus palabras. Finalmente, soltó un gruñido de desaprobación y se giró hacia los corrales.

—Haz lo que quieras, muchacho —dijo con frialdad mientras se dirigía hacia la casa—. Pero espero que esto no repercuta en tu trabajo en el rancho.

Cuando su padre se alejó, Grayson soltó un largo suspiro. Dakota se acercó a él y le dio una ligera palmada en el hombro en un gesto reconfortante.

—Gracias, Dakota —dijo Grayson, con su voz cargada de gratitud.

—De nada, ya sé lo que es enfrentarse al temido Maverick Gallagher —replicó con humor.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Grayson.

—He venido a ver a mamá —respondió Dakota—, y si puedo llevarme un pastel de manzanas sin que papá se entere, mejor que mejor —añadió guiñándole un ojo antes de regresar al interior de la casa.

Grayson no pudo evitar sonreír y se giró de nuevo hacia el establo, sintiendo que, aunque el peso de la situación seguía ahí, al menos no estaba completamente solo. No hacía tanto tiempo que su hermana Dakota había pasado por algo parecido con su padre. Respiró hondo, decidido a encontrar un poco de paz en la rutina del trabajo, aunque fuera solo por un rato.

CAPÍTULO 4

Una semana después.

El cielo del atardecer comenzaba a oscurecerse sobre el rancho Gallagher, tiñendo el horizonte con tonos púrpura y naranja. Grayson se apoyaba contra la cerca de madera junto al corral, observando cómo su caballo, Ghost, trotaba perezosamente. El aire fresco del final del día traía consigo el leve aroma del heno, pero incluso la calma del paisaje no lograba apaciguar los miedos y dudas que le habían atormentado en los últimos días.

Había pasado una semana desde la última vez que había hablado con Natalie, y por muchas vueltas que le había dado al asunto, el problema seguía sin resolverse. Había intentado concentrarse en las tareas del rancho: arreglar cercas, mover ganado, incluso afilar las herramientas. Pero cada vez que terminaba, la misma desazón le asolaba. «Qué demonios voy a hacer con el tema de la pastelería?», se preguntó por enésima vez.

Agobiado, se pasó una mano por el cabello, despeinándolo más de lo habitual, y dejó escapar un gruñido frustrado. Su padre había dejado claro lo que pensaba y no estaba dispuesto a darle la razón en que la mejor solución era que el ataque fuera la mejor defensa. Pero, cuanto más vueltas le daba, menos salidas encontraba.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en la cerca y dejando caer la cabeza entre sus hombros, clavando su mirada en el suelo polvoriento.

—Maldita sea —murmuró, cerrando los ojos.

Ghost se acercó, golpeándolo suavemente con el hocico en su antebrazo, como si estuviera exigiendo atención. Grayson levantó la cabeza y sonrió levemente, acariciándole la frente.

—¿Qué harías tú en mi lugar, eh? —le preguntó al caballo, como si esperara una respuesta. Ghost soltó un bufido y movió la cabeza, aparentemente satisfecho con la caricia.

Grayson suspiró profundamente y retrocedió, alejándose de la cerca. Sabía que no podía seguir evitando la situación. Dirigió la mirada hacia la casa principal, donde las luces estaban encendidas, y por un instante consideró buscar el consejo de su hermana Dakota. Sin embargo, ella ya había dejado clara su opinión: debía tomar una decisión respecto al testamento del señor Taylor, pero dejando a un lado los rencores entre ambas familias.

—Está bien —dijo en voz baja, como si estuviera sellando un pacto consigo mismo—. Ya basta de darle vueltas.

Se enderezó, ajustó su sombrero y caminó hacia su camioneta. Al abrir la puerta, se detuvo por un momento, apoyando la mano en el borde del techo. Sabía que hablar con Natalie no iba a ser fácil. Ella tenía su carácter, y no iba a aceptar cualquier cosa. Pero si iban a pasar un año compartiendo el local, tenían que encontrar una manera de hacerlo funcionar.

Se sentó en el asiento del conductor, introdujo la llave en el contacto y arrancó el motor, dejando que su rugido rompiera el silencio. Mientras conducía, comenzó a repasar mentalmente lo que iba a decir. Sabía que tendría que ser honesto, directo y, sobre todo, flexible, algo que no era precisamente su fuerte.

Cuando Willow Creek apareció en el horizonte, Grayson dejó escapar otro suspiro. No había vuelta atrás.

—Espero que estés lista para negociar, Natalie —murmuró para sí mismo, apretando el volante con fuerza.

La pastelería estaba a solo unas calles de distancia. El letrero de “Dulces y sueños” brillaba con una luz tenue, y podía ver el interior iluminado a través de las ventanas. Grayson aparcó frente al local, apagó el motor y permaneció un momento en silencio, con las manos sobre el volante.

—Vamos, Gallagher —se dijo a sí mismo, intentando reunir coraje—. Es solo una conversación.

Finalmente, bajó de la camioneta, se ajustó el sombrero sobre la cabeza y caminó hacia la puerta con paso decidido.

Natalie había comenzado a recoger, colocando los dulces en la nevera frigorífica situada bajo la barra. Las luces cálidas del interior iluminaban el pequeño pero acogedor espacio. Había sido un día largo, pero productivo. Cerró la caja registradora y comenzó a guardar los utensilios cuando el tintineo de la campanilla sobre la puerta la tomó por sorpresa.

Se giró rápidamente, esperando ver a uno de sus clientes habituales que había olvidado algo, pero allí estaba Grayson, de pie, con una expresión seria. Vestía sus habituales botas gastadas y cubiertas de polvo, como si llevaran historias de muchos kilómetros recorridos. Sus *jeans*, ajustados y ligeramente deshilachados en los bordes, conjuntaba con la chaqueta de cuero marrón que parecía haber sido testigo de incontables jornadas en el rancho. El sombrero de vaquero, de ala ancha y de un color ligeramente deslucido por el tiempo, lo sostenía en una mano, como si estuviera haciendo un esfuerzo consciente por no parecer intimidante. Los músculos de su brazo, tensos y marcados, mostraban la fortaleza de un hombre acostumbrado al trabajo duro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Natalie, secándose las manos en el delantal, con sus cejas ligeramente arqueadas por la sorpresa.

Grayson avanzó un par de pasos, cerrando la puerta detrás de él, y dejó escapar un suspiro profundo.

—Necesitamos hablar —dijo, su voz sonó firme, pero con un matiz de cansancio.

Natalie cruzó los brazos y lo miró con desconfianza.

—¿Hablar? ¿De qué? ¿De cómo evitaste discutir esto durante una semana entera? ¿O de cómo te crees que puedes aparecer aquí cuando te apetece?

Grayson respiró hondo y levantó una mano como si pidiera tregua.

Mira, entiendo que estés cabreada, pero esto tampoco es fácil para mí. Me he pasado horas pensando en qué demonios hacer con todo esto.

Natalie lo observó con cautela por un momento, sorprendida por su actitud comedida y su confesión.

—Bien. Entonces habla. ¿Qué es lo que quieres decir?

Grayson avanzó unos pasos, dejando su sombrero sobre una mesa cercana al mostrador, donde se encontraba Natalie. Sus ojos, verde oliva, parecían cansados pero decididos, y no tardaron en encontrarse con los de ella.

—Propongo que lleguemos a un acuerdo. Algo que nos permita mantener esto durante un año. Algo que no nos haga querer matarnos cada vez que nos cruzamos.

—¿Y luego?, ¿cuándo pase ese tiempo? —preguntó Natalie con desconfianza.

—Luego ya veremos, paso a paso —respondió Grayson.

Natalie frunció el ceño, procesando sus palabras.

—¿Qué tipo de acuerdo?

Grayson señaló la mesa más cercana, donde reposaba su sombrero.

—¿Podemos sentarnos?

Ella asintió, quitándose el delantal y sentándose al otro lado de la mesa. Grayson tomó asiento también, apoyando los antebrazos en la superficie de madera.

—Escucha —comenzó—. Sé que esto es tu negocio, tu sueño, y no quiero interponerme en eso. Pero también tengo que ocuparme de mis responsabilidades en el rancho, sin contar que no tengo ni idea de cómo se gestiona una pastelería. Así que pensé... ¿y si nos dividimos las tareas?

Natalie entrecerró los ojos, curiosa.

—¿Cómo?

—Tú te encargas del día a día, de todo lo que implique estar aquí, frente a los clientes y manejando la repostería. Yo me haré cargo de tareas como el inventario, los proveedores, y cualquier reparación que necesite este lugar. Incluso puedo echarte una mano con las cuentas, si confías en mí.

Natalie apoyó los codos en la mesa, y enmarcó su rostro entres sus manos, mirándolo con atención.

—¿Y cómo vas a hacer todo eso mientras trabajas en el rancho?

Grayson asintió, reconociendo la verdad de sus palabras.

—Vendré por las mañanas temprano, antes de empezar en el rancho, para encargarme del inventario o cualquier cosa urgente que necesite arreglarse. Y por las noches, cuando termine allí, puedo revisar los números contigo o hacer lo que quede pendiente.

—Eso suena... razonable —admitió Natalie con cautela—. Pero, ¿y qué pasa si hay decisiones importantes que tomar?

Grayson enderezó los hombros.

—Ahí es donde hacemos equipo. No tomaré ninguna decisión sin consultarte, y espero que tú hagas lo mismo. Nos reunimos una vez por semana para hacer balance de la situación.

—Y si esto no funciona... —comenzó Natalie dudosa, pero él la interrumpió con un gesto de mano.

—Haremos que funcione —dijo con firmeza, inclinándose hacia ella—. Natalie, no me gusta esto más de lo que te gusta a ti, pero no tenemos otra opción. Si vamos a estar atrapados en este lío durante un año, al menos hagámoslo bien.

Ella lo miró, y por primera vez vio algo más que frustración en su expresión. Había determinación. Finalmente, asintió con un gesto de cabeza.

—En cuanto a las ganancias... —continuó Grayson, con una mirada seria—. Dado que yo no le dedicaré tanto tiempo ni tantas horas como tú, creo que lo justo sería un 60% de las ganancias para ti, y un 40% para mí. Recuerda que ya no tendrás que pagar alquiler por el local.

Natalie lo miró, procesando la información. Sabía que su esfuerzo diario sería el que mantendría a flote el negocio, pero también entendía que Grayson, aunque estuviera menos tiempo en la pastelería, iba a aportar valor con su ayuda en las tareas administrativas y de mantenimiento. Aun así, no pudo evitar intentar arañar algo más de ganancia a su parte; al fin y al cabo, ella haría el trabajo más duro e importante: encargarse de la repostería.

—Sí, pero también debes tener en cuenta que, aunque no tenga que pagar alquiler, seguiré teniendo gastos en ingredientes, suministros de luz y agua, y mantenimiento de las máquinas —explicó con calma, intentando que su punto de vista quedara claro—. A largo plazo, lo que quiero es asegurarme de que la división sea

justa, considerando que, si todo va bien, el negocio tiene potencial para crecer. No se trata solo de lo inmediato, sino de construir algo sostenible.

Grayson asintió, entendiendo la perspectiva de Natalie.

—Lo sé, y eso lo aprecio. Pero también entiendo que, si no fuera por el local, no estaríamos discutiendo todo esto. Así que, aunque no dedique tanto tiempo aquí, la parte que me toca debe reflejar mi contribución al mantenimiento del negocio y mi implicación en las decisiones clave. Estoy dispuesto a aceptar el 30%, y asumir algunos gastos, si eso te da más tranquilidad.

Natalie se quedó pensativa por un momento antes de hablar de nuevo.

—Entonces, 70/30 parece lo más justo. Pero, como dijimos antes, si las cosas mejoran, podremos revisar el porcentaje. ¿Te parece?

Grayson le dedicó una sonrisa leve, casi imperceptible, antes de responder.

—Trato hecho —aceptó, su voz sonó firme pero tranquila.

Natalie extendió la mano, esta vez con una sonrisa más confiada que iluminó ligeramente su rostro.

—Entonces, hagámoslo.

Grayson alargó su mano y tomó la de ella, pero en el instante en que sus pieles entraron en contacto, algo cambió. La suavidad y calidez de su piel lo sorprendieron, y la retiró de inmediato, como si el tacto le hubiera quemado.

Por su parte, Natalie sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo, una sensación que la dejó momentáneamente sin aliento. Se sintió aliviada cuando el contacto terminó, aunque no podía negar que algo en aquel simple gesto la había conmovido. No entendía qué tenía aquel hombre, al que siempre había evitado, pero que parecía ejercer un poder inexplicable sobre ella con solo un roce de sus manos.

—De acuerdo, Grayson —dijo Natalie, intentando recuperar la compostura—. Pero si vamos a hacer esto, necesito que seas constante.

Su voz sonó más firme de lo que esperaba, como si quisiera dejar atrás el momento vivido y centrarse en lo que realmente importaba: el negocio.

Él sostuvo su mirada, sus ojos verdes reflejaban una mezcla de seriedad y algo más, algo que Natalie no pudo identificar del todo. Luego, asintió con un gesto firme.

—Lo prometo.

Un momento de silencio pasó entre ellos, cargado de una tensión que ninguno de los dos sabía cómo calificar. Finalmente, Natalie esbozó una pequeña sonrisa, casi tímida, pero genuina.

—Bueno, supongo que hay una primera vez para todo. Trabajar contigo va a ser... interesante.

Grayson dejó escapar una risa seca, pero relajada, como si el comentario lo hubiera tomado por sorpresa.

—«Interesante» es una forma amable de decirlo —respondió, con un deje de ironía en su voz.

Cuando ambos se levantaron de la mesa, Grayson se colocó el sombrero con un movimiento hábil, ajustándolo sobre su cabeza. Se dirigió hacia la puerta con pasos firmes, pero antes de salir, se detuvo en el umbral de la puerta. Por un momento, pareció dudar, como si algo lo impulsara a quedarse un poco más. Luego, se giró lentamente hacia Natalie, con su sombrero ligeramente inclinado sobre su frente, proyectando una sombra que ocultaba parcialmente sus ojos. Pero ella podía sentir su mirada, intensa y cargada de algo que no podía definir.

—Natalie —dijo su nombre con una calma que contrastaba con la electricidad que parecía vibrar en el aire entre ellos—. Esto... no va a ser fácil.

Ella lo miró, cruzando los brazos sobre su pecho como si necesitara protegerse. Pero asintió, reconociendo la verdad en sus palabras.

—Lo sé —respondió, su voz sonó firme, pero con un deje de vulnerabilidad—. Pero tampoco creo que sea imposible.

Grayson esbozó una media sonrisa, como si apreciara su determinación.

—Eres más valiente de lo que pensaba —dijo, y por un instante, su tono sonó casi admirativo.

Natalie no supo cómo responder a eso. Las palabras se le atascaron en la garganta, así que, en lugar de pronunciarlas, simplemente sostuvo su mirada, permitiendo que el silencio hablara por ella. Era un silencio cargado de algo indefinible, como si ambos supieran que estaban al borde de algo nuevo, algo que podía cambiarlo todo.

—Nos vemos mañana —dijo Grayson finalmente.

Y con eso, salió del local con su característico andar, firme y pausado, como si el mundo entero le perteneciera.

Natalie se quedó sola en medio de la pastelería. Respiró hondo, sintiendo cómo el peso de la decisión que acababan de tomar comenzaba a asentarse en sus hombros. No sería fácil, eso era seguro. Pero por primera vez en mucho tiempo, sintió una chispa de esperanza.

Se acercó a la ventana y vio cómo Grayson se alejaba hacia su camioneta, su figura alta y decidida recortándose contra el cielo crepuscular. Por un momento, se preguntó si él también sentía esa extraña mezcla de incertidumbre y anticipación que ella experimentaba.

CAPÍTULO 5

Rancho de los Sullivan

Las luces cálidas de la casa brillaban a través de las ventanas, y el suave murmullo de la televisión llegaba desde la sala. Natalie entró, dejando atrás el frío de la noche, y se detuvo un momento en el recibidor para quitarse los zapatos y colgar su chaqueta en el perchero. Respiró hondo, sintiendo el peso de la conversación que estaba a punto de tener.

Al entrar en la sala, encontró a sus padres, Edwin y Sophie, sentados en el sofá. Edwin hojeaba un libro, mientras Sophie tejía algo con lana, ambos absortos en sus tareas. Al verla entrar, Sophie levantó la vista y le sonrió.

—Hola, cariño —dijo con su voz suave y acogedora—. ¿Cómo te fue hoy?

Natalie intentó devolverle la sonrisa, pero sabía que no podía ocultar por completo la preocupación que llevaba consigo.

—Bien, mamá —respondió, sentándose en un sofá frente a ellos—. Aunque tengo algo que contaros.

Edwin cerró el libro y lo dejó a un lado, mirándola con atención. Sophie dejó su tejido sobre el regazo y se inclinó hacia adelante, su expresión estaba llena de curiosidad y un toque de preocupación.

—¿Qué sucede, Natalie? —preguntó Edwin.

Natalie respiró profundamente, buscando las palabras adecuadas.

—Hoy he llegado a un acuerdo con Grayson Gallagher —comenzó, viendo cómo las expresiones de sus padres cambiaban de inmediato—. Dada la situación en la que estamos, con el testamento y todo, no tenemos muchas opciones. Él me ha propuesto que trabajemos juntos para sacar adelante la pastelería. Él se encargará de la parte administrativa y de las reparaciones, y yo me enfocaré en la producción.

Edwin se reclinó en el sofá, cruzando los brazos sobre su pecho.

—No me hace mucha gracia que tengas que trabajar con un Gallagher —dijo finalmente, su tono era serio, pero no hostil—. Pero entiendo que no tienes muchas opciones. No queremos que pierdas la pastelería, Natalie. Has trabajado demasiado duro para dejarla ir.

Sophie asintió, aunque su mirada aún reflejaba preocupación.

—Solo espero que sepas lo que estás haciendo, cariño —dijo, extendiendo una mano para tomar la de la joven.

Natalie apretó la mano de su madre, sintiendo el apoyo en su gesto.

—Lo sé, mamá. Pero no voy a dejar que el pasado dicte mi futuro. Esto es lo mejor para el negocio, y no pienso perderlo por una enemistad que ni siquiera es mía.

En ese momento, Lee entró con paso firme. Sus botas resonaron contra el suelo de madera, y al ver la escena, supo por el rostro de preocupación de sus padres que algo había sucedido.

—¿Qué está pasando? —preguntó, mirando a Natalie con los ojos entrecerrados.

Natalie dudó, sabía que su hermano no se tomaría bien la noticia de que pensaba trabajar codo con codo con un Gallagher, pero no tenía sentido ocultar la verdad.

—He llegado a un acuerdo con Grayson Gallagher —dijo, sin rodeos—. Vamos a trabajar juntos para sacar adelante la pastelería.

Lee soltó una risa seca, carente de humor.

—¿En serio? ¿Te has vuelto loca? —preguntó con su voz cargada de incredulidad—. ¿Vas a dejar que un Gallagher se meta en tu negocio? ¿No ves que te está manipulando?

Natalie apretó los puños sobre su regazo, sintiendo cómo la frustración comenzaba a hervir en su interior.

—No me está manipulando, Lee —respondió—. Esto es lo mejor para el negocio, y no voy a dejar que tu odio hacia los Gallagher me impida mantenerlo en pie.

Lee dio un paso hacia ella con mirada desafiante.

—¿Mi odio? —preguntó, elevando la voz—. ¡Esto no es solo odio, Natalie! Es sentido común. Esa familia no es de fiar…

—¡Basta, Lee! —intervino Edwin, levantándose de su asiento con autoridad. Su voz resonó en la sala, cortando la tensión como un cuchillo—. Esto no es la manera de resolver las cosas.

Lee se giró hacia su padre, pero Edwin no le dio tiempo a replicar.

—Tu hermana ha tomado una decisión, y aunque no nos guste del todo, es su negocio y su futuro —continuó Edwin, mirando a su hijo con firmeza—. Natalie no necesita que le digan lo que tiene que hacer. Ella es lo suficientemente inteligente para tomar sus propias decisiones. Y si algo sale mal, estaremos aquí para apoyarla.

Lee miró a su padre, luego a Natalie, y finalmente bajó la mirada, frustrado pero sin argumentos.

—Está bien —murmuró, aunque su tono aún reflejaba descontento—. Pero si algo sale mal, no digáis que no os lo advertí.

—Eso es todo lo que pedimos —dijo Edwin, agradecido de que Lee hubiera cedido—. Ahora, ¿por qué no te relajas un poco? Ha sido un día largo para todos.

—Sí, iré a dar una vuelta para despejarme —dijo Lee antes de abandonar el salón con paso firme.

El sonido de sus botas resonó en el pasillo, seguido por el golpe seco de la puerta trasera al cerrarse.

Natalie suspiró, sintiendo cómo la tensión en sus hombros comenzaba a ceder, aunque no del todo.

—No le hagas caso, cariño —murmuró su madre, acariciándole el pelo—. Lee siempre ha sido así, impulsivo y testarudo. Pero al final, solo quiere lo mejor para ti.

—Lo sé, mamá —replicó Natalie con un peso sobre el pecho —. Pero esto es lo que tengo que hacer. No puedo dejar que el rencor entre nuestras familias me impida seguir luchando por mi futuro.

—Tienes razón, hija —intervino Edwin con voz grave—. Esto no es fácil, pero has demostrado que tienes la fuerza para enfrentarlo.

Natalie miró a su padre, sintiendo alivio. Edwin no era un hombre de muchas palabras, pero cuando hablaba, cada una de ellas contaba.

—Gracias, papá —repitió, sintiendo cómo un poco de peso se levantaba de sus hombros—. Eso es justo lo que necesitaba escuchar.

Edwin sonrió, orgulloso de su hija.

—Esa es la actitud —dijo, dándole un suave apretón en el hombro—. Ahora, ¿qué tal si cenamos? Creo que todos necesitamos algo de comida caliente después de este día.

—Suena perfecto, papá —contestó, siguiendo a sus padres hacia la cocina.

***

Al día siguiente

El aroma a pan recién horneado y café llenaba el aire cuando Hannah cruzó la puerta de la pastelería de Natalie. Era su parada matutina de siempre, ese momento del día en el que podía sentarse con su mejor amiga antes de ir al colegio y sumergirse en el caos de sus alumnos.

Natalie estaba detrás del mostrador, organizando una bandeja de *croissants* con movimientos automáticos. Tenía el ceño fruncido y la mirada perdida, como si su mente estuviera en cualquier lugar menos allí.

—¿A cuántos clientes has asustado hoy con esa cara? —preguntó Hannah en tono ligero y divertido.

Natalie alzó la vista y suspiró.

—Solo a los valientes que entraron antes de las ocho.

Hannah sonrió y se dirigió su rincón habitual, la mesa junto a la ventana. Se quitó el abrigo y esperó a que Natalie la acompañara. Un minuto después, su amiga apareció con dos tazas humeantes y un par de galletas de mantequilla.

—Si esto es un intento de soborno, ya sabes que necesito algo más fuerte que galletas —bromeó Hannah, tomando un sorbo de su café.

—No es soborno, es necesidad —respondió Natalie, dejándose caer en la silla frente a ella—. Necesito hablar con alguien antes de volverme loca.

Hannah arqueó una ceja.

—¿Problemas con Lee? ¿O esta vez son tus padres?

Natalie negó con la cabeza, jugando con el asa de su taza.

—Ojalá fuera eso. Es Grayson Gallagher.

Hannah estuvo a punto de derramar su café.

—Espera, ¿Grayson Gallagher? ¿De qué estás hablando exactamente?

—Resumiendo, por una jugada del destino… vamos a tener que trabajar juntos.

El silencio que siguió estuvo cargado de incredulidad. Hannah la miró con los ojos entrecerrados, como si intentara descifrar si estaba bromeando.

—¿Disculpa? ¿Me he perdido algo? —preguntó, claramente desconcertada.

—Han pasado muchas cosas en los últimos tiempos y, considerando que hace casi un par de semanas que no vienes por lo de la evaluación de tus alumnos, es normal que no sepas nada —respondió Natalie, cruzándose de brazos.

—Pues ponme al día antes de que mi cerebro explote —replicó Hannah, aún confundida.

Natalie dejó escapar un suspiro y comenzó a relatarle todo: el testamento del señor Taylor, las cláusulas del mismo, y su última conversación con Grayson hasta llegar al punto clave de la cuestión.

—…Y ayer cerramos un acuerdo.

Hannah parpadeó varias veces, procesando la información. Luego, apoyó los codos en la mesa y la observó con una mezcla de asombro y diversión.

—Bueno… esto sí que no me lo esperaba. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Créeme, tranquila no estoy —bufó Natalie—. Pero, si quiero que la pastelería siga en pie, tengo que dejar mi orgullo a un lado. Además, Grayson se ha comportado de una forma bastante… comprensiva —añadió, al recordar su mirada y esas medias sonrisas suyas, de las que nunca antes había sido testigo…hasta ese momento.

Hannah tamborileó con los dedos sobre la mesa, estudiándola con atención.

—Ya veo… y hasta parece que os lleváis bien. Quién lo diría —añadió, entornando los ojos y clavándolos en su amiga con evidente sospecha.

—No sé. Es solo que… Grayson no es lo que imaginaba. No es el tipo arrogante y despreciable que pensaba que era. Es… diferente.

—Ajá —Hannah sonrió con picardía—. ¿Diferente en plan «tal vez lo haya juzgado mal» o diferente en plan «su sonrisa me hace cuestionar mi odio irracional»?

—¡Hannah! —protestó Natalie, aunque no pudo evitar sonreír.

—Oye, solo intento entender lo que te pasa —replicó Hannah —. Mira, no voy a decirte qué hacer, pero tal vez sea una oportunidad para cambiar las cosas entre vuestras familias. Si no, siempre puedes patearle el culo fuera de aquí.

Natalie exhaló lentamente y asintió.

—Tienes razón. Solo necesito ver cómo se desarrolla todo.

Hannah alzó su taza en un brindis improvisado.

—Por nuevos comienzos y decisiones dudosas.

Natalie chocó su taza con la de su amiga, dejando escapar una risa.

—Y por amigas que no te dejan huir de la realidad.

La pastelería seguía despertando con la ciudad, pero en esa mesa, entre café y galletas, Natalie se sintió más segura y valiente que en los últimos días.

CAPÍTULO 6

El sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo con tonos dorados y naranjas. En el corral, el sonido de los cascos golpeando la tierra seca y los relinchos de los caballos rompían el silencio de la tarde. Tucson y Grayson cabalgaban con destreza, guiando al ganado hacia el redil con movimientos calculados. Los lazos colgaban de sus sillas, listos para usarse si algún animal decidía desviarse.

Grayson giró ligeramente las riendas para acercarse a su hermano, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Echó un vistazo rápido al reloj y chasqueó la lengua, sopesando sus opciones antes de hablar.

—Tucson, necesito que me cubras la última hora —dijo, su tono era firme.

Su hermano, que acababa de lanzar el lazo para atrapar a un ternero rezagado, tensó la cuerda con un movimiento experto antes de echarle una mirada de reojo a Grayson.

—¿Cubrirte? —repitió, entrecerrando los ojos mientras sujetaba mejor las riendas—. ¿Y a dónde se supone que vas?

Grayson soltó un resoplido, desenrollando los guantes de trabajo antes de guardarlos en el bolsillo trasero de sus jeans.

—Tengo un asunto que atender —respondió con naturalidad, sin detener el trote de su caballo.

Tucson arqueó una ceja, claramente desconfiado, pero no dijo nada de inmediato. Solo apretó los labios, observando a su hermano con esa mirada que decía que no le gustaban las sorpresas.

—¿Qué asunto? —indagó.

—Tengo que revisar las cuentas de la pastelería.

Tucson parpadeó, como si no hubiera escuchado bien.

—¿La qué?

—La pastelería —repitió Grayson, con paciencia—. He llegado a un acuerdo con Natalie, trabajaremos juntos.

Tucson inclinó la cabeza con una expresión incrédula.

—Espera, espera… ¿Me estás diciendo que, en lugar de salir de ahí cuanto antes, ahora estás metido hasta el cuello en el negocio de Natalie?

Grayson resopló y le lanzó a su hermano una mirada de advertencia.

—No estoy «metido hasta el cuello» —corrigió con tono seco —. Solo estoy asegurándome de que todo esté en orden hasta que pase el año estipulado en el testamento. Ella maneja el día a día, y yo me ocupo del inventario, los proveedores y las cuentas. Es un acuerdo práctico.

Tucson dejó escapar una risa baja y escéptica.

—¿Papá sabe de esto?

—Sí, ya hablé con él. Me dijo que hiciera lo que quisiera.

—Puede ser —admitió Tucson, inclinándose sobre el pomo de la silla—, pero dudo que le haga gracia que dejes el rancho antes de terminar tus tareas diarias. ¿Me equivoco?

Grayson apretó la mandíbula, impaciente.

—¿Me cubres o no?

Tucson exhaló un largo suspiro, pero finalmente asintió.

—Sí, sí, te cubro. Pero cuando papá se entere, ni se te ocurra pedirme ayuda para sacarte de ese lío.

Grayson sonrió de lado antes de girar su caballo en dirección a la casa.

—No te preocupes, hermano. Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Tucson lo siguió con la mirada mientras se alejaba. A pesar de la seguridad con la que Grayson hablaba, algo le decía que su hermano no tenía ni idea de en lo que realmente se había metido.

El agua caliente caía sobre su espalda, aliviando la tensión acumulada en sus músculos después de un largo día de trabajo. Grayson apoyó las manos en los azulejos de la ducha, inclinando la cabeza hacia adelante mientras el vapor llenaba el reducido espacio. El calor del agua le ayudaba a relajarse, pero no lograba disipar la inquietud que lo acompañaba. No era el cansancio habitual del

trabajo pesado, ni la tierra incrustada en su piel. Era algo más, algo que no tenía que ver con el rancho.

Cerró los ojos por un instante, dejando que el agua arrastrara el sudor y el polvo acumulado tras una larga jornada. Inspiró hondo, intentando despejar su mente.

«Es solo trabajo», se repitió como un mantra que debía aprender. Iba a la pastelería para revisar las cuentas, asegurarse de que todo estuviera en orden y cumplir con su parte del trato. No había motivo para sentirse… ¿nervioso? ¿expectante?

Frunció el ceño y negó con la cabeza vigorosamente, como si con aquel movimiento pudiera ahuyentar la incomodidad que sentía desde que un maldito testamento le había obligado a tener que compartir tiempo con Natalie Sullivan.

Sin embargo, la sensación persistió incluso después de salir de la ducha y envolverse en una toalla. Caminó hasta su habitación con pasos lentos, abrió el armario y sacó una camisa gris y unos *jeans* oscuros. Pero, después de mirarlos un momento, los dejó a un lado y tomó otra camisa, una azul que le quedaba mejor.

Frunció el ceño, irritado consigo mismo. ¿Desde cuándo le importaba qué demonios se ponía para ir a ver a Natalie? No tenía sentido. Se dejó caer en la cama, pasándose una mano por el rostro con frustración.

—No seas idiota, Gallagher —murmuró para sí mismo, como si las palabras pronunciadas en voz alta pudieran devolverle la cordura—. No es una cita ni nada por el estilo. Solo es trabajo.

Sacudió la cabeza, decidido a no darle más vueltas al asunto, y se puso la primera camisa que alcanzó. «Nada de estupideces», se ordenó. Solo iba a cumplir con lo prometido: revisar números y asegurarse de que el negocio funcionara por el bien de ambos. No había nada más.

Con un último suspiro, se ajustó la chaqueta y salió de la habitación, decidido a ignorar aquella sensación incómoda que lo seguía como una sombra.

Salió de la casa cerrando la puerta con un golpe seco, aún molesto, y se ajustó el sombrero y caminó con paso firme hacia su camioneta. La brisa nocturna traía consigo el aroma de la tierra

húmeda y del heno fresco, un recordatorio de que su lugar siempre había sido el rancho. Y, sin embargo, ahora tenía otro destino.

Al llegar al pueblo, estacionó frente a la pastelería y apagó el motor. A través del gran ventanal, pudo ver a Natalie dentro, moviéndose con naturalidad mientras recogía las últimas cosas del día. Su cabello caía suelto sobre sus hombros, y la luz cálida del interior resaltaba los reflejos cobrizos de su melena. Grayson se quedó un segundo más de lo necesario observándola.

Sacudió la cabeza y bajó de la camioneta con movimientos bruscos. No estaba allí para admirar a la pequeña de los Sullivan, se amonestó mentalmente.

Caminó hacia la entrada y empujó la puerta, haciendo sonar el tintineo de la campanilla. Natalie se giró rápidamente y clavó su mirada en él.

—Grayson —pronunció su nombre con sorpresa.

El aludido se quitó el sombrero y lo sostuvo entre las manos.

—Quedamos en que revisaríamos las cuentas hoy, ¿no?

Ella lo observó por un momento antes de asentir.

—Sí, claro. Déjame terminar de guardar esto y enseguida te paso los números.

Grayson se quedó allí, apoyado en el marco de la puerta, observando en silencio mientras Natalie se movía con la familiaridad de quien pertenece a un lugar. Guardó los últimos dulces en la nevera frigorífica situada bajo la barra, limpió el mostrador con movimientos rápidos y precisos, y cerró la caja registradora con un suave *clic*. Había una calma metódica en todo lo que hacía, algo que a Grayson, acostumbrado al ritmo caótico del rancho, le resultaba… extrañamente fascinante.

—Ya está —dijo Natalie, interrumpiendo sus pensamientos mientras se quitaba el delantal y lo colgaba en un gancho junto a la puerta del obrador—. Vamos a la trastienda, tengo todo ahí.

Grayson se enderezó, cerró la puerta con la llave que pendía de la misma, y la siguió a cierta distancia.

La oficina era pequeña pero ordenada, con un escritorio de madera cubierto de papeles, una calculadora vieja y un portátil

abierto, mostrando una hoja de cálculo a medio completar. Natalie se sentó en la silla giratoria y le indicó con un gesto que tomara asiento a su lado.

—Aquí están los ingresos de esta semana —dijo, girando la pantalla para que él pudiera ver—. No es mucho, pero Enero siempre es un mes malo, después de las navidades.

Grayson se inclinó hacia adelante, acercándose lo suficiente para que sus hombros casi se rozaran. El aroma de Natalie, una mezcla de vainilla y algo más dulce, le llegó de manera involuntaria. Era un olor cálido, reconfortante, y por un momento, distrajo sus pensamientos.

—Tiene sentido —murmuró, intentando concentrarse en los números—. Podríamos ofrecer paquetes especiales, algo que atraiga a más gente.

Natalie lo miró, sorprendida.

—¿Tú pensando en estrategias de *marketing*? Eso sí que no me lo esperaba.

Él sonrió ligeramente, sin apartar la vista de la pantalla.

—No soy tan inútil como crees.

La respuesta hizo que Natalie soltara una breve risa, relajando por primera vez la tensión que flotaba entre ellos.

—Tienes razón. Tal vez deberías encargarte de la publicidad. —Se mofó, aunque una parte de ella se sorprendió de lo natural que parecía bromear con él, como si por un instante se hubieran olvidado de sus familias, del testamento y del año que debían compartir.

Grayson levantó la mirada, y por un segundo, sus ojos se encontraron, manteniéndose así un instante más largo de lo necesario.

—Podría considerarlo —respondió, pero su voz había adquirido un tono más suave de forma involuntaria.

La sensación volvió. Esa inquietud, ese cosquilleo incómodo en el estómago que sentía cuando Natalie estaba cerca. Y, como antes, se obligó a ignorarla.

Grayson prosiguió revisando los números con la misma atención meticulosa que usaba para las cuentas del rancho. Los

ingresos de la semana estaban anotados con precisión, junto a los gastos fijos: ingredientes, suministros y gastos varios. Todo estaba en orden, pero algo llamó su atención.

—¿Por qué este pedido de harina es más caro que los anteriores? —preguntó, señalando la pantalla del ordenador.

Natalie se inclinó hacia adelante para mirar el punto exacto, acercándose aún más a él. Sus cabellos casi rozaron su hombro, y Grayson notó cómo su cuerpo se tensaba.

—El proveedor subió los precios el mes pasado. Intenté buscar otra opción, pero la calidad no era la misma. No quiero arriesgarme a que los clientes lo noten.

Grayson asintió, pensativo, aunque su mente estaba dividida entre los números y la cercanía de Natalie.

—Entiendo, pero me parece un coste alto para el mercado. Conozco a alguien que pueda hacernos un mejor precio. Puedo hablar con él.

Ella lo miró con una mezcla de sorpresa y escepticismo.

—¿Tú?

Él sonrió ligeramente y se encogió de hombros.

—Negociar con proveedores no es muy distinto de negociar con ganado. Solo cambia el producto.

Por un momento, Natalie parecía querer discutir, pero se limitó a asentir.

—De acuerdo. Si crees que puedes conseguirlo, adelante.

El silencio se instaló entre ellos mientras él seguía revisando las cifras. Natalie, lo observó en silencio. Había algo en la manera en que Grayson se tomaba su tiempo, en cómo fruncía ligeramente el ceño cuando encontraba algo que no cuadraba, que la desarmaba un poco. Y, aunque no quería admitirlo, la cercanía de él le provocaba una sensación extraña, como si el aire a su alrededor se hubiera vuelto más cálido.

—Todo parece estar bien, salvo por ese tema del proveedor —dijo Grayson, levantando la mirada hacia ella—. Y parece que no estás perdiendo dinero, lo cual es una buena señal.

—¿Te sorprende? —respondió ella, alzando una ceja.

Grayson soltó una risa suave.

—Un poco. No esperaba que lo tuvieras todo tan controlado.

Natalie lo miró con una mezcla de orgullo y desafío.

—Te recuerdo que este lugar es importante para mí. No puedo darme el lujo de no vigilar hasta el mínimo detalle.

Grayson sostuvo su mirada por un momento, más de lo necesario, antes de asentir con lentitud.

—Lo entiendo —dijo, su voz era más suave—. Y por eso quiero asegurarme de que no estés cargando con todo sola.

Natalie apartó la mirada por un instante, como si no supiera cómo responder.

—Gracias —murmuró finalmente, bajando la voz—. No pensé que fueras a tomártelo tan en serio.

Grayson se recostó en la silla, dejando escapar un suspiro.

—Si vamos a estar atrapados en esto durante un año, prefiero hacerlo bien.

Natalie sonrió levemente tras escuchar sus palabras.

—Entonces, de momento estamos de acuerdo.

Grayson asintió y, por primera vez desde que había llegado, se permitió relajarse. Quizás trabajar con Natalie no sería tan complicado como había pensado en un principio. Pero mientras la miraba recoger los papeles con movimientos cuidadosos, supo que algo más se estaba gestando entre ellos, y que tenía que tener cuidado.

CAPÍTULO 7

El suave murmullo de conversaciones y el tintineo de cubiertos contra los platos llenaban el pequeño restaurante. Cada jueves por la noche, Natalie y Hannah se reunían allí, un ritual que habían mantenido a lo largo de los años, sin importar lo ocupadas que estuvieran. Sentadas junto a la ventana, disfrutaban de una cena tranquila, charlando sobre temas intrascendentales: anécdotas del día a día, chismes ligeros y la última ocurrencia de uno de los niños más traviesos de la clase de Hannah.

—Por cierto —dijo Hannah, dejando su tenedor sobre el plato con una mirada astuta—, llevamos demasiado rato hablando de mí. Ahora te toca a ti. ¿Cómo están las cosas con Grayson?

Natalie se quedó en silencio por un momento, removiendo distraídamente su copa de vino. Sabía que la pregunta llegaría tarde o temprano. Después de todo, era Hannah.

—¿Sigues queriendo matarlo o ya estamos en la fase de tolerancia moderada? —insistió su amiga, inclinándose ligeramente sobre la mesa.

Natalie dejó la copa y soltó un largo suspiro, apoyando el codo sobre la mesa y dejando caer la barbilla en su mano.

—Digamos que... sigue siendo un hombre insufrible. Pero al menos ya no quiero arrojarle una bandeja a la cara cada vez que entra en la pastelería —bromeó, aunque la sombra de la incomodidad cruzó su rostro.

Hannah la observó con curiosidad. La conocía lo suficientemente bien como para notar que había algo más.

—Ajá, eso suena como un avance significativo.

—No te emociones demasiado —advirtió Natalie, intentando desviar la atención—. Sigue sin aceptar del todo que la pastelería es tanto mía como suya. Lo noto en cada discusión que tenemos sobre los proveedores, las recetas... incluso sobre la decoración —bufó, rodando los ojos.

Hannah rio suavemente y tomó un sorbo de su copa.

—Natalie, seamos sinceras, admitir que ya no quieres lanzarle cosas es casi una declaración de afecto en tu idioma.

—No empieces con tus teorías románticas. Esto es puramente circunstancial. Estamos obligados a trabajar juntos por un año, no hay más que eso.

—Claro, claro. Lo que tú digas —canturreó Hannah, pero la sonrisa en su rostro decía que no se creía ni una palabra.

Natalie negó con la cabeza y siguió comiendo tranquilamente, decidida a dar por concluido el tema. Pero pasados unos minutos, se sorprendió de que su amiga no hubiera vuelto sobre el asunto con algún comentario sarcástico.

—¿Hannah? —la llamó, extrañada por su silencio repentino.

Al levantar la mirada, se encontró con la expresión de asombro de su amiga, que de repente se había quedado con el tenedor a medio camino de la boca.

—Dime que ves lo mismo que yo... —murmuró Hannah sin apartar la mirada de la entrada del restaurante.

Intrigada, Natalie alzó la vista y siguió la dirección de su mirada. Un hombre alto, de complexión atlética y sonrisa fácil, acababa de entrar en el local. Tenía un aire enigmático y sensual que no pasó desapercibido para el resto de mujeres del local. Su cabello oscuro estaba ligeramente revuelto, y sus ojos, de un azul intenso, escanearon el lugar con una mezcla de curiosidad y entusiasmo.

—Santo cielo... ¿Quién es ese? —susurró Hannah, sin disimular su interés.

Antes de que Natalie pudiera responder, una voz fuerte y llena de entusiasmo rompió la calma del lugar.

—¡Logan, muchacho! —exclamó Frank Deluca, el dueño del restaurante, con una sonrisa de oreja a oreja mientras rodeaba la barra para acercarse al recién llegado.

—Dime que no es ilegal que alguien sea tan guapo —murmuró Hannah, inclinándose para tener mejor vista.

Natalie le dio una patada por debajo de la mesa, pero no pudo evitar reírse ante la reacción de su amiga.

—No te pongas en evidencia —susurró divertida.

Mientras tanto, Frank le daba unas palmaditas en la espalda a su sobrino antes de alejarse un poco para evaluarlo con gesto paternal.

—¡Mírate! No has cambiado nada —dijo con orgullo—. ¿Cómo fue el viaje?

—Demasiado largo, tenía ganas de llegar —confesó Logan.

—Bueno, bueno, ven, quiero presentarte a alguien, es la encargada de elaborar los postres del restaurante.

Frank giró la cabeza y les hizo un gesto a Natalie y Hannah, que se irguieron en sus asientos al ver que el hombre se acercaba.

—Chicas, este es mi sobrino, Logan. Ha venido a instalarse en Willow Creek por un tiempo —les explicó con naturalidad—. Logan, ella es Natalie Sullivan, la dueña de la pastelería del pueblo, y Hannah Dawson.

Logan les dedicó una sonrisa encantadora antes de extender la mano primero hacia Natalie, quien la estrechó con cortesía, y luego hacia Hannah, que tardó medio segundo más en reaccionar.

—Encantado —dijo él con voz grave y segura.

—Igualmente —respondió Natalie con una sonrisa amable.

Hannah, por su parte, solo asintió con un gesto de cabeza. Por unos segundos, había olvidado cómo hablar.

—Un placer —dijo finalmente con voz atropellada.

—Espero que disfrutéis de la cena —añadió Logan con una leve inclinación de cabeza antes de volverse hacia Frank—. ¿Tienes algo para un hombre hambriento?

—Por supuesto, vamos, te prepararé algo especial.

Frank lo guio hacia la barra y poco después desaparecieron tras la puerta abatible que daba acceso a la cocina.

Hannah exhaló un suspiro exagerado y se abanicó con la mano.

—Dime que no soy la única que acaba de enamorarse un poquito.

—Me temo que sí —replicó Natalie.

Hannah se recostó ligeramente sobre la silla, con la mirada fija en la puerta por donde Logan y Frank habían desaparecido.

—Creo que ese hombre tiene algo... —dijo en un susurro.

—No sé qué tiene de especial —comentó Natalie.

Hannah entrecerró los ojos con picardía.

—Admítelo, ese hombre podría leer la lista del supermercado y aun así sonar irresistible.

—No tienes remedio —replicó Natalie con una sonrisa divertida.

—Puede, pero dime que no te mueres de curiosidad por saber más de él.

—No lo suficiente como para hacer el ridículo —replicó Natalie, aunque sus labios aún mantenían una sonrisa divertida.

***

Unos días después

La noche envolvía Willow Creek en un manto de sombras cuando Dakota estacionó su coche frente al pequeño adosado donde, hacía apenas un par de meses, había comenzado una nueva vida junto a Matt y Raylee. Tomar aquella decisión no había sido fácil; su padre no estaba precisamente encantado con la idea de que abandonara el rancho familiar, pero ella sabía que no podía seguir viviendo lejos de Matt. No después de todo lo que habían pasado.

El cálido resplandor de las luces del porche proyectaba un aura acogedora, una invitación silenciosa a la paz del hogar. Sin embargo, la opresión en su pecho no disminuyó. No dejaba de darle vueltas al inquietante rumor que había escuchado en el ayuntamiento y, por más que intentara restarle importancia, algo en su interior le advertía que aquello era solo el inicio de un problema mucho mayor, uno que no solo afectaría a su familia, sino también a los Sullivan y, por extensión, a Matt.

El aroma a leña encendida la envolvió con su cálida familiaridad al entrar. Cerró la puerta con un suspiro cansado y dejó las llaves sobre la mesa del recibidor antes de quitarse el abrigo con movimientos lentos. Desde la cocina, le llegaron los sonidos reconfortantes del agua corriendo y el suave tintineo de platos.

—Llegas tarde —comentó Matt desde el fregadero, sin molestarse en volverse—. Raylee ya está en su habitación,

probablemente ignorándonos con sus auriculares.

—Lo sé, y lo siento —exhaló Dakota mientras avanzaba hacia la cocina. Se apoyó en el marco de la puerta, cruzando los brazos mientras observaba cómo él secaba un plato con la parsimonia de alguien acostumbrado a la simplicidad de las rutinas diarias.

—¿Tienes hambre? —preguntó Matt, dejando el último plato en la alacena antes de dirigirse al horno.

—La verdad es que sí —confesó Dakota mientras se acercaba a la mesa, donde él había dispuesto un servicio.

—Lo imaginé, por eso te guardé algo —dijo Matt mientras sacaba un plato caliente del horno y lo colocaba sobre la mesa. Era un estofado humeante de ternera con vegetales, acompañado por un trozo generoso de pan recién horneado que desprendía un aroma tentador.

Matt se sentó frente a ella, observándola mientras ella se acomodaba en la silla y tomaba el tenedor con desgana. Notó la sombra de preocupación que cruzaba su rostro, y la manera en que sus dedos jugaban distraídamente con el borde del plato.

—¿Estás bien? —preguntó finalmente, sus ojos buscando los de ella con sincera preocupación.

—No lo sé —admitió ella, pasándose una mano por el cabello con frustración—. Hoy me he enterado de algo en el ayuntamiento y… no me gusta nada.

—¿Algo grave? —preguntó Matt intrigado.

Dakota soltó un resoplido y negó con la cabeza, aunque su semblante seguía tenso.

—Se ha vendido un local en la avenida principal.

—¿Y? —cuestionó Matt con una mirada de incomprensión.

—Se rumorea que el comprador planea abrir un nuevo negocio.

—Suena genial, eso es bueno para el pueblo, podría atraer a más gente.

—Sí, pero dicen que quiere abrir una pastelería.

Matt parpadeó, claramente sorprendido.

—¿Otra pastelería?

—Sí, eso parece.

Matt apoyó las manos en la encimera y se quedó en silencio por un momento, asimilándolo. Dakota lo conocía lo suficientemente bien para saber que su mente ya estaba procesando las implicaciones de lo que le acababa de contar.

—Competencia directa para Natalie. Eso no va a gustarle, y más después de lo del señor Taylor —dijo al fin.

—Por eso estoy preocupada —confesó Dakota—. Y más aún porque Grayson está metido en el mismo barco. Ya sabes cómo es mi hermano, si ve esto como una amenaza… no sé cómo puede reaccionar.

Matt apretó la mandíbula y asintió.

—Lo sé. Y también sé que Natalie no se va a quedar de brazos cruzados. ¿Tienes idea de quién puede ser ese hombre?

—No, pero mañana intentaré averiguar algo más.

Matt le tomó las manos con suavidad y le acarició los nudillos con el pulgar, en un gesto tranquilizador.

—Quizás deberíamos hablar con ellos —sugirió.

Dakota lo miró con duda.

—¿Con Natalie y Grayson?

—Sí. Invitarles a cenar una de estas noches y contarles lo que sabemos. No quiero que se enteren por otro lado y reaccionen sin pensar.

Dakota meditó la idea por un instante. Su hermano tenía un temperamento fuerte y un sentido de la lealtad inquebrantable, y Natalie… bueno, lo último que necesitaba era otro motivo de estrés.

—Está bien, pero tenemos que dejar claro que esto es confidencial —dijo finalmente—. No quiero que esto llegue a oídos del alcalde, y que sepa que el ayuntamiento es un nido de cotilleos.

—Lo haremos con discreción —aseguró Matt con una sonrisa —. Además, siempre podemos sobornar a Grayson con un buen filete para que no se vaya de la lengua.

Dakota rio entre dientes y negó con la cabeza.

Luego se inclinó y le dio un beso suave, como un pequeño recordatorio de lo mucho que valoraba poder compartir sus preocupaciones con él.

—Gracias, mi amor —murmuró.

—Para eso estamos —respondió Matt con una amplia sonrisa mientras la rodeaba con el brazo y la pegaba a su cuerpo.

CAPÍTULO 8

Grayson salió del bar con las manos en los bolsillos y el eco de la risa de Sam aún resonando en sus oídos. La noche era fresca, y el viento cortante lo obligó a subirse el cuello de la chaqueta. Se disponía a cruzar la calle hacia su camioneta cuando notó que aún había luz en la pastelería. Frunció el ceño, y su cuerpo se tensó de manera casi instintiva. A esas horas, el local debería estar cerrado.

Sin pensarlo demasiado, cruzó la calle y deslizó la llave en la cerradura. El abogado se la había entregado, pero hasta ahora no había tenido motivo para usarla. Entró en silencio, cerrando tras de sí, y avanzó con sigilo hacia el obrador, de donde provenían golpes sordos y maldiciones ahogadas.

Cuando cruzó el umbral, la escena ante él lo hizo alzar una ceja.

Natalie estaba frente al enorme horno industrial, con hollín cubriéndole el rostro y las manos. Su cabello cobrizo estaba recogido de cualquier manera, y aferraba con fuerza una llave inglesa.

—¡Vamos, maldito pedazo de chatarra! ¡Funciona! —gruñó, dándole otro golpe al horno con evidente frustración.

Grayson reprimió una sonrisa mientras se acercaba con cautela. Justo cuando iba a anunciar su presencia, el suelo crujió bajo su peso.

Natalie se giró de golpe.

Un grito escapó de sus labios mientras alzaba la llave inglesa, lista para atacar.

Pero en un parpadeo, Grayson reaccionó.

Su mano atrapó su muñeca con firmeza, mientras que la otra se cerraba sobre la herramienta antes de que pudiera asestarle un golpe.

El tiempo pareció detenerse.

Natalie respiraba entrecortadamente, su pecho subía y bajaba con rapidez. Sus ojos, abiertos de par en par, reflejaban una mezcla de terror y sorpresa. La calidez de su piel ardía bajo los dedos de Grayson, y su corazón latía desbocado.

Por un instante, ninguno de los dos se movió.

El cuerpo de Grayson estaba demasiado cerca, tanto que Natalie podía sentir el calor que irradiaba. Su chaqueta rozaba su brazo, su aliento era cálido contra su piel, y su respiración, profunda y contenida, contrastaba con la de ella, errática e inestable.

La llave inglesa resbaló de sus dedos y cayó al suelo con un ruido seco.

Pero Grayson no la soltó de inmediato.

Sus dedos permanecieron sobre su piel, como si su cuerpo aún no hubiera procesado que el peligro había pasado. Sus miradas se encontraron, enganchadas en un vaivén de emociones confusas.

Grayson se sintió atrapado en la profundidad de sus grandes ojos azules. En un intento por romper el hechizo, desvió la mirada, pero fue un error. Porque entonces se encontró con sus labios.

Rosados. Suaves. A escasos centímetros.

Natalie era incapaz de apartarse, aunque su mente gritaba que lo hiciera. Cada fibra de su ser se encontraba atrapada en la corriente eléctrica que se había formado entre ambos. Podía ver la sombra de su barba, la curva de su mandíbula, el brillo oscuro en su mirada verdosa.

Grayson tampoco se movió. Su respiración se hizo más lenta, más profunda, como si estuviera tratando de controlar algo que amenazaba con hacerle caer al abismo. Sus ojos bajaron hasta sus labios, y por un momento, pareció que iba a acortar la distancia que los separaba.

—Natalie… —susurró, su voz era ronca y cargada de algo que no podía identificar.

Ella no respondió. No podía. Su pulso acelerado resonaba en sus oídos, y el mundo exterior se desvaneció, solo existían ellos en ese espacio íntimo y abrumador.

Grayson inclinó la cabeza apenas un poco, como si estuviera a punto de ceder a la atracción que los unía. Pero entonces, el sonido

de un teléfono rompió el hechizo.

El tono estridente del móvil de Grayson resonó en el espacio, y ambos se separaron bruscamente, como si hubieran sido sorprendidos en medio de algo prohibido. Grayson maldijo en voz baja y sacó el teléfono del bolsillo, apartándose un paso.

—¿Sí? —dijo, con voz áspera.

Hubo un breve silencio antes de que soltara otra maldición.

—Entendido, estaré allí en quince minutos.

Cortó la llamada y miró a Natalie con una mezcla de frustración y resignación.

—Una vaca esta de parto y el ternero viene de nalgas, tengo que volver al rancho.

Natalie asintió, aunque su mente aún estaba nublada por lo que había estado a punto de suceder.

—Claro —respondió, con voz temblorosa—. Ve, no te preocupes.

Grayson guardó el teléfono en su bolsillo y le dedicó una última mirada antes de encaminarse hacia la puerta. Pero antes de salir, se detuvo y se giró hacia ella.

—Cuando acabe, regresaré para echar un vistazo al horno.

Natalie asintió con un gesto de cabeza, aunque sabía que no estaría allí cuando él regresara. Necesitaba poner distancia antes de que ese «casi beso» se convirtiera en algo de lo que no pudiera escapar.

Grayson avanzaba por la carretera solitaria que conectaba el pueblo con el rancho Gallagher, con las manos aferradas al volante y la mandíbula tan tensa que sentía el dolor irradiando hasta las sienes. El aire frío de la noche se colaba por la ventanilla entreabierta, pero ni siquiera eso lograba enfriar el ardor que aún sentía en la piel.

El recuerdo de Natalie seguía ahí, tan nítido como si aún la tuviera a escasos centímetros de su cuerpo. Su respiración agitada, el calor de su piel, esos labios rosados que había estado a un susurro de probar.

«Maldita sea», masculló, golpeando el volante con la palma de la mano.

Había sido un estúpido. Un idiota con cero autocontrol. Él sabía mejor que nadie que acercarse a Natalie era un error, uno que no podía permitirse cometer.

Pero entonces, por un segundo, solo uno, había deseado olvidar todas las razones que le obligaban a mantener la distancia con Natalie, y simplemente dejarse llevar por lo que su cuerpo anhelaba.

Fue el maldito sonido del teléfono el que lo salvó. Y no sabía si agradecerlo o maldecirlo.

Y, aun así, por más que intentara borrar de su memoria lo que había estado a punto de suceder, un pensamiento martillaba en su mente con cruel insistencia: al día siguiente tendría que volver a verla.

Habían pactado una cita con un proveedor de harina de su confianza, y no había forma de eludirla. Esa certeza lo desarmaba, porque en lo más hondo sabía que, en cuanto volviera a encontrarse con esos ojos azules, la batalla que libraba contra sí mismo estaría perdida antes de empezar.

Cuando llegó al rancho, Tucson ya lo esperaba junto al corral, iluminado por la tenue luz del establo. El resuello de la vaca preñada llenaba la noche con un sonido áspero y entrecortado.

—Has tardado una eternidad —le reprochó su hermano, sujetando la soga que mantenía inmóvil al animal.

Grayson gruñó una respuesta y se acercó, arremangándose la camisa mientras hundía las botas en el barro.

Tucson lo observó de reojo, con el ceño fruncido, pero no abrió la boca. Sabía que aquella expresión hosca y aquel silencio ocultaban algo más profundo, algo de lo que su hermano no parecía dispuesto a hablar.

— Si no lo sacamos pronto, la perderemos —dijo con firmeza, inclinándose sobre la vaca.

Grayson apretó los dientes y asintió, obligando a sus manos a trabajar con precisión, aunque su mente siguiera dividida entre el establo y la imagen de Natalie cubierta de hollín en la pastelería.

«Bienvenido de vuelta a la realidad», pensó con amargura, mientras intentaba colocar al ternero en la posición correcta.

***

Al día siguiente

El motor de la camioneta de Grayson rugió suavemente mientras estacionaba frente a la pastelería. Se tomó un segundo antes de apagarlo y clavar su mirada en la fachada del local.

Se bajó del vehículo mostrando una expresión neutral, la misma que había practicado frente al espejo esa misma mañana. Entró con paso seguro, y la campanilla sobre la puerta anunció su llegada.

—¡Grayson! —La voz de Andrew Foster, viejo amigo de la familia, resonó con calidez mientras se acercaba a él con una gran sonrisa.

—Andrew —respondió él, estrechándole la mano con firmeza.

—Acabo de llegar, me alegra verte, muchacho. Este pueblo no sería el mismo sin un Gallagher rondando por aquí —bromeó el hombre, antes de volverse hacia la mujer que estaba tras el mostrador—. Y tú debes ser Natalie.

Ella asintió con una sonrisa educada y extendió la mano.

—Un placer, señor Foster. Gracias por venir.

Andrew le dedicó una mirada apreciativa, como si estuviera evaluándola.

—Solo Andrew, por favor. Y lo mismo digo, Natalie. Tu reputación te precede, dicen que haces los mejores dulces de la región.

—Bueno, no diré que es mentira —respondió ella con un leve destello de diversión en la mirada.

Grayson se obligó a mantener la compostura, a fingir que no había notado lo bien que le quedaba ese delantal azul, que su cabello recogido en un moño desordenado no le daba ganas de deslizar los dedos por él. «¡Céntrate!», se ordenó mentalmente.

—Pasemos a la parte aburrida —intervino Andrew, ajeno a los pensamientos de su amigo—. Hablemos de negocios

—¿Nos sentamos? —replicó Grayson señalando una mesa cercana.

Natalie revisó los costos, discutieron cantidades y plazos de entrega, y Andrew compartió algunas anécdotas sobre su molino de harina.

Y todo transcurrió con una aparente normalidad.

Pero Grayson notó cada uno de los esfuerzos de Natalie por evitar que sus miradas se cruzaran, cada pausa antes de dirigirse a él, cada instante en el que sus manos se rozaban al pasarle un papel y ella se apartaba demasiado rápido.

Cuando Andrew finalmente se levantó para marcharse, les estrechó la mano a ambos para cerrar el acuerdo.

—Ha sido un placer, Natalie. Espero que este sea el primero de muchos acuerdos.

—Lo mismo digo —respondió ella con una sonrisa.

—Grayson, ¿vienes? —preguntó el hombre cuando vio que su amigo no se movía.

Grayson tardó un segundo en reaccionar.

—Sí, voy en un minuto.

Andrew asintió y salió, dejándolos solos en la pastelería.

El silencio se instaló entre ellos, pesado y denso.

Natalie se giró hacia la mesa, organizando los papeles con evidente nerviosismo.

—Gracias por coordinar la reunión —dijo, sin mirarlo.

—No hay problema.

—Y por arreglar el horno —agregó después de una pausa.

Grayson esbozó una media sonrisa.

—¿No volverás a amenazarme con una llave inglesa?

—Depende de si dejas de decir tonterías —respondió Natalie, alzando la mirada por un instante.

Y allí estaba.

La chispa. El desafío. La tensión.

Todos los pensamientos que él había intentado enterrar en las últimas horas regresaron como un huracán a su mente.

Inconscientemente, se pasó la lengua por el labio inferior, aferrándose a la promesa que se había repetido aquella noche:

«Nunca sucederá nada entre Natalie y yo.»

Eso era lo que se había dicho.

Y, sin embargo, en ese momento, mientras ella lo miraba con esa expresión altiva y ese brillo en los ojos que lo volvía loco, comprendió que se estaba mintiendo al creer que podría resistirse a lo que aquella mujer le hacía sentir.

Se aclaró la garganta con un carraspeo y dio un paso atrás, alejándose de su cercanía antes de atreverse a hablar.

—Nos vemos, Natalie.

—Aquí estaré —respondió ella.

CAPÍTULO 9

Unos días después

Natalie se miró al espejo, aún indecisa. Había elegido un vestido sencillo pero elegante, de un azul marino profundo, con mangas tres cuartos que abrazaban sus brazos con suavidad. Consideraba que era adecuado para una cena informal, pero con el toque justo de sofisticación.

El mensaje de Matt había llegado un par de días antes, invitándola a cenar en su casa. La propuesta sonaba apetecible tras una semana de mucho trabajo, aunque el tono críptico de su mensaje la había dejado intrigada. A pesar de las dudas, decidió aceptar.

Al llegar, Matt la recibió con una sonrisa cálida y le ayudó a quitarse el abrigo mientras Dakota le ofrecía una copa de vino que esperaba sobre la encimera de la cocina. Natalie apenas alzó la mano para tomarla cuando el timbre sonó nuevamente.

—Debe ser mi hermano —comentó Dakota con voz casual, aunque la expresión sorprendida de Natalie no le pasó desapercibida —. ¿No sabías que venía? —preguntó, con genuina confusión en su mirada.

—No, Matt no me dijo nada —replicó Natalie, fulminándolo con la mirada.

—Temía que te negaras si lo sabías —confesó Matt con una sonrisa traviesa—, supongo que compartes más tiempo con Grayson del que te gustaría —añadió con una fingida expresión de inocencia.

El sonido de la puerta abriéndose confirmó las sospechas de Dakota. Grayson apareció en el umbral, enfundado en su habitual chaqueta de cuero negro y *jeans* oscuros. Su mera presencia trajo consigo un soplo de aire frío del exterior.

—Llegas tarde —bromeó Matt.

—Surgió algo de última hora en el rancho —replicó Grayson, aunque sus ojos se posaron un poco más de lo necesario en Natalie

antes de saludarla con un leve asentimiento de cabeza.

Dakota intercambió una mirada significativa con Matt antes de seguir a sus invitados hasta el comedor. La mesa de madera maciza ocupaba el centro de la habitación, adornada con platos blancos sencillos y copas que reflejaban la luz cálida de las lámparas. El aroma a especias y romero flotaba en el aire, prometiendo una cena cuidadosamente preparada.

Natalie tomó asiento junto a Dakota, mientras Matt y Grayson se ubicaban frente a ellas. Durante los primeros minutos, la conversación fue superficial y educada. Aunque intentaba concentrarse en lo que se decía, Natalie notaba cómo la presencia de Grayson parecía ocupar todo el ambiente. Su voz grave y pausada, combinada con su mirada observadora, lograban descolocarla más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Espero que os guste la carne asada. No soy un *chef* profesional, pero me defiendo —comentó Matt al servir generosas porciones en cada plato.

—Si sabe tan bien como huele, creo que estamos en buenas manos —respondió Natalie, esbozando una sonrisa amable.

El primer bocado confirmó sus palabras. La carne era deliciosa, estaba tan tierna que prácticamente se deshacía al contacto con el tenedor y su sabor era profundo.

—Nada mal, Matt. Aunque aún te falta llegar al nivel de mi madre —bromeó Grayson.

—Ah, claro. Porque nadie puede superar su pastel de manzana, ¿verdad? —replicó Matt con una sonrisa divertida.

—Lo has dicho tú, no yo. —Grayson levantó las manos en señal de inocencia.

La conversación se deslizó con más naturalidad a medida que avanzaba la cena, aunque Natalie no podía evitar notar las miradas fugaces que Grayson le dirigía. Por su parte Matt y Dakota intercambiaban comentarios ligeros.

Cuando la cena concluyó, Dakota animó a sus invitados a ir al cuarto de estar, para seguir con la conversación, ya que aún era pronto.

—¿Entonces? —comenzó Grayson mientras se dejaba caer en uno de los sillones, su postura relajada contrastaba con la intensidad de su mirada, fija en Matt y Dakota—. ¿Qué es lo que queréis decirnos? Porque estoy seguro de que esta invitación no es solo para charlar sobre el clima.

Natalie permaneció en silencio, esforzándose por ignorar la presencia abrumadora de Grayson y enfocándose en la inquietud que crecía con rapidez tras sus palabras. Algo en la expresión de Matt y Dakota le decía que Grayson no estaba del todo equivocado.

—Está bien, supongo que somos más transparentes de lo que pensábamos —admitió Dakota con un suspiro que revelaba cierta incomodidad—. Hay algo que necesitamos contaros.

Natalie dejó su copa sobre la mesa con un gesto rígido, sus dedos aferrándose al cristal como si buscara anclarse a algo sólido.

—¿De qué se trata? —preguntó con el ceño fruncido.

Dakota respiró hondo antes de continuar.

—He escuchado un rumor en el ayuntamiento. Al parecer, alguien ha comprado un local en la avenida principal… y planea abrir una pastelería.

El rostro de Natalie cambió de color, y sus ojos buscaron instintivamente a Grayson, cuya mandíbula apretada revelaba su irritación contenida.

—¿Una pastelería? —repitió Natalie, como si la palabra se le atragantara en la garganta.

—Así es —confirmó Dakota—. Y quería que lo supierais por nosotros. Os advierto que esto es algo confidencial, si alguien se entera de que os lo he contado, podría meterme en un buen lío.

—Esto es… esto es una locura —murmuró Natalie, con la voz ligeramente temblorosa—. Apenas estamos saliendo adelante, y ahora esto...

—No sabemos si será un problema aún —comentó Matt con tono cauteloso, intentando ser la voz de la razón.

—¿Y qué demonios se supone que debemos hacer? —explotó Grayson, con la frustración ardiendo en su mirada—. ¿Esperar a que esa persona nos quite a los clientes? No pienso permitirlo.

—Vamos, Grayson. No se trata de montar un escándalo —intervino Dakota con voz firme—. Se trata de pensar en soluciones.

—¿Qué soluciones? —bufó Grayson, golpeando el brazo del sillón con la palma abierta—. Competencia significa perder dinero. Y si perdemos dinero, lo perdemos todo.

Un silencio denso cayó sobre el cuarto de estar. El chisporroteo de la leña en la chimenea fue el único sonido que rompía el tenso silencio. Natalie se mantuvo erguida en el sillón, con las manos entrelazadas con fuerza sobre su regazo, como si intentara contener la tormenta que le recorría el cuerpo.

Grayson, por su parte, respiraba con dificultad, como si la rabia le quemara el pecho, mientras Matt y Dakota intercambiaban una mirada cargada de preocupación. La tensión no era solo por una cuestión económica: era personal, familiar.

Natalie alzó la vista y la fijó en el fuego, con los labios apretados en una línea firme. El miedo estaba allí, latiendo con fuerza, pero también una chispa de determinación que empezaba a abrirse paso entre la confusión.

—Sea como sea —dijo al fin, con voz baja pero firme—, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Si de verdad alguien piensa abrir esa pastelería… necesitaremos un plan de ataque.

Las palabras quedaron flotando en el aire, más pesadas que cualquier postre o copa de vino. Ninguno respondió de inmediato, pero en las miradas cruzadas que se dedicaron eran más elocuentes que las palabras.

***

Willow Creek, al día siguiente

El golpeteo rítmico de las zapatillas contra la tierra húmeda marcaba el compás mientras Hannah y Natalie recorrían el sendero situado en el bosque cercano al pueblo. La mañana era fresca; una neblina ligera se aferraba aún a la hierba, y el aire estaba impregnado del olor a hojas mojadas. El silencio entre ellas solía ser cómodo. Sin embargo, aquel día, algo en Natalie se había quebrado:

sus labios estaban apretados, la frente fruncida, la mirada perdida en sus pensamientos.

—Vale, suéltalo ya —dijo Hannah sin romper el ritmo, girando apenas el rostro para observarla de reojo—. Tienes cara de estar rumiando la próxima catástrofe mundial.

Natalie soltó un resoplido, más frustrado que cansado. Redujo el paso y, tras dudar unos segundos, habló al fin.

—Es algo serio… —confesó en voz baja— y confidencial.

—¿Confidencial? —repitió Hannah con una sonrisa burlona, con el vaho escapando de su boca con cada palabra—. No me digas que estás trabajando en la CIA y me lo has ocultado todo este tiempo.

Pero Natalie no rio. Se detuvo en seco, obligando a Hannah a frenar también.

—Hablo en serio —dijo, apoyando las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento—. En el ayuntamiento corre el rumor de que alguien ha comprado un local en la avenida principal.

—¿Y? —preguntó Hannah, restándole importancia—. Siempre dices que es bueno que la gente abra negocios.

—Esa persona planea abrir… una pastelería.

Hannah frunció el ceño; y por un instante, el parque se desvaneció y solo quedó la confesión de Natalie.

—¡Oh, no! —exclamó sin poder contenerse—. ¿Y quién es esa persona?

—Desde que me enteré, he estado investigando discretamente. Creo que es el sobrino de Frank Deluca. No sé mucho más. Por eso te lo cuento a ti… y solo a ti.

Hannah permaneció unos segundos en silencio, procesando la noticia. Una mezcla de impulso protector y rabia contenida le recorrió el cuerpo.

—Ese guaperas de tres al cuarto… —murmuró, cerrando los puños.

—Si de verdad abre una pastelería en la avenida, Hannah, eso puede arruinarme —dijo Natalie, con la voz quebrada por la preocupación—. Apenas estoy empezando a hacerme un nombre, y enfrentar una competencia directa sería un golpe durísimo.

Era la primera vez desde que habían comenzado a correr que la voz de Natalie temblaba. Hannah la miró con atención y, sin pensarlo, le apoyó una mano en el brazo: un gesto más cálido que cualquier palabra.

—Eh —susurró—. No te adelantes a lo peor. Primero hay que comprobar si es cierto, y luego ya veremos. Además, que alguien abra un negocio no significa que tenga talento. No todo el mundo tiene tu mano para los dulces.

Natalie dejó escapar un suspiro profundo que le encogió el pecho.

—Ojalá tengas razón.

Hannah torció una sonrisa, buscando arrancar una chispa de humor en medio de la preocupación.

—Y si no… —añadió, bajando la voz como quien revela un plan secreto—, yo misma me encargaré de sabotear la inauguración. Operación encubierta. CIA *style*.

Una sonrisa, tímida pero sincera, se dibujó al fin en los labios de Natalie, disipando parte de la tensión.

—Eres incorregible —dijo, aunque el tono cálido desmentía cualquier reproche.

—No, soy leal. Y un poco dramática, lo admito —replicó Hannah, retomando el trote—. Pero, Natalie, pase lo que pase, no vas a enfrentarte a esto sola.

Natalie se mordió el interior de la mejilla, agradecida de que el esfuerzo físico disimulara la humedad que amenazaba con asomar a sus ojos. Alzó la vista hacia el horizonte, donde la neblina empezaba a rendirse ante los primeros rayos tímidos del sol.

—Gracias —susurró—. De verdad.

Continuaron trotando unos metros en silencio, bajando el ritmo hasta detenerse junto a un banco de madera. Allí se dejaron caer, jadeando todavía, con el aliento entrecortado y las mejillas encendidas.

—¿Y Grayson lo sabe? —preguntó Hanna, rompiendo la calma. No se le escapó el leve sobresalto de Natalie al escuchar aquel nombre.

—Sí… y está tan preocupado como yo —contestó finalmente.

Hannah entrecerró los ojos, estudiando el perfil de su amiga.

—¿Por qué tengo la impresión de que hay algo más?

Natalie evitó su mirada, concentrándose en el suelo de tierra bajo sus pies, como si de pronto resultara fascinante.

—No —dijo al fin, con un suspiro forzado—. No hay nada.

—Claro que no —replicó Hannah, sin dejarse engañar—. Y yo soy una monja benedictina.

Natalie soltó una risa baja, cansada, pero no añadió nada.

—Vamos, Natalie —insistió Hannah, inclinándose un poco hacia ella—. Te brillan los ojos cada vez que lo mencionas, aunque intentes hacerte la indiferente. ¿Te gusta Grayson, sí o no?

Natalie se mordió el labio inferior, indecisa, pero su silencio lo dijo todo.

—Dios… —suspiró Hannah, recostándose contra el respaldo del banco con dramatismo fingido—. Lo sabía. Natalie Sullivan, rendida a los pies de un Gallagher. ¿Qué vendrá después? ¿Una tregua entre familias? ¿Un apocalipsis?

—No es gracioso —murmuró Natalie, bajando la mirada—. Tú sabes mejor que nadie que no puede pasar nada entre nosotros.

—Natalie, sabes que los Gallagher no son santo de mi devoción, pero esto es surrealista, de verdad. ¿Estáis obligados a odiaros eternamente porque vuestros abuelos discutieron por un terreno hace décadas? —rebatió Hannah con firmeza.

—Esto…—no sabía cómo definir lo que estaba surgiendo entre ellos— no tendría sentido.

—¿Y qué pasa si sí lo tiene? —replicó Hannah, ahora más seria—. ¿Qué pasa si, por una vez, dejas de pensar en lo que esperan los demás y empiezas a pensar en lo que realmente quieres tú?

Natalie alzó la mirada, con los ojos ligeramente brillantes, atrapada entre la razón y el deseo.

—Es complicado… —intentó rebatir.

—Tal vez no —concedió Hannah—. Pero lo que sí está clarísimo es que no puedes sacártelo de la cabeza. Admítelo de una vez.

El silencio que siguió fue denso, cargado de palabras no dichas.

Natalie bajó la vista y, apenas en un susurro, dejó caer la verdad:

—Sí. Me gusta. Y eso… eso es precisamente el problema.

Hannah suavizó su expresión, dejando atrás la burla para mostrar apoyo sincero.

—Entonces no puedes seguir negándolo, Natalie. Pero tampoco puedes dejar que ese miedo te paralice. Tú no eres así.

Natalie levantó la mirada, sus ojos brillaban con una mezcla de miedo y esperanza.

—Ojalá fuera más fácil —murmuró—. No solo se trata de nosotros, sino de nuestras familias.

El viento agitó suavemente las hojas de los árboles, haciendo que las sombras se movieran como figuras fantasmales sobre el sendero. Natalie apoyó la cabeza en el respaldo del banco y cerró los ojos por un momento, dejando que el murmullo lejano de los pájaros y el goteo de la humedad calmaran un poco su ansiedad.

—Lo sé —respondió Hannah—. Pero a veces, lo más difícil es lo que más vale la pena.

Un suspiro escapó de los labios de Natalie y, por un instante, el peso de la incertidumbre pareció ceder ante la posibilidad de algo nuevo. Sus dedos jugaron con el borde de su sudadera, como si buscara aferrarse a algo tangible para no perderse en aquel torbellino de emociones.

—Tengo miedo de que todo se derrumbe —admitió al fin, en voz baja—. Mi negocio, mi familia, lo que piensen los demás… Y, al mismo tiempo, tengo miedo de lo que pasará si no hago nada con lo que Grayson me hace sentir.

Hannah la observó en silencio, con el gesto serio y la determinación brillando en sus ojos.

—Entonces tendrás que decidir qué miedo es más fuerte, Natalie —dijo con suavidad, pero con firmeza—. Y cuando lo decidas, yo estaré a tu lado.

Natalie la miró, y una leve sonrisa temblorosa se dibujó en sus labios.

—Gracias, amiga, te quiero —confesó.
—Y yo a ti —replicó Hannah emocionada.

CAPÍTULO 10

Rancho Gallagher, a la misma hora

Grayson apoyó la espalda contra la fría pared del establo, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta. Observaba sin realmente ver cómo una fina capa de lluvia resbalaba por el ventanal, mientras su mente se debatía en un torbellino de pensamientos que no lograba acallar.

No era fácil admitirlo, ni siquiera para sí mismo, pero cada vez que pensaba en Natalie, la rígida muralla de dureza y frialdad que había construido a lo largo de los años para protegerse comenzaba a resquebrajarse. Y ahora, mientras la lluvia golpeaba con insistencia sobre los cristales no dejaba de pensar en ella.

—¿Por qué demonios me cuesta tanto alejarme? —murmuró, con voz áspera, sabiendo que no habría respuesta.

Conocía las razones por las que debía mantenerse alejado de ella: la enemistad entre las familias, las cicatrices del pasado, la desconfianza que aún flotaba entre ellos. Pero, a pesar de todo, no podía evitarlo. Había algo en la forma en que Natalie sonreía, en su determinación silenciosa, que lo atraía con una fuerza que no sabía cómo combatir.

Un suspiro escapó de sus labios. No estaba listo para rendirse a lo que sentía, pero mantener las distancias empezaba a resultarle imposible.

Detrás de él, Tucson apareció en silencio, apoyándose junto a él contra la pared con esa calma natural que lo caracterizaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, arqueando una ceja—. No es propio de ti quedarte tan quieto.

Grayson apretó la mandíbula y clavó la mirada en el suelo.

—Es ella —respondió tras un momento de duda—. Natalie.

Tucson no pareció sorprendido por el nombre, aunque en su expresión se dibujó una sombra de inquietud.

—¿Otra discusión?

—No —murmuró Grayson, con un nudo en la garganta—, es algo peor. No puedo sacármela de la cabeza. Quiero mantener la distancia, alejarme… pero cada vez que la veo, es como si todo lo demás desapareciera. Su olor, su voz, sus ojos… —sacudió la cabeza con frustración—. La deseo más de lo que me atrevo a admitir.

Tucson lo observó con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—Vaya… esto se está poniendo interesante —comentó, sin poder evitarlo—. ¿Y qué piensas hacer?

Grayson bajó la mirada, dejando que por un instante se desmoronara la coraza que solía mantener intacta.

—No lo sé. Sé que esto puede acabar mal, pero no puedo seguir negándolo. Lo que siento no es un capricho. Es real. Y me aterra.

El viento silbó contra las rendijas de la puerta del edificio, como si la naturaleza misma respondiera al conflicto que hervía dentro de él. La lluvia se intensificó, golpeando los cristales con un ritmo que acompañaba el latido acelerado de su corazón.

Tucson colocó una mano firme sobre su hombro antes de hablar.

—Recuerda lo que le pasó a Dakota. No quiero verte destrozado como ella lo estuvo hasta que todo se solucionó… Pero si de verdad lo que estás empezando a sentir por Natalie significa tanto para ti, tendrás que enfrentarlo.

Las palabras de su hermano fueron como un ancla en medio del caos. Grayson cerró los ojos y se permitió, aunque solo por un segundo, imaginar un futuro donde la enemistad no existiera, donde Natalie no fuera un riesgo sino un refugio. Se vio a sí mismo entrando en su pastelería, probando el pan caliente recién salido del horno, escuchándola reír entre el olor dulce a azúcar y canela. Una visión simple, pero que lo golpeó con más fuerza que cualquier argumento lógico.

Abrió los ojos bruscamente, como si quisiera ahuyentar aquella imagen. No podía darse el lujo de soñar. No con todo lo que estaba en juego. Y, sin embargo, era ese mismo sueño el que lo mantenía respirando, el que le daba fuerzas para seguir.

Estaba a punto de decir algo más cuando el sonido agudo de su teléfono cortó el silencio. Grayson lo sacó del bolsillo trasero de su pantalón con un movimiento brusco. En la pantalla iluminada apareció el nombre de Dakota y un mensaje breve, cargado de urgencia:

«Reunión en mi casa esta noche. Es importante. No faltes».

Grayson frunció el ceño, sintiendo cómo la inquietud se le instalaba en el estómago. Guardó el móvil lentamente, mientras la lluvia arreciaba contra los ventanales como si subrayara la gravedad del momento.

—Parece que la calma se ha acabado —murmuró, más para sí que para Tucson.

***

Willow Creek, ese mismo día

Hannah se dirigía a la salida de la biblioteca con un par de libros bajo el brazo y la mente aún atrapada en la interminable lista de tareas que tenía anotadas en su agenda: preparar las actividades del día siguiente, corregir ejercicios, y encontrar la manera de convencer a sus alumnos de que las fracciones no eran un invento del demonio. Tan absorta iba en sus pensamientos que no reparó en la figura que entraba al mismo tiempo por la puerta.

El choque fue inevitable.

Los libros cayeron al suelo con un golpe seco y Hannah casi perdió el equilibrio, tambaleándose un paso hacia atrás.

—¡Maldición! —masculló, agachándose de inmediato para recoger los volúmenes mientras la indignación le subía a la garganta.

—Vaya, qué recibimiento —respondió una voz grave, imposible de confundir.

Hannah levantó la vista. Ahí estaba: Logan Deluca. Por supuesto.

Inclinado hacia delante para recoger uno de los ejemplares que ella cargaba poco antes, la luz de la entrada recortaba su silueta, resaltando la amplitud de sus hombros bajo una chaqueta

informal y el desorden calculado de su cabello castaño. Su sonrisa era fácil, insolente, como si viniera de serie. Eran hombre demasiado cómodo en su propia piel, demasiado acostumbrado a que el mundo le respondiera con complicidad.

Y, para colmo, aquella expresión relajada le resultaba tan exasperante como… magnética. Hannah apretó los labios de inmediato, furiosa consigo misma por lo que ese hombre despertaba en ella; más aún desde que sabía que planeaba abrir una pastelería que pondría en un grave aprieto a su mejor amiga, Natalie.

—Usted —escupió, tajante, mientras le arrancaba el libro de la mano.

El roce de sus dedos contra los de él fue fugaz, pero suficiente para encenderle un cosquilleo incómodo que recorrió su piel como un chispazo eléctrico. Hannah se obligó a ignorarlo expresamente.

Él arqueó una ceja, divertido, y esa media sonrisa que se dibujó en sus labios le dio la irritante apariencia de alguien que nunca pierde el control.

—Yo. ¿Nos conocemos?

—Le vi en el restaurante el jueves; nos presentó su tío —replicó Hannah, enderezándose con impaciencia—. Aunque, claro, debe de resultarle sumamente difícil recordarme, teniendo en cuenta que casi todas las mujeres del local parecían… hipnotizadas por su presencia.

La sonrisa de Logan se ensanchó, lenta, insolente, como si se alimentara de la incomodidad ajena.

—Entonces dejé buena impresión.

—No precisamente —respondió ella, avanzando hacia la puerta.

—¿Siempre es así de encantadora? —preguntó él, cargando de sarcasmo sus palabras, pero con un brillo juguetón en los ojos.

Hannah se detuvo en seco. Se giró lo justo para fulminarlo con la mirada, aunque en su interior odiaba la rapidez con que su corazón había empezado a golpear contra su pecho.

—Créame, no quiere averiguarlo.

Logan soltó una carcajada breve, masculina, que resonó en el silencio solemne de la biblioteca como una provocación. Varias cabezas se alzaron de entre las mesas, y Hannah sintió cómo se le encendían las mejillas, aunque no supo si de rabia o de vergüenza.

—Bueno —dijo él, bajando la voz, casi como una confidencia —, ya que la vida ha decidido que choquemos, quizá pueda ayudarme… Estoy buscando el ayuntamiento.

Hannah suspiró con exageración, como si contestarle fuera una tarea monumental, y señaló hacia la calle con un leve movimiento de la mano que tenía libre.

—Dos manzanas recto, luego a la izquierda. No tiene pérdida.

—Perfecto —respondió él con una ligera inclinación de cabeza. Sus ojos recorrieron el rostro femenino, como si quisiera memorizar cada uno de sus gestos antes de añadir—. Aunque confieso que pedir indicaciones nunca había sido tan… entretenido.

Hannah sintió un calor incómodo subirle por el cuello, y se sintió molesta consigo misma por el poder que aquel hombre ejercía sobre su cuerpo.

—Lo habrá sido para usted —replicó con un tono seco, hosco, girándose con brusquedad.

Logan ladeó la cabeza, observándola con un interés que no intentó disimular. Sus ojos azules chispeaban de diversión, pero había algo más bajo la superficie: una curiosidad genuina.

—¿Para usted no? —preguntó con fingida inocencia, aunque la suavidad de su voz rozaba lo tentador.

Hannah resopló, apretó los libros contra el pecho como si pudiera atrincherarse tras ellos, y se marchó con paso firme, decidida a no mirar atrás.

Pero sí lo pensó. Lo pensó demasiado.

Logan, en cambio, la siguió con la mirada sin pudor, como quien contempla un espectáculo inesperado que no quiere que termine. Una sonrisa ladeada se instaló en su rostro, más íntima que burlona, mientras murmuraba para sí:

—Definitivamente, interesante.

Hannah dobló la esquina con un bufido, ajustando los libros bajo su brazo. Caminaba a zancadas, como si cada paso pudiera

aplastar la mezcla insoportable de rabia y atracción que ese hombre había logrado despertar en su interior en apenas unos minutos.

CAPÍTULO 11

La sala de estar de Dakota estaba iluminada por la luz cálida de la chimenea y un par de lámparas de pie que arrojaban un resplandor suave sobre las paredes. En la mesa baja se acumulaban tazas de café a medio terminar y galletas intactas. El ambiente pesaba tanto como la preocupación que compartían los presentes.

Natalie, sentada en el sofá de tres plazas, mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en el suelo. Había pasado todo el día fingiendo serenidad frente a sus clientes, pero por dentro la ansiedad le devoraba cada pensamiento.

—Esto no pinta bien —dijo Grayson al fin, rompiendo el silencio con voz grave—. Si ese tipo abre su pastelería en la calle principal, atraerá a los curiosos. Y cuando la gente entra una vez en un sitio nuevo… cuesta que regrese a lo de siempre.

—No exageres —replicó Dakota, aunque en su tono faltaba la seguridad de siempre—. Natalie ha construido un negocio sólido. La gente la conoce, confía en ella.

Matt, recostado en un sillón junto a la chimenea, negó con la cabeza.

—La confianza no siempre paga las facturas. Si él llega con precios agresivos o una campaña llamativa, la competencia puede ser dura.

Hannah, apoyada en la repisa de la chimenea, apretó los labios hasta que casi se le borraron.

—Ese hombre es más peligroso de lo que parece —advirtió—. Lo vi en su forma de hablar, en la seguridad con la que se mueve… como si todo ya le perteneciera.

Natalie suspiró, llevándose una mano a la frente.

—No sé qué más hacer —murmuró, agotada.

Grayson bufó con impaciencia.

—Lo que no podemos es quedarnos sentados esperando. Hay que anticiparse.

—¿Y qué propones? —preguntó Dakota, arqueando una ceja.

—Recortar gastos. Promociones agresivas. Tal vez ampliar horarios.

—¿Más horas de trabajo? —intervino Matt con escepticismo—. ¿Y quién las cubrirá? ¿Tú? Porque Natalie hace más horas que un reloj.

Entonces, de pronto, Raylee, sentada en la alfombra junto a la chimenea con los cascos puestos y aparentemente absorta en su móvil, alzó la voz con naturalidad, pillándolos por sorpresa:

—¿Por qué no hacéis algo diferente? San Valentín está a la vuelta de la esquina. Podríais organizar un evento especial: decorar la pastelería para ese día, crear productos nuevos, hacer que la gente sienta que es un lugar único. No podéis detener la competencia, pero sí podéis superarla.

Natalie levantó la mirada, desconcertada y, al mismo tiempo, intrigada.

—Eso es brillante, Raylee —expresó finalmente.

La adolescente, algo sonrojada, jugueteó con el cable de los auriculares.

—Podríais incluso hacer un sorteo especial de San Valentín —añadió, entusiasmada—. Preparar tartaletas con forma de corazón, todas iguales, salvo dos. Cada una llevará un vale para una cena. Cuando ambas aparezcan, esas dos personas tendrán una cena romántica. Sería como una cita a ciegas, divertida, inesperada… y muy viral en redes sociales.

Natalie abrió los ojos, incrédula, antes de soltar una risa nerviosa, mezcla de asombro y entusiasmo.

—Eso es fantástico. Original, divertido, perfecto para la fecha. A la gente le encantaría probar suerte.

Matt arqueó una ceja, sorprendido.

—He de admitir que es ingenioso. Todo el mundo querrá comprar tartaletas para ver si les toca.

—Y aunque no ganen, volverán —añadió Dakota, contagiada del entusiasmo—. Es una manera de fidelizar clientes casi sin que lo noten.

Grayson, sin embargo, permaneció en silencio unos segundos, pensativo. Finalmente, asintió despacio.

—Supongo que merece la pena intentarlo —concedió, con voz áspera pero sincera—. Al menos no estaremos de brazos cruzados.

El ambiente, antes opresivo, se alivió un poco. Por primera vez en toda la noche, sentían que tenían un plan, una chispa de esperanza.

Cuando Natalie se levantó para marcharse, Grayson hizo lo mismo, dejando claro que tampoco pensaba quedarse más tiempo.

—Te acompaño hasta el coche —dijo, abriendo la puerta para que ambos salieran al exterior.

Natalie vaciló un instante antes de asentir. Caminaron juntos en silencio, sintiendo el aire frío de la noche en sus rostros.

—Así que… ¿te parece buena idea lo del evento de San Valentín? —preguntó Natalie al fin, intentando sonar casual.

—Tiene sentido —respondió Grayson, encogiéndose de hombros, con la mirada fija en el suelo y las manos hundidas en los bolsillos—. Aunque, siendo sincero, nunca he entendido demasiado ese día. No he sido precisamente un experto en… celebraciones románticas.

La confesión pilló a Natalie por sorpresa. Había algo en su vulnerabilidad que la desarmó por completo.

—¿En serio? Pensaba que todo el mundo tenía alguna historia memorable de San Valentín.

—Si cuentas como memorables las noches trabajando hasta el anochecer en el rancho, entonces sí, tengo unas cuantas. —Grayson esbozó una sonrisa amarga, más dirigida a sí mismo que a ella.

—Quizá este año cambies de opinión —sugirió Natalie con suavidad—. A veces solo se trata de permitirse disfrutar.

—¿Y tú lo haces? —preguntó él, girando el rostro para mirarla con intensidad, como si quisiera descifrar algo en su expresión.

—Yo… lo intento. —admitió ella, en un susurro casi inaudible —. Pero con la pastelería en peligro, lo último en lo que pienso es en celebraciones.

—Entonces supongo que ambos tenemos nuestras razones para ignorar ese día —replicó él.

—Quizá deberíamos encontrar alguna razón para no hacerlo —se atrevió a pronunciar Natalie, sin calibrar el peso emocional de

sus palabras.

—Quizá tengas razón —murmuró Grayson, su voz convertida en un eco grave que parecía vibrar en el aire.

Natalie sintió un vuelco en el estómago, una repentina aceleración del pulso que la traicionó. Se reprochó internamente por haber soltado esas últimas palabras; era como tirar del rabo a un león. Cuando llegaron al coche, sus dedos comenzaron a hurgar nerviosos en el bolso, buscando las llaves con una urgencia que delataba su único pensamiento: poner distancia, huir de él, de su cercanía, de la tensión que ahora los envolvía.

—Gracias por acompañarme —susurró finalmente.

—De nada. Buenas noches, Natalie —contestó él, forzándose a mantener la distancia, aunque cada fibra de su ser le pedía acercarse.

Con un último cruce de miradas, ella se subió al coche y cerró la puerta. Grayson permaneció en pie, observando cómo se alejaba por la estrecha calle. Cuando las luces del coche desaparecieron en la distancia, un vacío extraño se instaló en su pecho. Por mucho que lo intentara, no podía huir de lo que ella le hacía sentir. Quizás nunca podría.

***

Rancho Gallagher

El motor de la camioneta se apagó con un ronco suspiro, y Grayson permaneció un instante al volante, con los dedos tamborileando nerviosamente sobre el cuero del volante. La reunión en casa de Dakota había salido mejor de lo esperado, dadas las circunstancias, pero eso no aliviaba la presión que sentía en el pecho. No conseguía sacarse de la cabeza la imagen de Natalie caminando a su lado bajo la noche helada, su proximidad, esa tensión tangible que lo seguía ahora como una sombra fiel cada vez que ella estaba cerca.

Por más que intentara racionalizarlo, lo que comenzaba a sentir por ella lo superaba. Era más fuerte que su orgullo, más insistente que su cordura.

Al bajar del vehículo, distinguió la silueta de su padre en el porche, permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho y la sombra de su rostro endurecida por la luz amarillenta de la bombilla. Maverick Gallagher no necesitaba palabras para imponer respeto; su sola presencia encogía el aire a su alrededor.

—¿Dónde demonios estabas? —la voz de su padre cortó la quietud como un látigo, firme y sin concesiones.

Grayson inspiró hondo, sabiendo que se avecinaba una batalla con su padre.

—Tenía asuntos que atender —contestó sin mirarlo directamente mientras subía los dos escalones del porche.

—Asuntos, ¿eh? —replicó Maverick con su voz cargada de reproche—. Mientras tú estabas con tus «asuntos», uno de los potrillos rompió una cerca en los pastos del sur. Si no fuera por los peones, habríamos pasado la noche entera intentando sacarlo del barranco. Ese es tu trabajo, Grayson, no perderte por ahí con la cabeza en las nubes.

Grayson se giró bruscamente, el cansancio y la rabia brotó en sus ojos verdes.

—¡No estaba paseándome! —rugió—. Estaba intentando encontrar una solución a un problema que ha surgido en la pastelería.

El gesto de Maverick se endureció aún más, como si el simple hecho de mencionar aquel lugar fuera una traición.

—¿Y qué pasa con el rancho? —escupió Maverick furibundo—. Ese local, esa gente, no es asunto nuestro.

—Sí que es asunto mío —replicó Grayson con firmeza, apretando los puños—. Taylor me dejó parte del local, por si lo has olvidado.

Maverick avanzó un paso, quedando frente a él, tan cerca que Grayson podía sentir el aliento cargado de autoridad y desdén de su padre.

—Taylor no sabía lo que hacía —dijo Maverick con voz grave y cortante—. Tú eres un Gallagher. Tu lugar está aquí, en el rancho. No en una pastelería y mucho menos al lado de una Sullivan.

El silencio cayó sobre ellos como una losa. Grayson tragó saliva, sentía los músculos tensos como cuerdas de arco. Respiró hondo, manteniendo la mirada fija en Maverick, y finalmente habló.

—Papá —dijo finalmente, en voz baja pero firme—. Esto no se trata solo de orgullo ni de rivalidades familiares. Se trata de un negocio compartido, de un legado. Y sí… también es un desafío. Y pienso ocuparme de ello.

Maverick frunció el ceño y la tensión endureció su mandíbula. Durante un instante el tiempo pareció detenerse. Luego, con un resoplido áspero y un movimiento brusco de cabeza, dio media vuelta y bajó los dos escalones del porche rumbo al establo. Antes de alejarse, habló con voz autoritaria:

—Haz lo que quieras, muchacho —dijo, sin mirarlo—. Pero no quiero problemas ni excusas cuando se trate de asuntos del rancho.

Cuando se quedó solo, Grayson se llevó una mano a la nuca, tratando de aflojar la tensión que aún le recorría el cuerpo. Después entró en la casa. Caminó por el pasillo con paso cansado hasta la cocina, donde encontró a su madre, Lidia.

—Hijo —dijo ella, apoyando su codera en la encimera—. Te escuché hablando con tu padre en el porche. ¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido? —preguntó con preocupación.

Grayson soltó un suspiro pesado y dejó caer la chaqueta sobre una silla, frotándose el rostro con ambas manos.

—Sí… ya sabes cómo es —murmuró—. Cada vez que intento hacer algo que no tenga que ver con el rancho, pierde la paciencia.

Lidia se acercó y apoyó una mano cálida sobre su brazo. Ese gesto sencillo le devolvió un instante de calma.

—Grayson… —empezó Lidia con voz suave—. No tienes que vivir para satisfacer a tu padre ni para cumplir sus expectativas. Tienes derecho a decidir qué es importante para ti y qué quieres hacer con tu vida.

Él la miró, con los ojos cargados de incertidumbre.

—Pero… si lo hago, sentirá que lo traiciono. Como si no valorara nada de lo que hemos construido aquí.

—No es traición —replicó Lidia con firmeza—. Es tu vida, tus decisiones. Si en tu corazón sientes que debes involucrarte en la

pastelería, hazlo. No por orgullo, no para desafiarlo… sino porque es lo correcto para ti.

Grayson tragó saliva, y sus músculos se relajaron apenas un poco.

—No es fácil… —susurró—. Él… —hizo un gesto que abarcaba la sombra autoritaria de su padre— siempre impone su voluntad.

—Y tú no debes justificarte ante él ni someterte a su autoridad —dijo Lidia, mirándolo a los ojos—. Quizá nunca lo entienda, tal vez jamás esté de acuerdo, pero eso no significa que debas renunciar a lo que consideras justo e importante.

Grayson bajó la mirada, dejando que las palabras de su madre se asentaran en su interior. Por primera vez sintió que podía respirar sin el peso de la desaprobación paterna.

—Entonces… —murmuró casi en un susurro— debo seguir adelante con lo que creo correcto, aunque eso signifique nadar contra la corriente.

—Exactamente —afirmó Lidia, esbozando una pequeña sonrisa—. Haz lo que tu corazón te dicte. Nadie puede decirte cómo vivir tu vida, ni siquiera tu padre.

Grayson asintió con un gesto de cabeza, y notó como si un peso invisible se desprendiera de sus hombros. Se irguió y respiró hondo, consciente de que el camino no sería sencillo, pero al menos sería el que él deseaba recorrer.

—Gracias, mamá —dijo al fin, con la voz impregnada de gratitud—. Gracias por recordarme que puedo elegir mi propio rumbo.

—Siempre, hijo —respondió Lidia con ternura—. Las decisiones valientes casi nunca son fáciles, pero casi siempre son las correctas.

Grayson permaneció un instante más en la cocina, dejándose envolver por la serenidad de su madre, antes de dirigirse hacia el pasillo en dirección a su habitación. Sabía que los problemas con la pastelería, con Natalie y con su padre seguirían ahí, pero ahora estaba listo para enfrentarlos… sin miedo a lo que otros pudieran pensar.

CAPÍTULO 12

Noche antes de San Valentín

Las agujas del reloj marcaban casi la medianoche, pero Natalie no tenía tiempo para detenerse. La pastelería era un caos de harina, azúcar y bandejas apiladas. El dulce aroma de la vainilla impregnaba el aire, aunque no bastaba para calmar el nudo de frustración que se le retorcía en el estómago.

Frente a ella, sobre la mesa de trabajo, las tartaletas con forma de corazón que había horneado eran un desastre. Algunas se habían expandido demasiado, perdiendo la forma requerida; otras tenían la masa quebrada o los bordes quemados. No servían.

—¡Maldita sea! —murmuró, llevándose una mano al rostro con rabia.

Se apoyó en la encimera y respiró hondo. Sabía que tendría que repetir toda la tanda, lo que le robaría horas de sueño que ya no tenía. Ni siquiera había terminado de empaquetar los pedidos del día siguiente. Le dolían los pies, su espalda estaba rígida y el agotamiento comenzaba a empañar su ánimo.

Miró su teléfono, dudando antes de marcar el número de casa. Sonó varias veces hasta que su madre respondió, con voz adormilada.

—¿Natalie? ¿Pasa algo?

—No, mamá, todo bien. Solo quería avisarte de que me quedaré aquí toda la noche.

Hubo un silencio breve.

—Hija, ¿estás segura? Llevas días sin descansar como Dios manda. No puedes exigirte tanto.

—Estoy bien —mintió—. Solo necesito terminar esto. Mañana es un día importante, no puedo darme el lujo de fallar.

Su madre suspiró, pero no insistió.

—Está bien… pero al menos duerme un par de horas.

—Lo haré. Te veo mañana.

Natalie colgó, dejó el teléfono sobre la mesa y soltó un largo suspiro. Se masajeó las sienes, encendió de nuevo el horno y se puso a trabajar en una nueva tanda, cortando corazones de masa con precisión forzada. El cansancio pesaba, pero no podía detenerse. No con tanto en juego.

La noche en el pueblo era serena, y el aire frío de febrero obligaba a la gente a resguardarse temprano en sus casas. Grayson salió del bar junto a Sam, le dio una palmada en la espalda y se despidió.

—Mañana nos vemos —dijo Sam con una sonrisa.

—Claro —respondió Grayson, mientras se ajustaba la cazadora de cuero y metía las manos en los bolsillos para caminar hacia su camioneta. Estaba a punto de regresar al rancho cuando, al pasar frente a la pastelería, advirtió que había una luz encendida en el interior.

Frunció el ceño. Era tarde. ¿Qué demonios hacía Natalie trabajando a esas horas? Sabía que al día siguiente era el gran día, pero suponía que hacía tiempo debía de tenerlo todo listo.

Sin pensarlo demasiado, cruzó la calle e intentó abrir la puerta principal, pero estaba cerrada.

Recordó que tenía la llave de la trastienda, así que no dudó en rodear el edificio hasta situarse frente a la puerta. Sacó el llavero, abrió con cuidado y se adentró en el cálido ambiente del obrador.

El olor a mantequilla, azúcar y vainilla lo envolvió de inmediato. En medio del caos, con las mejillas arreboladas, el cabello revuelto y un delantal manchado de harina y chocolate, estaba Natalie.

—¡AHH! —gritó ella al verlo, llevándose una mano al pecho—. ¡Por Dios, Grayson! ¿Qué demonios haces aquí?

Grayson levantó las manos en señal de rendición, divertido por su reacción.

—Tranquila, no soy un ladrón. Vi la luz encendida y quise asegurarme de que todo estuviera bien.

Natalie se llevó una mano a la frente, exhalando un suspiro tembloroso.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo noté, pero al menos no me has atacado con una llave inglesa —dijo él con una media sonrisa, recorriendo con la mirada el desastre a su alrededor—. ¿Qué haces todavía aquí?

—Arreglando una catástrofe —gruñó ella, señalando una bandeja con tartaletas deformes—. Si quiero que todo esté listo para mañana, tengo que repetir la tanda.

Grayson miró la montaña de ingredientes, los moldes por lavar y la pila de cajas aún sin cerrar. Silbó, impresionado.

—No vas a terminar antes del amanecer.

—Lo sé —resopló Natalie, llevándose las manos a las caderas.

Sin decir más, Grayson se quitó la cazadora y la dejó sobre una silla. Luego se desabotonó la camisa de franela y la colgó en el respaldo, quedando en camiseta interior.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Natalie, mirándolo con incredulidad.

—Ayudándote —respondió él con naturalidad—. Aquí hace un calor infernal, y tú sola no vas a acabar a tiempo.

Ella abrió la boca para protestar, pero la cerró de inmediato. No tenía sentido rechazar ayuda cuando estaba al borde de la desesperación.

—Está bien —cedió, pasándose una mano por el cabello—. Pero si vas a ayudar, hazlo bien.

—¿Dudas de mis habilidades? —preguntó él con fingida ofensa.

—Dudo que sepas diferenciar entre harina y azúcar glas —se burló ella, entregándole una manga pastelera—. Vamos, ponte a trabajar.

Grayson tomó el utensilio con una sonrisa divertida y comenzó a decorar las tartaletas ya horneadas bajo la atenta mirada de Natalie. Pronto, el ambiente dejó de ser tenso y el cansancio pasó a un segundo plano. Entre bromas, risas y ligeras discusiones sobre la cantidad exacta de relleno que debía llevar cada postre, el tiempo transcurrió más rápido de lo que esperaban.

En un momento dado, Natalie trató de mostrarle cómo hacer correctamente el borde de una tartaleta, acercándose demasiado.

Grayson sintió el calor de su cuerpo a apenas unos centímetros del suyo, mientras el aroma a vainilla y azúcar le invadía las fosas nasales.

—Así, mira —susurró ella, colocando sus manos sobre las suyas para guiarlo.

Él tragó saliva, concentrándose más en la sensación del roce de sus manos que en la dichosa tartaleta. Cuando ella levantó la vista, sus ojos se encontraron.

La chispa que siempre habían tratado de ignorar crepitó; en ese instante, el trabajo dejó de ser lo único en lo que pensaban.

Natalie sintió cómo el aire se volvía más denso entre ellos. Sus manos aún descansaban sobre las de Grayson, guiándolo en un gesto que ya no tenía sentido, pues él parecía haber dejado de prestar atención a la tartaleta. Sus ojos verdes estaban fijos en ella, con una intensidad que su estómago se tensó.

Tragó saliva y apartó las manos lentamente antes de aclararse la garganta.

—Bien… creo que ya lo tienes —murmuró, tratando de sonar natural.

Grayson tardó un segundo en reaccionar, como si despertara de un trance. Parpadeó y miró la tartaleta entre sus manos, que ahora tenía más glaseado del necesario.

—Sí… claro. Ya soy todo un experto.

Natalie dejó escapar una risa suave, aliviando un poco la tensión, y volvió a su trabajo. Pero la electricidad en el ambiente seguía ahí, flotando entre ellos, haciéndola más consciente de cada movimiento de Grayson: de la forma en que se pasaba una mano por la nuca cuando se frustraba o de cómo su camiseta de tirantes se pegaba ligeramente a su torso.

—Deberías haber pedido ayuda antes —comentó él, rompiendo el silencio mientras terminaba de rellenar otra tartaleta.

Natalie levantó una ceja, cruzándose de brazos.

—¿Y a quién se la iba a pedir? No sabía que tú, un rudo vaquero del rancho Gallagher, tenías talento para la repostería.

Grayson sonrió de lado, apoyándose en la mesa.

—No lo tengo, pero sé seguir instrucciones. Y debes admitir que mis tartaletas no han quedado tan mal.

Natalie se inclinó para inspeccionarlas, fingiendo una mueca de duda.

—Mmm… están decentes. No está mal para ser un principiante.

—Ajá. Lo tomaré como un cumplido.

El reloj en la pared marcó las dos de la madrugada. Llevaban horas trabajando, y aunque el cansancio pesaba sobre ellos, también lo hacía otra sensación: una especie de burbuja que los aislaba del mundo exterior.

Natalie se apoyó en la encimera, masajeándose la nuca con una mano.

—Solo falta empaquetar todo —dijo, soltando un suspiro aliviado—. Pensé que me tomaría toda la noche.

—Si no fuera por mí, te habría tomado toda la semana —bromeó Grayson, alcanzando una caja para empezar a colocar las tartaletas.

—Y ahí va tu humildad otra vez.

Grayson rio entre dientes, pero enseguida la observó con atención. Sus mejillas seguían sonrojadas, aunque no podía decir si era por el calor del obrador o por algo más. Un mechón de su cabello le caía sobre el rostro y, sin pensarlo demasiado, alzó la mano para apartarlo con suavidad, acomodándolo detrás de su oreja.

Natalie se tensó por un instante y la respiración se le quedó atrapada en la garganta. Lo miró a los ojos, y Grayson sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable.

No era la primera vez que quedaban atrapados en un momento así. Pero esta vez no había interrupciones ni excusas. Solo ellos dos, en la cálida y silenciosa pastelería, con la dulzura del azúcar en el aire y algo mucho más peligroso latiendo entre ellos.

—Grayson… —susurró Natalie, sin estar segura de qué iba a decir.

Pero no tuvo tiempo de averiguarlo, porque antes de que pudiera pensar en la siguiente frase, él ya se estaba inclinando hacia

ella.

Natalie sintió cómo su corazón latía con fuerza contra sus costillas. No hizo ningún movimiento para apartarse, pero tampoco se acercó más.

Grayson dudó por un instante, buscando en sus ojos alguna señal de que debía detenerse. Pero Natalie no apartó la mirada ni retrocedió. Sus labios estaban entreabiertos, su respiración agitada, y el mechón de cabello que él había apartado volvió a caer con descuido sobre su rostro.

—Dime que pare —murmuró él, con voz ronca.

Natalie sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No sonaba a una orden, sino a una súplica. Una última oportunidad para alejarse antes de cruzar una línea que lo cambiaría todo entre ellos.

Pero no dijo nada.

Y eso fue todo lo que él necesitó.

Grayson se inclinó, y sus labios rozaron los de ella en un beso lento, titubeante al principio, como si quisiera asegurarse de que aquello era real. Natalie inhaló bruscamente, aferrándose a la encimera detrás de ella. Pero apenas un segundo después, el beso se hizo más profundo e íntimo.

Él la sujetó por la cintura, atrayéndola hacia sí con un movimiento firme pero cuidadoso, como si temiera que pudiera desvanecerse en cualquier momento. Natalie, por su parte, deslizó las manos por sus brazos desnudos, sintiendo la calidez de su piel y la tensión de sus músculos tras horas de trabajo.

El calor en la pastelería pareció intensificarse de golpe.

Entonces Grayson se detuvo. Sus labios aún rozaban los de Natalie, su respiración era entrecortada y el pulso le latía con fuerza en la garganta. Pero algo en su expresión cambió.

Con un suspiro profundo, se apartó despacio, deslizando las manos de su cintura antes de dar un paso atrás. Su mirada permaneció fija en su rostro, intensa, como si tratara de grabar cada detalle de aquel instante.

Natalie lo observó con el ceño levemente fruncido, aun sintiendo el calor de sus manos sobre la piel.

—¿Qué pasa? —susurró, con la voz teñida de confusión.

Grayson se pasó una mano por el cabello y desvió la mirada un instante antes de volver a enfocarla en ella.

—Esto… —dijo, pero luego negó con la cabeza—. Es mejor que me marche.

Natalie parpadeó, desconcertada.

—¿Por qué?

Él apretó los labios formando una línea tensa, como si luchara consigo mismo. Finalmente, dejó escapar una risa baja, casi sin humor.

—Porque mañana temprano he quedado con Sam. Voy a ayudarle a reparar la cerca de su rancho antes de que llegue el invierno.

Un nudo se formó en el estómago de Natalie. No supo qué responder. No estaba segura de sí esas palabras la decepcionaban o la aliviaban.

—Ah… —exclamó finalmente sin saber cómo reaccionar.

Él le dedicó una última mirada; en sus ojos verdes brillaba algo que sus labios no se atrevieron a expresar. Luego, sin más, recogió la camisa y la chaqueta del respaldo de la silla y se las echó al hombro.

—Descansa, Natalie, mañana va ser un día muy largo —murmuró en un tono bajo antes de dirigirse a la puerta trasera.

Ella se quedó allí, con el corazón aún acelerado, viendo cómo se dirigía a la puerta y la cerraba tras él. El aire todavía olía a Grayson, a cuero y a madera. Natalie se pasó una mano por el rostro y dejó escapar un largo suspiro.

—Genial… —murmuró para sí misma, consciente de que acababa de meterse en un lío del que no tenía idea de cómo salir, aunque, en el fondo, sabía que eso iba a suceder tarde o temprano.

CAPÍTULO 13

A la mañana siguiente, el aroma del café recién hecho llenaba la pastelería cuando Hannah empujó la puerta con una mano y se quitó la bufanda con la otra. Su cabello castaño estaba recogido en una coleta alta, y llevaba un abrigo de un vistoso color azul índigo. Se dirigió directamente al mostrador con una sonrisa perezosa.

—Dime que tienes algo fuerte para afrontar el día, porque estos niños van a acabar conmigo —bromeó, apoyándose sobre la barra mientras dejaba su bolso a un lado.

Natalie, detrás del mostrador, forzó una sonrisa y asintió, alcanzando una taza de una estantería cercana.

—Café con leche y doble de azúcar, como siempre —respondió, sirviéndolo sin mirarla directamente.

Hannah ladeó la cabeza, observándola con atención. Advirtió el cansancio marcado en el rostro de su amiga: las ojeras sutiles bajo sus ojos, el leve rubor en las mejillas y esa expresión ausente, como si la mente de Natalie vagara en un lugar muy distinto a la pastelería.

—Vale… ¿qué te pasa? —preguntó, entrecerrando los ojos con gesto inquisitivo—. Pareces agotada.

Natalie se encogió de hombros con fingida despreocupación y se mantuvo ocupada, sacando un *croissant* de la vitrina para colocarlo en un plato. Sus movimientos eran automáticos, como si pudiera esconderse detrás de la rutina.

—Nada, solo que trabajé casi toda la noche para tener todo listo para San Valentín —respondió, evitando mirarla.

Hannah arqueó una ceja y se llevó la taza a los labios, soplando antes de dar un pequeño sorbo.

—Mientes fatal, Natalie.

—No miento.

—Oh, sí, claro —replicó Hannah con sarcasmo, dejando la taza sobre el mostrador—. Porque preparar dulces hasta el

amanecer te deja con esa cara de «he cometido un pecado y no sé cómo lidiar con ello».

Hannah golpeó el mostrador suavemente con los nudillos y cruzó los brazos, inclinándose hacia ella.

—Empieza a hablar. Sé que no duermes bien cuando algo te ronda la cabeza. ¿Tiene que ver con *él*? ¿Con Grayson? —insistió Hannah, bajando un poco la voz—. ¿Qué pasó?

Natalie apretó el paño entre las manos y lo dejó a un lado. Parecía debatirse entre callar o soltarlo todo. Al final, suspiró, rendida.

—Nos besamos.

Hannah no se inmutó. Solo levantó una ceja, como quien confirma algo que ya sabía.

—Vaya… así que al final pasó.

—No fue planeado —se apresuró a decir Natalie—. Se presentó aquí tarde, me vio agobiada con la preparación de los dulces de San Valentín, me ayudó… y simplemente… pasó.

—Y ahora no puedes dejar de pensar en ese beso —concluyó Hannah con calma, dándole un sorbo a su café.

Natalie la miró con gesto de fastidio.

—¿Podrías no repetirlo, por favor? —pidió, mirando a su alrededor por si alguien pudiera escucharlas, a pesar de estar solas en el local.

—Oh, tranquila. No pienso gritarlo los cuatro vientos —dijo Hannah, sonriendo apenas—. Pero si te sirve de consuelo, lo vi venir desde hace tiempo.

Natalie se cubrió el rostro con las manos, dejando escapar un gemido ahogado.

—Esto es un desastre, Hannah. No he dormido. Tengo su voz metida en la cabeza… y ese beso… —se interrumpió, cerrando los ojos—. Fue demasiado.

—¿Demasiado bueno o demasiado… «qué demonios acabo de hacer»?

—Ambas cosas —susurró Natalie.

Hannah asintió despacio, con una sonrisa más comprensiva que burlona.

—No te culpo. Aunque nunca he tenido en gran estima a Grayson, no puedo negar que es un hombre demasiado atractivo.

Natalie soltó una risa débil, sin alegría.

—No debería haber pasado. Nuestras familias… todo lo que hay detrás… No puedo permitir que esto se complique.

—Ya, lo de siempre: los Sullivan y los Gallagher, el honor familiar, el drama de pueblo —enumeró Hannah con tono cansado—. Pero dime una cosa, ¿sirvió de algo negarlo todas estas semanas? Porque, mírate. Te besó y se te cayó el mundo encima.

Natalie la fulminó con la mirada, pero su expresión molesta se desmoronó enseguida.

—No sé qué hacer.

Hannah dejó la taza sobre la barra y se inclinó hacia ella.

—Pues empieza por no castigarte por sentir algo por ese hombre. Lo que pase después… lo enfrentarás. Como siempre haces cuando surge un problema.

El silencio se extendió entre ambas. Fuera, la luz del invierno se filtraba por el ventanal, iluminando el vapor del café que se elevaba entre ellas.

—A veces odio que tengas razón —murmuró Natalie.

—Y, sin embargo, me quieres igual —replicó Hannah, con una sonrisa cansada.

—Demasiado —admitió Natalie.

—Entonces confía en mí —dijo Hannah, acabando su café y cogiendo el *croissant* en una servilleta para llevárselo—. No dejes que el miedo decida por ti. Si ese beso significó algo, vale la pena averiguar por qué.

Natalie la acompañó con la mirada hasta la puerta.

—Suerte con tus alumnos.

—Suerte con tu «error» —contestó Hannah, guiñándole un ojo antes de salir.

Cuando la puerta se cerró, la pastelería volvió a quedar en silencio. Natalie se apoyó en el mostrador, con el corazón apretado y la mente todavía enredada en el recuerdo de Grayson.

Cerró los ojos y, sin poder evitarlo, el momento volvió con toda su intensidad: el roce incierto de sus labios, la calidez del

contacto, el temblor de sus manos y el hormigueo en su estómago.

Suspiró, dejando caer la frente sobre sus brazos.

—Definitivamente… —murmuró— estoy metida en un buen lío.

***

En ese mismo momento

El martillo golpeaba el clavo con fuerza, y cada impacto resonaba en el aire frío de la mañana. El sonido seco se mezclaba con el canto distante de un cuervo. Grayson se enderezó, apoyando el peso en su pierna derecha mientras repasaba con la mirada la línea de postes recién fijados. El aliento se le escapaba en nubes blancas, y el olor a madera y tierra húmeda se aferraba a su ropa.

—Estás golpeando esa madera como si quisieras enterrar a alguien debajo —comentó Sam, desde el otro lado del cerco, ajustando un alambre con calma—. ¿Qué demonios te pasa?

Grayson negó con la cabeza, volviendo a levantar el martillo.

—Nada. Solo quiero terminar esto cuanto antes. Tengo trabajo acumulado en el rancho.

Sam arqueó una ceja, esa expresión que usaba siempre que detectaba una mentira.

—Ajá. Y yo soy idiota. Desembucha, Gallagher.

El golpe siguiente fue torcido. El martillo se le resbaló un poco entre los dedos y el clavo se dobló. Grayson soltó un resoplido frustrado.

—Sam, no empieces.

—Vamos, hombre. Te conozco desde que te rompiste la pierna domando aquel potro. Si algo te corroe, se te nota hasta en la forma de respirar.

Grayson guardó silencio. Siguió golpeando un par de clavos más, como si el ritmo pudiera acallar los pensamientos que le martillaban la cabeza. Pero no pudo evitarlo. La imagen regresó con brutal claridad: la luz cálida de la pastelería, el olor a azúcar y mantequilla, la mirada de Natalie brillando bajo la lámpara, y después, el beso. Ese maldito beso.

—La besé —dijo al fin, con la voz tensa.

Sam detuvo el movimiento del alambre y lo miró incrédulo.

—¿A quién?

Grayson tragó saliva.

—A Natalie.

El silbido que soltó Sam cortó el aire como un látigo.

—¿Natalie Sullivan?

Grayson asintió sin levantar la vista para encontrarse con la de su amigo.

—Sí. Y fue un maldito error.

Sam soltó una carcajada ronca, medio divertida, medio incrédula.

—¿Un error? Por favor. Llevas años mirándola como si quisieras arrancarle la ropa o la paciencia, no sabría decir cuál primero.

—No bromees con eso, Sam —gruñó Grayson, dejando el martillo caer dentro de la caja de herramientas—. No entiendes. Las familias llevan odiándose décadas. Los Sullivan y los Gallagher no se mezclan. Nunca.

Sam apoyó el codo en un poste, observándolo con serenidad.

—Eso lo dicen los viejos, no tú. No tienes por qué cargar con sus guerras.

Grayson resopló, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Claro que sí. Crecí escuchando cómo los Sullivan arruinaron a mi abuelo, cómo nos cerraron el trato del molino, cómo se aprovecharon del nombre Gallagher cuando el rancho estaba por quebrar. Y ella… ella es una Sullivan. Si alguien se entera, no va a importar lo que yo sienta. Solo verán una traición.

Sam se quedó callado un momento, observando cómo el viento movía los mechones rebeldes del cabello de su amigo.

—¿Y qué vas a hacer entonces?

Grayson miró hacia el horizonte. El sol apenas asomaba entre las nubes, tiñendo la pradera de un gris azulado. El frío le mordía los nudillos, pero lo que más le dolía era algo que no podía admitir ni ante sí mismo.

Recordó la voz de su madre cuando entró en la casa, con la rabia aun ardiéndole en el pecho tras la discusión con su padre. Ella estaba en la cocina, con esa serenidad que siempre la distinguía y que lograba traerle calma incluso en medio del caos. *«Haz lo que tu corazón te dicte. Nadie puede decirte cómo vivir tu vida, ni siquiera tu padre»*, le había dicho con suavidad.

Y aun así, esas palabras, tan simples y sinceras, dolían más ahora que en ese momento. Porque seguir lo que su corazón dictaba significaba aceptar algo que no debía sentir, algo que iba en contra de todo lo que había jurado mantener bajo control. Ese miedo lo estaba devorando por dentro.

—Lo único que puedo hacer —dijo finalmente, con un hilo de voz—. Fingir que no pasó.

Sam chasqueó la lengua.

—Eso no va a funcionar, y lo sabes.

—Tiene que hacerlo —replicó Grayson con dureza, aunque el temblor en su mandíbula lo traicionó.

Durante un rato trabajaron en silencio. Solo se oían los golpes del martillo y el crujido del alambre al tensarse. Cuando por fin colocaron el último poste, Sam se enderezó y estiró los hombros.

—Listo. Si está cerca aguanta el invierno, te invito una ronda en el bar —bromeó, dándole una palmada en el hombro.

Grayson apenas esbozó una sonrisa fugaz.

—Trato hecho.

Sam lo observó mientras guardaba las herramientas. Había algo en su mirada, una mezcla de inquietud y resignación.

—Solo te diré una cosa más, Gallagher —añadió al subir a su camioneta—. Hay errores que uno comete sabiendo que va a pagar por ellos… pero los comete igual, porque el precio vale la pena.

Grayson no respondió. Solo levantó la mano a modo de despedida y se quedó mirando cómo el vehículo de Sam se alejaba por el camino polvoriento. El silencio volvió a envolver la pradera.

Cuando por fin subió a su propia camioneta, el volante estaba helado al tacto. Giró la llave y el motor rugió con un sonido ronco, rompiendo la quietud del paisaje. El camino hacia casa se extendía ante él, gris y húmedo.

Intentó concentrarse en otra cosa: el ganado, la cerca, el invierno que se acercaba. Pero no pudo. Cada pensamiento terminaba en el mismo punto. En ella.

Recordó la forma en que Natalie lo había mirado justo antes del beso, con esa mezcla de sorpresa y vulnerabilidad que lo había desarmado por completo. Recordó el temblor en su respiración, el calor de su piel, el sabor dulce que le había quedado en los labios.

Y lo peor era que no podía convencerse de que había sido un error. No lo fue. Había sido real, demasiado real.

Apretó los dedos sobre el volante.

—Maldición… —murmuró.

El viento entraba por la rendija de la ventanilla, frío y áspero, pero no bastaba para calmar el ardor que le subía por las venas. Había pasado la noche entera dando vueltas en la cama, reviviendo ese momento una y otra vez, intentando imaginar cómo sería besarla sin miedo, sin barreras, sin sus familias.

Pero sabía que eso no podía pasar. No en su mundo.

El rancho Gallagher apareció a lo lejos, imponente y solitario bajo el cielo de invierno. Al ver la silueta familiar del granero y los campos extendiéndose hasta el bosque, un nudo le oprimió el pecho.

Ese era su lugar, su deber, su herencia. Todo lo que había jurado proteger.

Y, sin embargo, en ese instante, le pareció más una jaula que un hogar.

Detuvo la camioneta frente al establo y apoyó la frente en el volante. Permaneció así un largo momento, respirando hondo, intentando convencerse de que podía volver a ser el mismo de antes. Pero el recuerdo de Natalie seguía ahí, persistente, como una marca que no se borraba.

Golpeó el volante con el puño cerrado.

—Joder, Natalie… —susurró.

Sabía que la volvería a ver ese día. Y, aunque el mero pensamiento lo atormentaba, no podía evitar sentir cierta ansiedad por tenerla de nuevo cerca.

Porque, en el fondo, lo que más le asustaba no era verla, era descubrir que, pese a todos sus intentos, la quería más de lo que estaba dispuesto a admitir.

CAPÍTULO 14

Willow Creek, esa misma tarde

El camino de tierra fue cediendo poco a poco al asfalto y, a medida que la camioneta se acercaba al centro del pueblo, Grayson sintió cómo los hombros se le tensaban. Las calles estaban más concurridas de lo habitual: parejas con flores en las manos, escaparates decorados con corazones y luces cálidas que parecían burlarse de su propio desasosiego. Todo el lugar respiraba San Valentín.

Cuando aparcó frente a la pastelería, el aroma del azúcar y del café recién hecho lo envolvió incluso antes de entrar. El escaparate estaba repleto de tartas coronadas con crema rosada y tartaletas en forma de corazón, dispuestas con el perfeccionismo inconfundible de Natalie.

Grayson inspiró hondo y se ajustó la chaqueta sobre los hombros, intentando convencerse de que no pasaba nada, de que solo iba a cumplir con su parte del trabajo en la pastelería. Pero bastó el simple tintinear de la campanilla al abrir la puerta para que el corazón se le desbocara.

La calidez del local lo abrazó de inmediato, impregnada de vainilla, chocolate y un leve toque de canela. Y allí estaba ella, tras el mostrador. Natalie llevaba el cabello recogido en un moño flojo, con un mechón rebelde que le rozaba la mejilla. Cuando levantó la vista y lo vio entrar, su sonrisa profesional se quebró, transformándose en sorpresa, duda… y una chispa de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar.

Los ojos de Grayson se cruzaron con los de ella y, por un instante, el tiempo pareció detenerse. Natalie parpadeó y apartó la vista con rapidez, intentando recuperar el control.

—Llegas justo a tiempo —dijo ella con fingida naturalidad, girándose para colocar otra bandeja en la vitrina.

—¿Cómo va todo? —preguntó Grayson, quitándose la chaqueta para colgarla en el perchero cercano.

—Caótico, como siempre en San Valentín —respondió sin mirarlo, concentrada en alinear los dulces en una fila perfecta.

Grayson la observó en silencio unos segundos, notando que el rubor en sus mejillas no se debía solo al calor del local. Cada movimiento suyo le recordaba lo cerca que habían estado la noche anterior… y lo fácil que sería volver a cruzar esa línea.

Se obligó a apartar la mirada de ella y dirigirla a los clientes que esperaban su turno para ser atendidos.

—Dime qué necesitas que haga.

—Atiende mientras termino con esto —dijo, mientras intentaba ignorar las sensaciones que provocaba en su cuerpo la cercanía de él.

Grayson se situó detrás del mostrador y saludó a la siguiente pareja con voz tranquila. Pero por dentro, cada palabra, cada sonrisa ensayada, no hacía más que subrayar lo evidente: aquella tarde iba a ser larga.

La campanilla no dejaba de sonar, anunciando un flujo constante de clientes que entraban y salían con cajas adornadas con listones rojos. La pastelería vibraba con murmullos, risas y el dulce aroma del azúcar glas.

Cuando Lee entró, la pastelería estaba tan llena que casi no se podía avanzar. El aire era una mezcla irresistible de chocolate templado, vainilla y fresas frescas, un aroma dulce que parecía envolverlo todo.

Se había pasado para dejarle a Natalie un encargo que su madre había olvidado esa mañana, pero cuando vio a su hermana y aquel maldito Gallagher se quedó quieto, incapaz de apartar la mirada de ellos.

Tras el mostrador, Natalie se movía con una destreza casi coreografiada, agotada pero sonriente. A su lado, Grayson Gallagher cargaba bandejas, atendía pedidos y solucionaba imprevistos como si llevara toda la vida trabajando allí.

En un momento dado, Grayson se inclinó hacia Natalie, hablándole al oído para hacerse oír entre el bullicio. Ella rio, con una risa suave y corta, de las que no regalaba a cualquiera. Luego, al señalar unas tartaletas recién salidas del horno, su mano rozó el antebrazo de Grayson. Un gesto mínimo. Práctico. Perfectamente normal en medio del caos.

La mandíbula de Lee se tensó sin que él pudiera evitarlo.

—¿Lee? —La voz de Natalie lo sobresaltó cuando por fin lo vio —. ¿Qué haces aquí?

—Solo traigo un encargo de mamá —respondió, entregándole la bolsa sin apartar la mirada de Grayson.

Grayson inclinó la cabeza con educación.

—Hola, Lee.

—Ajá —respondió él, seco.

Natalie captó la tensión al instante.

—¿Está todo bien? —preguntó, estudiando su expresión.

—Claro —mintió, aunque sus ojos volvieron hacia el lugar donde había visto aquella cercanía segundos antes.

Natalie frunció levemente el ceño, desconcertada.

—Es San Valentín —dijo—. Todo está siendo un caos hoy.

—Ya lo veo —murmuró Lee, tragándose un malestar que no sabía cómo explicar.

Cuando salió, la campanita de la puerta sonó más fuerte de lo normal, como un pequeño golpe seco.

Caminó hacia su coche con pasos tensos, sin atreverse a mirar atrás. Intentó convencerse de que quizá lo había exagerado, que solo era el agotamiento del día nublándole la percepción, que no había visto nada fuera de lugar. Pero la impresión seguía ahí, clavada en el estómago: aquello que había presenciado… aquello que había sentido… no le gustó en absoluto. Y por primera vez en mucho tiempo, Lee Sullivan experimentó un temor auténtico: el miedo de que su hermana estuviera acercándose demasiado a Grayson Gallagher, y de que él terminara rompiéndole el corazón.

Tras la marcha de su hermano, que había actuado de una manera inquietantemente extraña, Natalie retomó sus tareas. Se movía con la precisión habitual, cambiando bandejas, ajustando

decoraciones y atendiendo pedidos sin perder el ritmo. Grayson la observaba, siguiendo cada uno de sus gestos sin poder evitarlo. Y cada roce accidental, cada cruce de manos al entregarse una caja, dejaba una chispa suspendida entre ambos, una tensión silenciosa que ninguno se atrevía a nombrar.

—Dos tartaletas de frambuesa —pidió una mujer con una sonrisa brillante, interrumpiendo el instante en que sus miradas se habían encontrado sobre la bandeja de galletas.

—Ahora mismo —respondió Natalie con una rapidez que sonó más a huida que a cortesía.

Grayson la observó de reojo mientras preparaba el pedido, notando cómo se esforzaba por mantener al máximo las distancias con él. El rubor en sus mejillas, el brillo nervioso en sus ojos… todo delataba que no le era tan indiferente como parecía querer aparentar.

—Gracias por su compra, que tenga un buen día de San Valentín —dijo él al entregar la caja a la clienta. Su voz sonó firme, pero por dentro se sentía como un resorte a punto de romperse.

La campanilla volvió a sonar, y el aire pareció espesarse un instante.

Logan Deluca cruzó la puerta con su habitual sonrisa relajada y el abrigo abierto, dejando que el aire frío de la calle se colara entre su ropa.

—No puede ser —expresó Natalie sin percatarse que lo había hecho en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó Grayson sorprendido al percibir un tono preocupado en su voz, y más al ver la expresión desencajada de ella.

Natalie dudó, pero finalmente contestó a la pregunta de Grayson.

—Ese hombre es Logan Deluca —confesó.

—No me jodas —exclamó Grayson sin poder contenerse.

—Grayson —dijo Natalie mientras colocaba su mano en su antebrazo al ver que su puño se cerraba, luego elevó el rostro y se encontró con su mirada—, por favor, no armes ningún escándalo.

Él dudo, mientras notaba la tensión apoderarse de su cuerpo, pero decidió hacer caso a Natalie, no podían permitirse un escándalo, y menos un día tan especial.

—Está bien —afirmó con esfuerzo.

En ese momento el objeto de su conversación se adelantó hasta el mostrador tras esperar su turno para ser atendido.

—Buenas tardes —saludó Logan con total naturalidad, ajeno a la tensión que acababa de provocar—. Vine por una tartaleta, me han dicho que son las mejores del pueblo.

Natalie tragó saliva y se obligó a mantener la voz firme.

—Claro, tenemos de frambuesa y de limón —respondió con una cortesía que sonaba ensayada.

Mientras ella se giraba para tomar una bandeja, Grayson le observó de reojo.

Logan pareció percibir la frialdad en el ambiente. Sus ojos pasaron de Natalie a Grayson, y aunque su sonrisa no se borró, se volvió más cautelosa.

—Bonito local —comentó, mirando a su alrededor.

—Gracias —respondió Natalie con esfuerzo—. En cada tartaleta hay un número para participar en el sorteo del día —le informó con voz neutra.

—Que gran idea —comentó Logan, pagando su tartaleta. Al sacarla de su envoltorio descubrió el número que le había tocado en suerte.

En ese momento, la campanilla volvió a sonar y Hannah entró al local, quitándose la bufanda y frotándose las manos por el frío.

—¿Llegué a tiempo para el sorteo? Tengo mis números —anunció con una sonrisa amplia mientras levantaba en alto dos tarjetas de un llamativo color rojo.

Al descubrir la presencia de Logan sus cejas se alzaron, sorprendida y su ceño no tardó en fruncirse.

—Vaya, usted por aquí —dijo con un ligero tono de desdén.

—Solo venía por algo dulce, mi tío insistió y no pude decirle que no —respondió él, encogiéndose de hombros despreocupadamente.

—Perfecto. Pues creo que es hora de empezar con el sorteo, ya son más de la siete —intervino Natalie, que estaba deseando acabar con aquel asunto cuanto antes.

Se acercó al micrófono conectado a un altavoz sobre el mostrador e hizo unas pruebas de sonido antes de animarse a hablar. Su voz, al principio sonó un poco temblorosa, pero cogió firmeza a medida que hablaba.

—Buenas tardes a todos los clientes que nos han visitado durante el día de hoy. Y como indicaban las bases del sorteo, cada tartaleta va acompañada de una tarjeta numerada … vamos a dar comienzo —anunció emocionada—. Todas las tartaletas tienen un número, pero solo dos serán los afortunados. El premio es una cena en el restaurante *Deluca*.

El murmullo del público llenó el local. Hannah y Logan intercambiaron una mirada rápida, sin imaginar lo que estaba a punto de suceder.

—Y los números ganadores son… —dijo Natalie, sacando una bola de una bolsa de tela de color rojo—. El 7 —volvió a meter la mano y saco otra—… y el 15.

Hubo un segundo de silencio antes de que Hannah levantara la mano, incrédula.

—¿Es broma? ¡Yo tengo el 7! —exclamó, riendo divertida.

Pero la risa se congeló en sus labios cuando Logan, situado a su lado, levantó la suya mostrando su número.

—Eh… creo que yo también tengo un número ganador… el 15 —dijo con una media sonrisa.

El silencio que siguió fue casi teatral.

Grayson miró a Natalie, Natalie miró a Hannah, y Hannah miró a Logan, que seguía sosteniendo la tarjeta en alto, sin comprender por qué de pronto lo observaban como si acabara de confesar un crimen.

—Supongo que… —murmuró Natalie, intentando recomponerse— tendremos que asumir que el destino ha hablado.

Hannah bufó apenas, cruzándose de brazos.

—O que alguien tiene muy mal sentido del humor.

—Oh, vamos, señorita, debería endulzar un poquito su carácter, estamos en una pastelería —dijo Logan sin poder contenerse.

Hannah iba a replicar a sus palabras, y abrió y cerro su boca como un pez, pero finalmente se giró sobre sí misma de forma airada y salió del local con paso firme.

—Bueno, parece que no soy de su agrado —dijo Logan sin poder contenerse, y como esperaba varias risas divertidas rompieron el incómodo momento.

El último cliente salió con una caja de tartaletas, y la campanilla de la puerta marcó el final de un día que había sido interminable. El murmullo del público se desvaneció en la calle, dejando tras de sí un silencio espeso, casi abrumador.

Natalie soltó un suspiro largo y se apoyó en el mostrador. El cansancio se translucía en cada uno de sus gestos: los hombros caídos, el cabello escapando de su moño en mechones rebeldes y un largo suspiro escapando de sus labios.

—Por fin —Su voz sonó ronca—. Si vuelvo a oír la palabra «tartaleta», juro que cierro por vacaciones.

Grayson soltó una risa baja desde la puerta que acababa de cerrar para evitar que alguien más entrara.

—Dudo que aguantes más de un día sin meterte en el obrador.

Ella lo miró por encima del hombro, con una media sonrisa.

—¿Tú crees que no puedo?

—Creo que no quieres —replicó él con humor.

El intercambio de palabras fue breve, pero cargado de una familiaridad que ninguno de los dos se atrevía a analizar. Entre ellos flotaba un silencio distinto, más denso que el cansancio y más incómodo que el ruido del refrigerador al fondo.

Grayson se frotó la nuca, buscando las palabras.

—Ha sido un día largo —dijo al fin.

—Sí. —admitió Natalie comenzando a recoger—. Largo… y raro.

Grayson la observó mientras ella se movía por el local, meticulosa como siempre. Pero había algo en su forma de evitar su mirada que lo mantenía alerta.

—Natalie… —la llamó, con una voz más baja y rasgada—. No podemos seguir fingiendo que ayer no pasó nada.

Ella se detuvo, con la bandeja llena de tazas.

—Grayson, estoy agotada —dijo sin girarse—. Hoy no, ¿vale?

—Me encantaría darte el gusto, pero no puedo, no dejo de pensar en eso, en ti. Quiero saber qué piensas sobre el asunto.

—¿Y qué quieres que diga? —preguntó Natalie, intentando mantener la compostura mientras dejaba la bandeja en una mesa cercana—. Que no debió pasar. Que fue un error. ¿Eso quieres oír?

Grayson sostuvo su mirada mientras se aproximaba a ella.

—No. Quiero saber cómo te sentiste.

El silencio se volvió casi insoportable. Afuera, el viento golpeaba los cristales con un ritmo suave, y el aroma del chocolate y la vainilla aún flotaba en el aire, dulzón, envolvente.

Natalie bajó la mirada, jugando con el borde de su delantal.

—No lo sé —murmuró—. Fue… demasiado fácil olvidar todo lo demás.

Grayson dio un paso más, estaba tan cerca que el calor de su cuerpo se mezcló con el de ella.

—Entonces no fue un error.

Ella levantó su mirada, y por un momento la tensión que habían estado evitando se hizo palpable. Ninguno se movió, ninguno respiró.

Pero en los ojos de Natalie había algo más que deseo: había miedo.

—Grayson… —susurró—. No quiero complicar más las cosas.

—Tarde —respondió él, con una sonrisa amarga pero suave.

Ella exhaló, resignada, pero también con un atisbo de alivio.

—Supongo que tienes razón —admitió finalmente—. Pero si vamos a hablar de esto… prefiero hacerlo cuando no sienta que me voy a dormir de pie.

Grayson asintió.

—Mañana, entonces.

—Mañana —repitió ella, y por primera vez en toda la tarde, su voz sonó sincera.

—Buenas noches, Natalie.

—Buenas noches, Grayson.

Él se giró hacia la puerta, pero antes de salir, la miró una última vez.

Y aunque no lo dijeron, ambos sabían que esa conversación que tenían pendiente era una de las más importantes de sus vidas. Debían asumir lo que habían empezado a sentir, sin querer, sin planearlo.

CAPÍTULO 15

El amanecer había dejado una fina capa de escarcha sobre los pastos del rancho. La hierba crujía bajo las botas de Grayson mientras el vapor de su aliento se mezclaba con el aire helado. Los caballos resoplaban en los corrales, impacientes por moverse, pero su mente estaba lejos de allí, a kilómetros del rancho y de la rutina.

Cada vez que levantaba la vista hacia el horizonte, veía los ojos de Natalie. Aquella mirada que lo había desarmado más rápido que cualquier pelea; el leve temblor de su voz al hablarle; la forma en que lo había tocado para calmarlo cuando Logan apareció…

Dejó el cepillo sobre la valla con un golpe seco. Permaneció así unos segundos, con el cuerpo tenso, la mandíbula apretada. Habían pasado dos días desde San Valentín y no había vuelto a saber de ella, a pesar de su promesa de que hablarían. No quería presionarla, pero tampoco podía soportar más el silencio.

Con un suspiro, sacó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón y lo encendió. Lo sostuvo un instante entre las manos, dudando. Se sentía como un idiota, temblando por tener que escribir un mensaje.

Finalmente, comenzó a teclear sobre la pantalla a toda velocidad, antes de arrepentirse.

Grayson:

Hola.

No quería molestarte, solo… quería saber si todo salió bien el otro día después de que me fui.

Se quedó mirando la pantalla, con el pulgar suspendido en el aire. Cuando por fin vio aparecer el indicador de escritura, contuvo el aliento sin darse cuenta.

Natalie:

Hola.

Sí, todo bien.

Gracias por ayudar, no habría podido sola.

Grayson apoyó la espalda en la valla y soltó un largo suspiro. Su corazón latía tan rápido que casi podía escucharlo. Aun así, no podía dejar la conversación ahí.

Grayson:

Me alegra.

Supongo que fue un día largo.

(Demasiado largo, quizá.)

El puntito de escritura parpadeó durante una eternidad.

Natalie: *Sí.*

Dormí poco. Pensé demasiado.

Una sonrisa se le escapó, leve, casi involuntaria. No entendía por qué esa confesión tan sencilla lo conmovía tanto, pero lo hizo.

Grayson: *Yo también.*

Tal vez… deberíamos hablar.

Sobre nosotros.

El silencio se extendió de nuevo. Grayson podía oír el crujido del hielo derritiéndose en los cubos de agua, el resoplar de los caballos, incluso el ritmo irregular de su propia respiración.

Hasta que apareció la respuesta.

Natalie: *Está bien.*

Pero no en la pastelería.

¿Qué te parece en el lago? ¿Al atardecer?

Grayson leyó el mensaje dos veces, tres. Las palabras parecían demasiado reales, demasiado prometedoras.

Sonrió.

Grayson: *Perfecto.*

A las siete, allí estaré.

Guardó el teléfono en el bolsillo y se quedó mirando el horizonte. Por primera vez en días, sintió esperanza… y miedo al mismo tiempo.

Natalie dejó el teléfono sobre el mostrador, intentando calmar el temblor de sus dedos. El aroma del pan recién horneado llenaba la pastelería, mezclado con el dulzor del azúcar glas y el café que se enfriaba en su taza. Todo parecía normal y, sin embargo, nada lo era.

En los últimos dos días no había podido dejar de pensar en lo que había sucedido entre ellos: la cercanía de Grayson, la tensión que los envolvió, el momento en que casi…

Sacudió la cabeza enérgicamente, intentando desterrar los pensamientos que llevaban atormentándola los últimos días.

El tintineo de la campanilla la hizo girar su rostro.

—Hannah… no esperaba verte hoy —dijo Natalie, agradeciendo la distracción.

Su amiga entró envuelta en una bufanda enorme, con el cabello ligeramente enredado y la expresión de quien carga con un dilema existencial.

—Necesito ayuda. Urgente.

—¿Qué pasó ahora? —preguntó Natalie, sonriendo de lado.

—La cena —dijo Hannah, dejándose caer sobre una silla—. *Esa cena*. La del sorteo.

Natalie parpadeó, intentando recordar.

—¿Es hoy?

—Sí. Y llevo todo el día dándole vueltas. No sé si ir o dejar plantado a Logan. Sería lo justo, porque es *el enemigo* —dijo en voz baja, mirando alrededor como si alguien pudiera oírla—. Pero, por otro lado, quiero disfrutar de la cena. Es la primera vez que gano algo, y sería un desperdicio. Claro que, si voy, sentiré que te estoy traicionando…

Natalie apoyó los codos en el mostrador y arqueó una ceja.

—Hannah, si tanto te preocupa, podrías aprovechar la cena para… no sé, sacar algo de información.

Hannah levantó la cabeza, intrigada.

—¿Sacar información? ¿Como una espía?

—Exacto. Averigua qué está tramando. Si de verdad planea abrir una pastelería o si solo vino al pueblo a presumir de sonrisa encantadora.

Hannah entrecerró los ojos, pensativa.

—No sé si eres una estratega brillante o una villana con encanto.

—Probablemente un poco de ambas —replicó Natalie con una sonrisa ladeada.

—No puedo creer que me estés pidiendo que espíe a alguien durante una cita.

—No te pido que espíes, solo que escuches con atención. Además, no entiendo por qué protestas tanto, si en el fondo te apetece ir.

Hannah suspiró, resignada.

—Está bien. Lo haré por ti. Pero si me enamoro del enemigo, será culpa tuya.

—Trato hecho.

Ambas rieron.

—Necesito vestirme para esta misión secreta. Si mañana no vuelvo, dile a mi madre que me sacrifiqué por la causa.

—Te mandaré flores —bromeó Natalie, mientras su amiga se dirigía a la salida.

Tras salir al exterior Hannah se alejó por la calle principal, con su abrigo azul ondeando detrás de ella, y Natalie la siguió con la mirada hasta que dobló la esquina. Luego, su sonrisa se desvaneció poco a poco, sustituida por una sensación más angustiosa, sus propios nervios ante la idea de volver a ver a Grayson.

Y ya no habría escapatoria.

***

Unas horas más tarde…

En su habitación, Hannah abrió el armario con la solemnidad de quien se enfrenta a una misión de alto riesgo. Las perchas chirriaron mientras las movía de izquierda a derecha, con creciente desesperación.

Estaba claro que le tomaría un buen rato decidir qué ponerse, pero tampoco es que le sobrara tiempo.

—Nada de esto dice «mujer misteriosa con un propósito oculto» —murmuró, apartando una blusa tras otra—. Esto grita «reunión familiar con mi tía que me pregunta por qué sigo soltera».

Tiró un vestido negro sobre la cama.

—Demasiado sobrio.

Luego uno rojo.

—Demasiado alerta de incendios.

Y uno verde.

—Demasiado navideño, genial… —bufó, dejándolo caer encima de los otros.

Finalmente, halló un vestido de lana de color crema que llevaba meses sin estrenar. Lo sostuvo frente al espejo con una mezcla de duda y esperanza.

—Bueno… podría funcionar —dijo, ladeando la cabeza.

Intentó subirse la cremallera, pero se detuvo a medio camino.

—Perfecto. Seré derrotada por una prenda antes de la primera copa de vino —refunfuñó, forcejeando con el cierre—. Si muero asfixiada, que pongan en mi lápida: «murió cumpliendo su deber de amiga leal».

Tras varios tirones, un gemido de esfuerzo y un gruñido victorioso, logró cerrarlo. Se observó de pies a cabeza en el espejo de cuerpo entero.

—Nada mal, agente Hannah —murmuró con una sonrisa—. Paso uno: vestirse. Paso dos: peinarse y maquillarse. Paso tres: no caer rendida ante el sospechoso.

El gato, enroscado sobre la colcha, la miró con un parpadeo lento, completamente indiferente a su épico proceso de preparación.

—Sí, ya sé, esto huele a desastre —dijo Hannah, sacando el *neceser* de maquillaje—. Pero si me atrapan, iré monísima.

Apenas había empezado a delinearse los ojos cuando escuchó la voz de su madre desde el pasillo.

La puerta se entreabrió y su madre asomó la cabeza.

—¿Otra vez hablando sola?

—No es hablar sola, es… motivación verbal —respondió Hannah, con el pincel suspendido en el aire.

—Vas muy arreglada. ¿Alguna ocasión especial?

—Nada importante —mintió Hannah con una sonrisa tensa—. Solo una cena.

—¿Con alguien *importante*? —insistió su madre, arqueando una ceja.

—No exactamente. Es… una misión encubierta.

—Ajá —dijo la mujer, conteniendo una sonrisa—. Entonces procuraré no interrumpir al servicio secreto. ¿Quieres que te ayude en algo?

—No, gracias, mamá.

—Muy bien, agente 007. Y no vengas muy tarde, que ya sabes que me preocupo.

—No te prometo nada, pero con lo que sea te llamo —aseguró.

Cuando su madre se marchó, Hannah suspiró y se roció el cuello con aroma a vainilla y jazmín. Por un momento pensó que tal vez debería quedarse en casa, cenar con su madre y evitar el desastre anunciado. Pero entonces recordó la mirada de Natalie al despedirla, mitad divertida, mitad desafiante.

No, no podía echarse atrás ahora.

Diez minutos después, con el bolso en una mano, su abrigo azul índigo cubriendo su cuerpo y los tacones de sus botas recién estrenadas en los pies, se miró una última vez en el espejo. Un leve temblor de emoción le recorrió el estómago.

—Una cena, un plan y un posible enemigo —susurró—. ¿Qué podría salir mal?

El gato maulló, como si intentara responderle.

—Eso no cuenta como voto de confianza —dijo ella, apagando la luz.

Cruzó el pasillo en dirección a la salida del pequeño apartamento que compartía con su madre, escuchando el crujido familiar de la madera bajo sus pasos. En el salón, su madre levantó la vista del libro que estaba leyendo y sonrió.

—Suerte en tu misión.

—Gracias, mamá —respondió Hannah con una media sonrisa antes de salir.

El aire fresco de la noche la envolvió apenas cruzó el umbral. El cielo, teñido de violeta y azul, parecía estirarse sobre el pueblo como una manta inmensa salpicada de estrellas. En la distancia se oía el ladrido de un perro, el eco de una puerta que se cerraba y el murmullo apagado de un televisor en alguna casa vecina.

Las luces amarillentas de las farolas dibujaban sombras alargadas sobre el pavimento, y cada paso de Hannah resonaba con un ritmo que parecía marcarle el pulso. El pueblo estaba tranquilo, casi adormecido, pero dentro de ella nada lo estaba.

Aunque intentara negarlo, su corazón latía con una insistencia terca, como si no terminara de decidir si lo que sentía era miedo, emoción o pura curiosidad. Había dicho que aquella cena era una misión encubierta, una simple estrategia por el bien de su amiga… pero lo cierto era que algo más la impulsaba a ir.

Sintió cómo el viento le despeinaba un mechón suelto y se lo colocó detrás de la oreja con una sonrisa nerviosa.

—Tranquila, Hannah —murmuró para sí—, solo es una cena.

Siguió caminando por la calle principal, flanqueada por escaparates cerrados y carteles que se mecían suavemente con la brisa. A medida que avanzaba, el aire parecía más frío, más real. Y, sin embargo, había algo reconfortante en esa quietud. Era el tipo de noche en que todo podía pasar: un desastre absoluto… o una historia que valiera la pena contar.

CAPÍTULO 16

Natalie giró la llave y dio la vuelta al cartel para indicar que la pastelería cerraba justo cuando el último rayo de sol se extinguía tras las colinas.

Apoyó la espalda contra la puerta y respiró hondo. Había pasado toda la tarde intentando distraerse: reorganizando bandejas, limpiando mostradores que ya brillaban, horneando magdalenas que no necesitaba. Pero nada conseguía calmar la agitación que crecía en su interior.

Tras apagar algunas luces de la sala se dirigió a su pequeña oficina y abrió uno de los armarios donde guardaba un par de mudas limpias «por si acaso». Sacó unos vaqueros oscuros, un suéter color crema y la chaqueta de lana que olía levemente a lavanda. No era precisamente un atuendo de cita, pero tampoco quería parecer que acababa de salir del trabajo.

Dejó la ropa sobre el escritorio y se cambió con rapidez, echando miradas furtivas hacia la puerta, como si temiera ser descubierta. El silencio del local le resultaba extraño, como si las paredes contuvieran la respiración junto a ella.

Buscó en el cajón un pequeño espejo de mano y lo apoyó contra una caja de facturas. Se recogió el cabello con los dedos, dejándolo caer enseguida al decidir que se veía demasiado seria. Probó un par de veces hasta encontrar un punto intermedio: algo natural, pero no descuidado.

—Solo es una conversación —murmuró frente al espejo, con una sonrisa que no terminaba de cuajar—. Hablar y aclarar las cosas. Eso es todo.

Pero no era solo eso, y lo sabía. El temblor en sus manos la delataba.

Abrió el pequeño estuche que guardaba en el cajón y aplicó un toque de brillo en los labios. Lo justo. Lo suficiente.

Cuando terminó, dejó el espejo sobre la mesa y se observó de nuevo, buscando a la Natalie que conocía.

No la encontró del todo.

Durante unos segundos pensó en lo fácil que sería cancelar el encuentro: enviar un mensaje, decir que algo se había complicado en la pastelería. Pero entonces recordó que ella también necesitaba definir lo que existía entre ellos después de aquel beso.

No. No iba a huir.

Guardó el teléfono en el bolsillo trasero de sus *jeans*, se puso el abrigo gris y apagó las luces. Las sombras se extendieron lentamente sobre el suelo de baldosas, y por un momento sintió que estaba cerrando algo más que un negocio aquella noche.

El aire frío la recibió causando un escalofrío en su piel. El cielo, teñido de violeta, dejaba entrever el primer brillo de las estrellas.

Mientras caminaba por la calle casi desierta hacia su coche, el crujido del suelo helado bajo sus botas marcaba su paso. El pueblo parecía en calma, pero dentro de ella todo era un torbellino de emociones. No sabía qué iba a decirle, ni siquiera si estaba lista para escuchar lo que él tuviera que decir.

Agradeció la corriente de aire caliente cuando la calefacción del coche comenzó a funcionar. Enfiló la carretera de salida de Willow Creek. Veinte minutos después, el reflejo del agua comenzó a asomar entre los árboles: inmóvil, plateado bajo la luz moribunda del día. Natalie se detuvo un instante y respiró hondo.

El lago se extendía frente a ella como una lámina de cristal, apenas ondulada por el aire. Las luces del embarcadero parpadeaban a lo lejos, reflejándose en el agua con destellos temblorosos. Natalie apagó el motor y permaneció un momento en silencio, con las manos aún en el volante.

Podía sentir el pulso en la garganta, rápido, insistente. Estaba aterrada, ahora lo sabía, pero se ordenó ser valiente.

Bajó del coche. El aire olía a pino y humedad, y un leve vaho se escapó de sus labios al exhalar. Caminó despacio por el sendero de grava que conducía al muelle, escuchando el crujido de las piedras bajo sus botas.

Lo vio antes de que él la viera a ella. Apoyado en la barandilla, con la mirada fija en el agua.

—Pensé que no vendrías —dijo él sobresaltándola mientras se giraba y clavaba su intensa mirada verde en ella.

—Yo también lo pensé —respondió ella, y sonrió apenas, sin fuerza.

Durante unos segundos ninguno de los dos habló. El agua golpeaba con suavidad los pilotes del muelle, marcando un ritmo lento, hipnótico.

Él dio un paso hacia ella.

—Gracias por venir.

—No estoy segura de por qué lo hice.

—Porque necesitábamos hablar.

Natalie asintió, aunque no estaba segura de que hablar fuese lo que realmente quería hacer en ese momento.

Él la observaba con una mezcla de nerviosismo y ternura.

—Sigues oliendo a vainilla —murmuró Grayson, casi sin querer.

Ella bajó la mirada, reprimiendo una sonrisa.

—Supongo que será por pasar tanto tiempo en la pastelería.

—O es parte de ti, de tu esencia —Su tono se volvió más bajo, más íntimo.

El viento se levantó entonces, moviendo el agua y el cabello de Natalie al mismo tiempo. Ella cerró los ojos un segundo, como si aquella brisa pudiera ordenar los alocados latidos de su corazón.

—Bueno, será mejor que acabemos con esto —replicó Natalie con cierto nerviosismo.

—Directa al grano —replicó Grayson con cierto humor—. Está bien, necesito saber en qué situación estamos tras el beso que compartimos. No sé tú, pero yo no dejo de pensar en ello y quiero saber que somos ahora.

—No sé qué somos, Grayson —confesó Natalie al fin, abrazándose los brazos como si con ello pudiera contener la tormenta interior que la asolaba—. Y eso me aterra.

—A mí también —admitió él—. Pero fingir que no pasa nada no ha funcionado demasiado bien, ¿no crees?

Ella soltó una risa leve, y el brillo de sus ojos parecía un faro en la penumbra que los rodeaba.

—Siempre he intentado tener el control. Pero contigo… se me escapa.

Grayson acortó la distancia que los separaba hasta que el espacio entre sus cuerpos se volvió casi inexistente.

—No se trata de control —susurró Grayson, con la voz baja y temblorosa, su aliento rozándole los labios—. Se trata de eso que nos une sin remedio… esta atracción, esta necesidad que ninguno puede negar. Y los dos lo sabemos. No empezó ahora; siempre ha habido algo, un hilo invisible entre nosotros, tirando, acercándonos.

Hizo una pausa, con sus ojos fijos en los de ella.

—Supongo que tú, igual que yo, has intentado luchar contra ello —añadió en un murmullo más suave—. Pero es inútil.

Sus manos se alzaron, temblorosas pero decididas, hasta enmarcar su rostro. Los dedos de Grayson rozaron la piel de Natalie con una cautela reverente, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera romper el frágil equilibrio entre ambos. Sus pulgares acariciaron sus mejillas, trazando círculos lentos que parecían calmarla y encenderla al mismo tiempo.

Natalie inhaló con dificultad. Dentro de ella se mezclaban el miedo, la ansiedad… y un deseo tan vasto, tan antiguo, que la mareaba.

—Sabes que esto… lo cambiará todo, ¿verdad? —murmuró, en apenas un susurro, como si decirlo en voz alta pudiera hacerlo más real.

—Y, sin embargo, aquí estamos —respondió él, con una media sonrisa que era al mismo tiempo rendición y desafío.

Sus respiraciones se mezclaron. El aire olía a pino, a tierra húmeda y a algo que ella solo podía describir como peligro.

—No deberíamos, nuestras familias… —sus palabras se apagaron al sentir la caricia de su pulgar sobre el borde de sus labios.

—Es nuestra vida, no la de nuestras familias —susurró él.

El silencio que siguió fue distinto: más denso, más vivo. El aire, inusualmente benigno para una noche de febrero, apenas se movía, como si el invierno hubiera decidido concederles una tregua.

Grayson bajó la cabeza, no tanto para besarla como para buscar su aliento, su consentimiento. Natalie no retrocedió; solo elevó su rostro unos milímetros, lo justo para acortar la distancia que los separaba.

Y entonces, el mundo pareció detenerse cuando sus labios se unieron.

El primer beso fue un suspiro, una promesa frágil. Pero el segundo… el segundo fue la caída al vacío. Fue el desplome del dique que con tanto esfuerzo habían construido. La presión suave se transformó en una toma de posesión mutua, un huracán de silencios rotos y anhelos confesados. Grayson no supo cuándo sus manos dejaron de temblar; solo sintió la urgencia de moldear la curva de su espalda a través del fino tejido de su jersey por debajo de su abrigo, de palpar la tensión en sus hombros, de seguir la profunda hendidura de su columna como si fuera un mapa.

Un gemido ahogado escapó de los labios de Natalie y se perdió entre sus bocas. Sus brazos se enroscaron alrededor de su cuello con una fuerza desesperada, derribando la última barrera que se interponía entre sus dudas y lo que deseaba realmente. Al separarse, jadeantes, con las frentes unidas, el mundo se había reducido a la nada. Solo el sonido de sus respiraciones entrecortadas mezclándose con el murmullo del lago rompía la quietud.

—No puedo pensar cuando me tocas —susurró ella, y en su voz había una queja y una súplica.

—Entonces no pienses —rogó Grayson, y su boca trazó un camino de fuego desde su mandíbula hasta su cuello.

Natalie arqueó la cabeza hacia atrás en una ofrenda de pura rendición. Sus dedos se enredaron en el cabello de él, tirando con una urgencia que delataba su propio desvarío.

Los labios de Grayson se curvaron en una sonrisa lobuna y sus manos ascendieron por sus muslos, sobre la tela suave de sus *jeans*, hasta encontrar la piel desnuda en la curva de su espalda. Un estremecimiento sacudió a Natalie cuando sus palmas se posaron en sus caderas, atrayéndola contra sí, contra la evidencia dura e insoslayable de su deseo. El contacto fue como una descarga eléctrica.

—Aquí —murmuró Grayson con voz áspera, cargada de una necesidad animal que ya no podía contener—. Te necesito aquí.

No hubo más palabras, solo el lenguaje urgente de sus cuerpos. Él la guio hacia un claro junto al lago, rodeado por árboles altos y densos que frenaban el viento y los aislaban del frío que dominaba el resto de la orilla. La arena conservaba aún un leve calor del día, suficiente para que el contacto de sus cuerpos lo eclipsara todo. El cielo era ahora un manto de terciopelo profundo y violetas sedosos.

Arrodillados frente a frente, sus miradas se encontraron en un último instante de lucidez antes del naufragio. Las manos de Grayson retiraron el abrigo con urgencia y encontraron el borde del jersey color crema. El suave crujido de la tela al levantarla fue más elocuente que cualquier juramento. La prenda se deslizó por sus hombros con un susurro, revelando la palidez luminosa de su piel a la luz de la luna llena.

Grayson clavó su mirada en ella y se quedó inmóvil, como una estatua. Con los ojos oscurecidos por el deseo y por algo más, algo parecido a la reverencia. Natalie, sintiéndose a la vez vulnerable y poderosa como una diosa antigua, le liberó de su chaqueta de cuero y le desabrochó la camisa con dedos torpes, ansiosos por sentir el calor de su piel contra la suya. Cuando sus palmas encontraron el torso firme, el latido frenético de su corazón bajo las costillas, otro gemido, más profundo, se le escapó de los labios.

Ya no hubo más preámbulos. Él la hizo descender sobre la arena, cuya frescura terrosa contrastaba con el fuego que les consumía. Sus dedos, diestros y urgentes, liberaron el sujetador blanco que cayó como una ofrenda más en aquel lecho natural. Cuando su boca encontró el pezón ya erecto, rosado y sensible, Natalie lanzó un grito breve y cortante. Por instinto Natalie elevó sus caderas, buscando el peso de su cuerpo, la presión que prometía un alivio agonizante. Mientras, sus manos recorrían con urgencia la cintura de Grayson, desabrochando el botón y bajando la cremallera de sus *jeans* con dedos temblorosos, empujando la tela junto a su ropa interior en un movimiento impaciente que delataba su necesidad.

Grayson la recorrió con manos y boca, aprendiendo la geografía de su piel, los puntos donde su respiración se quebraba en jadeos y su cuerpo se tensaba como un arco. Cada caricia era una pregunta, cada respuesta un movimiento que los acercaba más al borde del abismo por el que ambos querían caer.

Cuando la urgencia en los movimientos de ella se volvió una demanda imposible de ignorar, Grayson se situó entre sus piernas y sus miradas se encontraron. No había rastro de miedo, solo la certeza devastadora y hermosa de lo inevitable.

—Natalie —pronunció su nombre como un hechizo, una plegaria final.

Ella rodeó su cintura con las piernas, atrayéndolo con una fuerza que era respuesta suficiente.

El buscó con sus dedos la entrada que tanto anhelaba y luego penetró en su cavidad caliente y húmeda que abrazó su masculinidad. Un quejido largo y tembloroso escapó de los labios de Natalie cuando lo sintió en su interior, un sonido que se transformó en el ritmo ancestral de su unión. La arena se convertía en su cómplice, moldeándose bajo el vaivén de sus cuerpos, cediendo con cada embestida que marcaba el compás de un baile salvaje.

Grayson enterró el rostro en la curva de su cuello, inhalando su esencia, mientras sus manos se aferraban a sus caderas, guiando sus movimientos. Natalie, con los ojos cerrados, se abandonó a la marejada interna de dominaba sus sentidos, a la presión que crecía, imparable, en su vientre.

Y entonces, todo estalló en mil pedazos. Una oleada de placer infinito se apoderó de ella, sacudiéndola con espasmos silenciosos. Su cuerpo se tensó en un arco perfecto antes de derrumbarse, arrastrando a Grayson consigo hacia el abismo. Él la siguió con un gruñido ronco, ahogado en la piel de su hombro, vaciándose en su interior mientras el mundo estallaba en un caleidoscopio de puras sensaciones.

El silencio que siguió fue absoluto, solo roto por el sonido de sus respiraciones. Seguían entrelazados, piel contra piel, sudor y arena.

Grayson se desplazó a un lado, sin soltarla, y Natalie enterró el rostro en su cuello. Era una noche estrellada, y bajo su manto, la tensión de años de miradas furtivas y deseos contenidos se había quebrado para siempre, convirtiéndose en algo nuevo, excitante y esperanzador.

Grayson tomó suavemente el rostro de Natalie entre sus manos y lo giró. Sus ojos, ahora serenos, se encontraron en la penumbra.

—Siempre —susurró él, su voz aún áspera por la pasión, pero cargada de una verdad incontestable—. Esto... tú... has estado ahí desde siempre. Ahora sé que es lo que sentía realmente; te quiero Natalie Sullivan.

La aludida sintió como su corazón se aceleraba en su pecho, mientras intentaba encontrar la voz en su garganta, atenazada por la emoción.

—Yo también te quiero —confesó en un hilo de voz—. Siempre te he querido, Grayson Gallagher. Solo que ahora... ahora lo sé.

El amanecer siguiente los encontró abrazados sobre la arena, recogidos bajo una gruesa manta de cuadros que Grayson siempre guardaba en su camioneta. El aire había recuperado el frío propio de febrero, pero entrelazados, piel con piel, apenas lo percibían. Grayson estaba despierto, contemplando a Natalie. Ella dormía plácidamente, con una respiración serena. Él se detuvo a estudiar cada trazo de su rostro, cada mechón rebelde que se deslizaba sobre su frente. Y no podía evitar maravillarse de que aquel sentimiento que había habitado en su interior durante tanto tiempo, por fin tuviera permiso para existir a plena luz.

Pensó en todo lo que venía después: el pueblo, sus familias, la vida. Pero, por primera vez, el futuro no se presentaba como una amenaza, sino como una promesa.

La miró en silencio, aún con el eco reciente de su confesión flotando entre ambos, y supo sin duda alguna que no quería estar en ningún otro lugar. Y si aquello era un error, era el más hermoso que podría cometer.

CAPÍTULO 17

El Deluca's estaba lleno esa noche. No era una sorpresa: los viernes solían ser así, con el olor a pan recién hecho y el murmullo de las conversaciones llenando la sala.

Hannah conocía bien el local. Iba cada jueves con Natalie a cenar allí, charlar de todo y de nada, y disfrutar del ambiente familiar que Frank Deluca había construido con los años.

Esa noche, sin embargo, no se sentía tan relajada. Esperaba con cierto nerviosismo la llegada de Logan. Fiel a su costumbre había llegado cinco minutos antes de la hora acordada. No había cosa que odiara más que la impuntualidad.

El camarero que estaba tras la barra se acercó y le preguntó si quería tomar algo mientras esperaba.

Hannah dudó unos segundos, pero finalmente pidió una copa de vino blanco bien frío, con la esperanza de que le ayudara a calmar los nervios que le atenazaban el estómago.

«Maldito Logan Deluca…—pensó, girando distraídamente la copa entre sus dedos—. Debería haber rechazado la cena, o mejor aún, ignorado a Natalie, que fue la que me convenció para venir».

—¿Llego tarde? —la sobresaltó una voz.

Hannah se volvió lentamente y se encontró con la intensa mirada azul que tanto la descolocaba.

—No, yo llegué pronto —respondió, intentando sonar despreocupada.

Logan esbozó una media sonrisa.

—¿Entramos? —preguntó él antes de señalar con un gesto de mano la sala, situada al fondo del local

—Claro, por supuesto —aceptó Hannah mientras rescataba su bolso de la barra junto a la copa a medias.

Logan parecía moverse con naturalidad entre las mesas, saludando con un gesto a un camarero que lo reconoció. Hannah, en cambio, mantenía una expresión prudente, casi tensa.

llegaron hasta una mesa junto a la ventana. Logan esperó a que ella se sentara antes de hacerlo él mismo.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Hannah, más por educación que por interés.

—Cuando puedo le echo una mano a mi tío, como hacía antes —explicó él con un deje de nostalgia en la voz.

—¿Cómo antes? ¿Y cómo es que nunca te había visto en Willow Creek? —preguntó Hannah curiosa, para arrepentirse al instante.

Logan pudo ver su contrariedad en la expresión de su rostro, pero contuvo una sonrisa para no hacerla sentir incomoda.

—Sí, la verdad es que solo he venido de forma esporádica, pero parte de mis raíces pertenecen aquí. Trabajaba en el extranjero, pero ya era hora de regresar y pensé que este no era un mal lugar para empezar.

—Claro —murmuró ella, jugando con la copa vacía—. Nada como volver a los orígenes… y empezar de cero, por ejemplo con un nuevo negocio.

Logan levantó una ceja, divertido.

—¿A qué te refieres? —preguntó curioso por su extraño comentario.

Hannah se mordió el labio inferior, molesta por ser una lengua larga, pero ya no había marcha atrás, quizás hasta lograba algo de información. Así al menos la noche no habría sido una completa pérdida de tiempo.

—Solo quería confirmar lo que la gente dice —tiró el anzuelo, a la espera de que él cayera.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen? —preguntó Logan divertido.

—Depende a quién le preguntes —respondió ella, bajando la voz—. Algunos están encantados con la próxima «gran apertura».

—¿Perdón?

—Vamos, Logan, no te hagas el inocente. Todo el mundo sabe que tienes en marcha la inauguración de una nueva pastelería.

Para sorpresa de Hannah, Logan se echó a reír, incrédulo.

—¿Dices eso en serio?

—Te hace gracia, ¿eh? —replicó ella con frialdad—. A mí no. Natalie lleva años construyendo su negocio. Le costó sangre, sudor y lágrimas lograr que tuviera una clientela fija, sin contar las numerosas noches en vela hasta conseguir que prosperara. Y ahora apareces tú, dispuesto a hacerle la competencia.

—Hannah, espera —dijo él, alzando las manos—. No sé quién te contó eso, pero no es cierto.

—Oh, por favor. No me digas que no sabes nada.

—Te lo digo en serio —insistió Logan, inclinándose hacia ella —. No voy a abrir una pastelería. Ni una cafetería. Ni nada que se le parezca.

Ella lo miró con evidente escepticismo.

—Claro, y yo nací ayer.

—Mira, entiendo que no me conozcas, pero al menos podrías dejarme defenderme antes de quemarme en la plaza del pueblo.

—Defiéndete, entonces.

Él la miró directo a los ojos.

—Voy a abrir un centro de actividades de aventura. Escalada, senderismo, kayak… Nada que tenga que ver con azúcar, harina o vitrinas de *cupcakes*.

Hannah parpadeó.

—¿Qué?

—Multiaventura —repitió él, con una sonrisa ladeada—. Ya sabes, gente haciendo cosas al aire libre.

—Oh, Dios… —murmuró Hannah, llevándose una mano a la frente—. Hemos estado juzgándote por nada.

—Bueno, eso explica por qué el otro día, en la pastelería, la mitad de la gente me miraba como si fuera el villano de la película — se quejó Logan.

Ambos rieron. La tensión se disipó poco a poco, y con el paso de los minutos fue remplazada por una complicidad inesperada.

El camarero les sirvió el primer plato: una crema de calabaza con crujientes de queso.

Hannah jugó con la cuchara unos segundos antes de hablar.

—Supongo que debería disculparme en nombre de todos.

—Acepto la disculpa —repuso él con una sonrisa amable—, pero solo si me prometes que me invitarás a una de las célebres tartas de Natalie en la pastelería.

—Trato hecho —aceptó Hannah con una sonrisa amable.

El vino fluyó con facilidad, y la conversación pasó de los negocios al pueblo. Logan habló de cómo el valle le recordaba a su infancia, cuando pasaba temporadas en verano con su tío, razón por la cual había decidido asentarse en Willow Creek. Hannah, por su parte, se sorprendió a sí misma contándole cosas que no solía compartir con nadie: cómo que a veces se sentía atrapada en un papel de maestra eficiente y comprensiva, ya que a veces los niños podían llegar a ser terribles si se lo proponían.

Él la escuchaba con genuino interés.

—Me alegra que nos tocara esta cena —dijo en voz baja—. Aunque tenga la sospecha de que el destino nos ha querido gastar una broma.

—¿Por? —preguntó ella con curiosidad.

—Porque no creo que esto haya sido casualidad.

—Yo tampoco —respondió Hannah en apenas en un susurro.

Durante unos segundos, el mundo pareció reducirse a la tenue luz amarillenta que desprendían las lámparas de la sala.

Entonces Logan sonrió, rompiendo el hechizo con una naturalidad encantadora.

—Así que… ¿me vas a ayudar a convencer a Natalie de que no pienso vender galletas?

—Si te portas bien, puede que sí —contestó Hannah, sonriendo de lado.

Tras salir del restaurante, caminaron despacio por la acera mientras las farolas arrojaban destellos dorados sobre el empedrado húmedo.

Antes de despedirse, Logan se detuvo.

—Hannah… gracias por venir.

Ella lo miró, divertida.

—No tenía otra opción, era parte del premio, además de que quería investigar tus oscuras intenciones —añadió con humor.

—Sí, pero no fuiste muy dura.

Hannah le sostuvo la mirada un instante demasiado largo.

—Dame tiempo —bromeó, aunque su sonrisa tembló en sus labios, luego se despidió con un gesto de mano y se giró para emprender su camino.

Cuando ella se marchó, Logan la siguió con la mirada mientras su figura se alejaba calle abajo. Tenía las manos hundidas en los bolsillos, y era incapaz de apartar la mirada de ella. Había algo en la forma en que Hannah caminaba, la ligereza en sus pasos y el suave balanceo de su abrigo azul, que hacía que todo a su alrededor pareciera un poco menos gris.

Desde la esquina, Hannah se detuvo un segundo y se giró, quizá por puro instinto o quizá porque algo dentro de ella le susurró que él seguía allí. Y tenía razón. Logan continuaba observándola.

Sus miradas se encontraron durante un instante cargado de una complicidad inesperada, como si se conocieran de siempre, con una especie de entendimiento silencioso que no supo explicar.

Cuando Hannah retomó su camino, Logan dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo y, por fin, tomó el suyo propio, aunque la sonrisa que había provocado Hannah en sus labios se quedó con él mucho más tiempo del que habría esperado.

CAPÍTULO 18

La madrugada todavía envolvía el lago cuando Grayson acompañó a Natalie hasta su coche. El aire era frío, pero en sus mejillas aún persistía el calor de las horas previas: las caricias, los besos y la pasión compartida, la manera en que habían acabado fundiéndose en uno solo, como si todo lo que habían sido hasta entonces encajara al fin en un mismo lugar.

Grayson tomó su rostro entre las manos con una suavidad que contrastaba con su cuerpo grande y duro, y le rozó la frente con los labios antes de hablar.

—No quiero que esto termine—murmuró Grayson con voz ronca.

Natalie cerró los ojos un instante antes de contestar a sus palabras.

—Tampoco yo —confesó, aunque sabía que tenía que marcharse.

Él deslizó el pulgar por su mejilla, como si no pudiera evitar tocarla, como si temiera que al apartar la mano ella desapareciera.

—No pensé que… —Grayson tomó aire, inseguro—. No imaginé que algo así pudiera ocurrirme, pero ahora sé que lo he estado esperando desde que dejaste de llevar esas graciosas trenzas.

Natalie soltó una risa suave y enternecida.

—¿Desde entonces? —dijo, con una mezcla de sorpresa y suavidad en la mirada—. Grayson, yo… esta noche será algo que recordaré siempre.

Él apoyó su frente contra la de ella, respirando al mismo ritmo.

—Dime que no te vas a arrepentir —susurró—. Dime que mañana, cuando el mundo entero se te venga encima, vas a recordar esto igual que yo.

Ella aferró su camisa, acercándolo un poco más a su cuerpo.

—No me voy a arrepentir —dijo con firmeza—. No después de lo que hemos compartido.

Grayson sonrió de un modo suave e íntimo.

—Entonces vuelve a besarme —rogó.

Ella lo hizo. Fue un beso largo, lento, que tenía sabor a promesa. Cuando por fin se separaron, Grayson retiró un mechón del rostro de Natalie y se lo colocó detrás de la oreja como si aquel gesto fuese algo natural entre ellos.

—Te quiero, Nat —dijo sin rodeos, sin miedo.

Ella sintió que el corazón le latía con fuerza dentro del pecho. Había muchas cosas que aún no comprendía, miedos que no sabía cómo enfrentar, pero lo que sentía era innegable: el amor más grande que había sentido hasta entonces, algo único y profundo que no podía ignorar.

—Yo también —susurró—. Te quiero.

Finalmente, Natalie se separó con un suspiro, obligándose a dar un paso atrás.

Si se quedaba un minuto más, no lograría marcharse.

—Tengo que irme —dijo.

—Lo sé —respondió él, aunque su expresión decía que no quería que se fuera.

Con esfuerzo Natalie subió a su coche, bajó la ventanilla y él se inclinó para darle un último beso, suave y tierno.

—Nos vemos —prometió él.

—Nos vemos —replicó ella con una sonrisa leve.

Natalie arrancó el motor y se alejó lentamente, mientras él la observaba hasta que su vehículo se fundió con la madrugada.

La carretera estaba envuelta en los colores rosados del amanecer. Natalie conducía con las manos algo temblorosas y el corazón latiendo fuertemente contra su pecho, después de todo lo que había ocurrido con Grayson aquella mágica noche. Aun estando despierta, dudaba de que todo hubiera sido un sueño.

Cuando llegó a casa, el silencio del interior le resultó demasiado pesado, aunque se alegró de que nadie se hubiera levantado aún. Notó que su estómago protestaba y decidió ir a la

cocina a comer algo, pero al cruzar el umbral escuchó un leve movimiento que la desconcertó y la hizo llevarse una mano al pecho.

Su hermano Lee estaba allí. De pie. Inmóvil. Con una taza de café en su mano derecha y una expresión indescifrable.

—Buenos días —dijo con voz monocorde.

—Buenos días —respondió Natalie, intentando sonar despreocupada, mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba con cuidado en el perchero, aunque sus manos temblaban ligeramente.

Él la observaba con atención, como si evaluara cada uno de sus movimientos.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó directo.

El corazón de Natalie comenzó a golpear con fuerza contra su pecho, rompiendo la quietud del momento.

—Estuve con Hannah —mintió.

Lee ladeó la cabeza con un movimiento lento, calculado, y clavó su mirada en su rostro con intensidad.

—¿Ah, sí? —sus palabras cayeron como un golpe sordo, directo—. Curioso. Porque Hannah estuvo cenando con el sobrino de Deluca. Medio pueblo los vio.

Un silencio pesado se instaló entre ellos, alargándose durante un segundo que pareció interminable. Natalie comprendió que no había escapatoria: su hermano buscaba una verdad que ella no podía darle todavía, no estaba preparada. Una punzada de nervios le recorrió la espalda, pero se obligó a mantener la compostura.

—Estuve con ella antes de la cena. Y luego… —hizo un gesto vago con sus manos—. Me fui a la pastelería, tenía cosas pendientes y, cuando me quise dar cuenta, ya era muy tarde, así que preferí dormir un rato en el despacho para no coger el coche —inventó sobre la marcha.

Lee entrecerró los ojos, como quien intenta encajar las piezas de un rompecabezas… y no le encajan.

—¿Tienes algún evento especial que justifique pasar toda la noche en la pastelería? Mamá no me dijo nada.

Natalie elevó los hombros, manteniendo la mentira con esfuerzo.

—Ya sabes lo que sucede cuando tengo pedidos acumulados.

Lee dejó la taza en la encimera con un movimiento lento, preciso, cargado de esa tensión contenida que advertía que estaba al borde de explotar.

—Lo que sé —dijo sin apartar la mirada de ella— es que nunca te quedas fuera toda la noche sin avisar. Nunca.

—No me acordé de llamar, y luego era muy tarde y no quería despertar a nadie —respondió—. De todas formas, no veo el problema.

—El problema —dijo Lee, sin levantar la voz pero con filo acerado en su tono— es que estás mintiendo. Y no sé por qué.

Natalie se cruzó de brazos, inconscientemente, para crear una barrera invisible entre ambos.

—No es asunto tuyo, Lee.

Él parpadeó. Sorprendido. Dolido.

—¿No? —murmuró—. Pensé que cuidar de ti sí lo era.

—No necesito que me cuides, soy una mujer adulta —respondió Natalie con voz firme y molesta—. Estoy bien. Eso es todo lo que tienes que saber.

Lee apretó la mandíbula, intentando contenerse.

—No te creo —replicó con evidente frustración—, y no me pidas que mire hacia otro lado cuando sé que me estas ocultando algo.

Cuando su hermano se fue, Natalie apoyó las manos en la encimera, cerró los ojos y respiró hondo. Sabía que lo que había pasado no se quedaría así. Lee tenía razón en una cosa: ocultaba algo, lo que había surgido entre Grayson y ella, y aún no estaba lista para gritarlo a los cuatro vientos, y menos a su hermano, que parecía odiar con todas sus fuerzas al hombre del que estaba irremediablemente enamorada.

***

Esa misma mañana

La campanita de la puerta tintineó cuando Hannah empujó la puerta de cristal y entró en la pastelería. Tras el mostrador, Natalie alzó la vista y, al ver la expresión de su amiga, ladeó la cabeza con

una mezcla de preocupación y cautela. No sabía si Hannah venía enfadada, exhausta… o al borde de un ataque de nervios.

—Hannah, ¿qué te pasa? —preguntó, dejando lo que estaba haciendo para acercarse rápidamente a ella.

Hannah se dejó caer en una de las sillas junto a la mesa más alejada del escaparate, como si sus extremidades hubieran decidido rendirse por completo.

—Traigo problemas —dijo Hannah, dejándose caer en la silla como si cargara con el peso del mundo—. Problemas de verdad, de esos que solo se alivian con una generosa ración de cafeína y una porción de tarta de fresa. Ya sabes, la del glaseado brillante que debería venir con advertencias de adicción.

Natalie entrecerró los ojos, cruzándose de brazos con teatral severidad.

—Vaya, suena grave —dijo, aunque una sonrisa asomaba en la comisura de sus labios—. Si estás invocando *la tarta de fresa de emergencia*, la situación debe ser de nivel rojo. Así que habla —añadió, bajando la voz como si fueran a confesar un delito—. ¿Qué clase de desastre requiere azúcar en vena?

Hannah apoyó los codos sobre la mesa y enmarcó su rostro entre las manos antes de soltar un suspiro dramático.

—Yo tenía mi vida perfectamente organizada, ¿sabes? Mis alumnos, mis horarios, mis fines de semana tranquilos, mis novelas románticas que no me pedían nada…

—Ajá —respondió Natalie desde la barra, mientras preparaba dos cafés y servía una porción generosa de tarta—. ¿Y qué ha pasado para que de repente eso cambie?

Hannah la miró boquiabierta, como si Natalie se hubiera perdido un capítulo entero de la serie de su vida.

—Me mandaste a confraternizar con el enemigo, ¿te acuerdas? —dijo Hannah, enfatizando sus palabras mientras se daba un golpecito en la sien con el dedo índice.

—Ah, es cierto. Te envié a hablar con Logan Deluca aprovechando que ambos ganasteis la cena de San Valentín —admitió Natalie, dejando la tarta y los cafés sobre la mesa antes de sentarse frente a ella. Con todo lo que había ocurrido con Grayson

en el lago, se le había borrado de la cabeza aquella «misión»—. ¿Y bien? ¿Descubriste algo? —preguntó, inclinándose con interés.

Hannah tomó aire con solemnidad exagerada antes de hablar.

—Resulta que Logan no quiere abrir ninguna pastelería. No está intentando hundirte. ¡Nada de eso!

—¿En serio? —Natalie se llevó la mano al pecho—. ¿Entonces?

—Lo que quiere es montar un negocio de multiaventura.

Natalie parpadeó, confundida.

—¿Multi… qué?

—Exacto —Hannah alzó ambas manos—. Multiaventura. Escalada, kayak, rutas, esas cosas que a mí me dan taquicardia con solo imaginarlas.

Natalie volvió a parpadear. Una vez. Dos.

—O sea —dijo despacio, reorganizando las piezas del puzle en su mente—, que no es pastelero, no es competencia, no quiere arruinarme la vida profesional… ¿y tú me lo cuentas así, como si nada?

—¿Quieres que añada un redoble de tambores? —replicó Hannah.

—Un poquito sí, la verdad.

Hannah rio y tomó un bocado de tarta antes de continuar.

—Y eso no es todo. —La señaló con el tenedor—. Hablamos durante horas, Natalie. De su proyecto, del pueblo, de su infancia… Y no sé cómo decirlo, pero es de esos hombres que no te escuchan por educación. Te escuchan de verdad. Como si mis opiniones importaran. Como si… yo fuera interesante.

Natalie abrió los ojos de par en par.

—Oh, vaya. Eso sí que es grave.

—¿Grave? —repitió Hannah, frunciendo el ceño con preocupación.

—Cuando alguien te hace sentir interesante… estás perdida. Contra eso no se puede luchar.

—Oh, Dios mío. No puede ser —murmuró Hannah—. Logan no es un hombre para mí.

—¿Y eso por qué? —preguntó Natalie, genuinamente desconcertada.

—Es atractivo —dijo Hannah, levantando un dedo.

—Eso no es ilegal —respondió Natalie con calma.

—Es espontáneo —añadió, levantando un segundo dedo.

—Tampoco es un delito.

—Y es… —tercer dedo— increíblemente encantador.

—Ah. Ya entiendo el problema.

—¿Sí? —preguntó Hannah, bajando la mano con la que había enumerado las virtudes de Logan.

—Sí. Te gusta.

Hannah se atragantó con el café.

—¡No! O sea… sí. O sea… no. ¡No lo sé!

Natalie reprimió una carcajada mientras bebía un sorbo de su taza, disfrutando cada segundo de la incomodidad de su amiga.

—Asúmelo, amiga, es una realidad —dijo Natalie, divertida—. Por cierto, yo también tengo novedades respecto a Grayson.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hannah, ansiosa por cambiar de tema.

—Anoche… estuve con él.

—¿Y?, no es nada nuevo, últimamente estáis pasando más tiempo juntos… ¡¿QUÉ?!

Natalie dio un pequeño brinco en la silla.

—Shh, que hay clientes.

—Tienes una señora leyendo revistas de cotilleo y un señor comiendo galletas. Repite eso ahora mismo.

Natalie inspiró hondo, como si se preparara para lanzarse al vacío.

—Hice el amor con Grayson.

Hannah parpadeó varias veces, como si su cerebro necesitara reiniciarse.

—Perdona… ¿qué hiciste qué?

—Lo que has oído.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cuándo? ¿Dónde? —la acribilló Hannah, incapaz de contener la curiosidad.

Natalie soltó una carcajada suave, procurando que no se escuchara más allá de su mesa.

—Fue… especial. Muy especial. Todo fluyó de forma natural. No lo planeé, no lo pensé… simplemente dejé que sucediera.

Hannah abrió los ojos como platos.

—¿Y él? ¿Cómo está? ¿Qué dijo después? ¿Cómo se comportó?

—Grayson estuvo increíblemente dulce, atento y… apasionado —confesó Natalie, todavía sorprendida por sus propias palabras—. Me dijo cosas que… bueno, cosas que nunca pensé escuchar de él.

Hannah se echó hacia atrás, esbozando una sonrisa traviesa.

—Natalie, tú sí que estás metida en un problema grave.

—Lo sé —susurró la aludida—. Y para colmo, Lee no hace más que vigilarme. Esta mañana casi me descubre. Tuve que mentirle para librarme de su interrogatorio sobre dónde pasé la noche.

El ceño de Hannah se frunció de inmediato.

—¿Descubrir qué? ¿Que tienes vida propia? Ya no eres una niña.

Natalie apretó el borde de la mesa, vulnerable pero decidida.

—Lo sé, pero ya sabes cómo es. Y no quiero que esto se arruine antes de empezar. No lo planeé. No sé qué pasará. Solo sé que, cuando estoy con él, algo dentro de mí… encaja.

—Grayson no parece alguien que haga las cosas a medias.

Una sonrisa temblorosa apareció en los labios de Natalie, mezcla de esperanza y vértigo.

—Eso es lo que me da miedo.

Hannah levantó su taza, apuntándole con ella como si señalara una evidencia innegable.

—Y eso, amiga mía, es lo que sienten las personas cuando están enamorados de verdad.

Natalie bajó la mirada hacia su taza, como si en el remolino del café pudiera encontrar respuestas que aún no estaba preparada para admitir. Aun así, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, frágil pero real.

—Supongo que sí —murmuró.

Hannah le dio un golpecito suave en la mano.

—No tienes que tenerlo todo claro. Solo… déjate llevar.

Natalie soltó un suspiro que llevaba horas conteniendo y apoyó la espalda en la silla, dejando que por fin la emoción, el miedo y la ilusión convivieran sin pelearse.

—Estoy asustada, Hannah —confesó Natalie.

—Lo sé —respondió su amiga con una sonrisa tranquilizadora —. Pero también estás feliz. Y eso, en tu caso, es una combinación explosiva… y preciosa.

Natalie rio en silencio, con el corazón un poco más ligero. Por primera vez en mucho tiempo, el miedo no tenía el control. Y aunque el futuro se presentaba incierto, también sentía que, por fin estaba lleno de posibilidades.

CAPÍTULO 19

El recreo había comenzado cinco minutos antes, y el pasillo principal de la escuela todavía olía a témperas, plastilina tibia y colonia infantil. El aire vibraba con ese murmullo constante de voces agudas, pasos pequeños y puertas que se abrían y cerraban sin ritmo ni lógica. Hannah se alisó la coleta alta que aprisionaba su larga melena mientras intentaba organizar mentalmente el resto de la mañana.

Acababa de guardar unas fichas en una de las cajoneras, cuando escuchó pasos detrás de ella.

—Disculpe… ¿Señorita Sullivan?

Hannah se giró tan rápido que casi perdió el equilibrio, y cuando alzó su rostro, su mirada descubrió a Logan, que estaba apoyado con naturalidad en el marco de la puerta. Vestía unos *jeans* azul oscuro, una camiseta gris y una chaqueta color azul marino.

—¿Qué… qué haces aquí? —preguntó Hannah, intentando que la sorpresa no sonara como un mini ataque cardíaco.

—Estoy buscando a la profesora de tercero —respondió él, haciendo un gesto hacia ella—. Y me dijeron que eras tú.

Ella parpadeó brevemente, sorprendida por sus palabras.

—Lo soy —confirmó Natalie, cruzándose de brazos—. Pero eso no explica qué haces tú aquí.

—Quería hablar contigo —respondió Logan mientras se acercaba a ella con pasos lentos y medidos.

—¿Sobre qué? —preguntó Hannah con desconcierto.

—Tu clase —respondió Logan. Cuando llegó a su altura, apoyó su trasero sobre la mesa y se cruzó de brazos antes de sonreírle, divertido ante la expresión sobresaltada de su rostro.

—¿Mi clase? —repitió ella con incredulidad—. ¿A qué te refieres?

Él soltó una risa suave y se quitó la mochila del hombro, de donde sacó un folleto colorido que extendió ante ella.

Hannah lo tomó y lo abrió, movida por la curiosidad.

—«Sendero Aventura Deluca» —leyó en voz alta—. No comprendo, ¿qué tiene que ver tu empresa con el colegio?

Logan se encogió de hombros.

—Escuché que el centro estaba buscando excursiones baratas para el próximo trimestre, y yo lo haría gratuitamente, es una forma de darse a conocer.

Hannah lo observó, afilando la mirada como un bisturí.

—¿Y por eso viniste a verme? —cuestionó—. Siento decirte que yo no tengo ningún poder de decisión en esas cuestiones.

—Pero el directo sí, fue él quien me mando. Al parecer eres una de las posibles candidatas para asistir, por edad y agilidad —añadió Logan con humor.

Hannah sintió un calor inoportuno en las mejillas. Se dio la vuelta para ocultarlo, fingiendo examinar el folleto.

—A ver… —murmuró—. Mapa del sendero, actividades, tirolinas… No parece peligroso.

—Porque no lo es —aseguró él—. Lo diseñé pensando en grupos escolares. Todo seguro, todo fácil, todo estructurado. Tengo supervisores, permisos del parque, seguro de responsabilidad…

—Me parece bien, pero no estoy segura de querer ir —confesó Hannah.

—El director estaba encantado con la idea —intentó rebatir Logan, que por nada del mundo quería dejarla escapar por la

tangente—, por no hablar de que me harías un gran favor. Según él, tú tienes la última palabra.

—No creo que sea buena idea —rebatió Hannah insegura.

—Entiendo que, si no estas acostumbrada a las actividades al aire libre te asuste un poco, pero podemos hacer una ruta corta para que veas lo que tengo preparado para los peques. ¿Qué te parece?

—No estoy segura.

—No tienes que colgarte de una tirolina —dijo él con una sonrisa lenta—. Pero me encantaría verte intentarlo.

—¿Eso es un desafío? —preguntó ella.

—Es una invitación.

Hannah apretó el folleto entre sus dedos, sin saber si quería usarlo para abanicarse… o para golpearlo con él.

—Solo puedo prometerte que me lo pensaré —respondió finalmente.

—Perfecto —respondió él—. Estaré esperando. Con paciencia. Más o menos. Mi número de teléfono esta al dorso del folleto —añadió guiñándole un ojo.

Hannah puso los ojos en blanco.

Logan retrocedió un paso, pero su mirada no la dejó ni un segundo.

—Nos vemos el sábado —dijo Logan con convicción antes de encaminarse hacia la puerta con paso ligero, y desaparecer tras el umbral.

Cuando cerró la puerta, Hannah murmuró:

—Genial. Perfecto. Ahora aparece en mi trabajo. ¿Qué podría salir mal?

Luego miró el folleto una vez más.

Y, aunque intentó evitarlo…

sonrió.

***

Natalie salió por la puerta trasera de la pastelería y una ráfaga de aire frío la golpeó de lleno. Se subió el cuello del abrigo y avanzó por el callejón con paso decidido. Había pasado todo el día

intentando concentrarse en recetas, clientes y postres, pero cada vez que pensaba en él… toda su atención se desmoronaba. Y como si le hubiera convocado con el pensamiento, la camioneta de Grayson dobló la esquina.

Aparcó despacio, las luces se apagaron y el motor quedó en silencio. Natalie sintió que el corazón se le desplazaba de lugar cuando Grayson salió del vehículo con paso seguro, encogiéndose ligeramente por el frío mientras subía el cuello de su chaqueta. Aun así, el cabello despeinado y la camisa asomando bajo el abrigo le daban un aire despreocupado, de hombre que no intenta impresionar… y aun así lo conseguía.

—¿Llego a tiempo? —preguntó él con tono divertido.

—Depende para qué —replicó Natalie, juguetona—. La pastelería ya está cerrada.

—¿Y de verdad crees que vine a por uno de tus dulces? —dijo Grayson, dando un paso hacia ella.

—¿Entonces para qué viniste? —preguntó Natalie, con una sonrisa en los labios mientras lo retaba.

—Porque no podía pasar ni un segundo más sin verte. El día ha sido una eterna tortura sin poder tenerte —confesó Grayson, con sinceridad en la voz y un brillo intenso en los ojos.

A unos metros, más oculto de lo que ellos podían imaginar, un coche permanecía en silencio, con las luces apagadas. La mirada del conductor estaba clavada en ellos, fija y calculadora, acechando cada uno de sus movimientos en la oscuridad de la noche.

Grayson levantó una mano y le acomodó suavemente un díscolo mechón de su pelo detrás de la oreja. Su pulgar rozó su mejilla, en una caricia tan suave que hizo que su cuerpo se estremeciera.

—¿Estás bien? —preguntó él, atento.

Natalie respondió en un susurro que casi no reconoció como propio:

—Sí. Contigo… sí. Y no quiero irme a casa todavía —confesó, bajando la mirada.

Grayson inspiró hondo antes de hablar.

—Y yo no quiero que te vayas —dijo él en voz baja, ronca y completamente honesta.

Grayson la tomó de la cintura con suavidad y la besó; no fue un beso impulsivo, , sino lento, cálido y profundamente tierno, que pareció detener el tiempo a su alrededor.

Natalie respondió con un suspiro entrecortado, aferrándose a la tela de su chaqueta. El mundo desapareció a su alrededor: no había callejón, ni farola, ni pasado, ni dudas.

Solo él. Solo ese instante.

Cuando se separaron, ambos respiraban aceleradamente, con la necesidad palpable de sus cuerpos y sus almas.

—Arriba está el piso del señor Taylor —susurró Natalie, sin saber muy bien por qué lo decía.

—¿Quieres que…? —indagó él.

Ella asintió con un gesto de cabeza y una sonrisa nerviosa en los labios.

Él tomó su mano para tirar de ella hasta las escaleras exteriores que llevaban al antiguo apartamento del señor Taylor, ahora prácticamente desocupado salvo por unos muebles viejos y el olor a madera antigua.

A mitad de camino, Grayson tiró suavemente de su mano y la hizo girar hacia él.

—Natalie —susurró—. No tienes ni idea de lo que significas para mí.

Ella no respondió con palabras, simplemente lo besó.

Desde el coche estacionado a poca distancia, Lee Sullivan apretó el volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Descubrir a su hermana, de la mano de Grayson Gallagher, sonriendo, besándolo y subiendo las escaleras hacia el apartamento, dejaba claro algo que él no quería aceptar.

CAPÍTULO 20

Unos días después

El amanecer sobre el rancho Gallagher tenía un brillo frío, casi metálico. El aire olía a tierra húmeda y a pino, mezclado con el aroma lejano del café recién hecho en la cocina. Los trabajadores iban y venían entre los establos, preparando la jornada. Era una mañana normal, como cualquier otra.

Lee Sullivan aparcó su camioneta con un frenazo seco que levantó polvo. Bajó del vehículo despacio, con los hombros rígidos y la expresión endurecida por una mezcla peligrosa: confusión, miedo y furia. Apenas podía pensar, trabajar o hacer cualquier cosa que no fuera revivir la imagen de su hermana subiendo las escaleras laterales del edificio, de la mano de Grayson Gallagher, riendo… y luego besándolo antes de entrar juntos al apartamento. Aquella escena se había repetido durante varias noches en su cabeza. Como una puñalada. Y ahora estaba allí, con la necesidad de pedir explicaciones… o, más bien, exigirlas.

Cruzó el patio a zancadas largas, ignorando a quienes lo saludaban. Su mirada buscaba un solo objetivo. Grayson estaba junto al granero, revisando unas herramientas. Tenía el gesto tranquilo de quien empieza un día como cualquier otro… hasta que vio a Lee. La expresión de Grayson cambió sutilmente: una alerta silenciosa, una tensión nueva, un reflejo instintivo de prepararse para una tormenta inesperada. Dejó lo que estaba haciendo y se aproximó a él.

—Lee, no esperaba verte por aquí —confesó con sinceridad.

—Yo tampoco esperaba tener que pisar el rancho de los Gallagher —respondió Lee, sin acercarse demasiado—. Pero necesito hablar contigo.

Grayson se enderezó, y alzó su mirada para encontrarse con la de Lee.

—Está bien. Hablemos.

El silencio se instauró entre ellos durante un breve instante. El ruido del rancho se volvió lejano: cascos de caballos, un martillo

golpeando madera, el viento moviendo las ramas.

Lee apretó la mandíbula antes de animarse a hablar.

—Os vi la otra noche en el pueblo a mi hermana y a ti —afirmó directo.

Grayson le sostuvo la mirada, firme, sin evasivas.

—¿Ah, sí, y? —cuestionó.

— Vi cómo entrabais en el apartamento de Taylor —la voz de Lee se endureció—. Y… vi lo que pasó antes.

Un músculo en la mejilla de Grayson se tensó, pero no dio un paso atrás.

—Entiendo —respondió con calma—. Entonces ya sabes que Natalie y yo…

—¡No digas su nombre! —estalló Lee, dando un paso hacia él.

Grayson no se movió. Ni siquiera parpadeó.

Lee continuó, respirando con dificultad:

—Lo que sea que estás haciendo con ella, Gallagher, se va a acabar hoy. No pienso permitir que metas a mi hermana en uno de tus… —buscó la palabra, desbordado— …jaleos de faldas. O lo que sea que hagas con las mujeres de este pueblo. Tú no eres para ella.

Grayson respiró hondo, sin perder la compostura.

—Eso no lo decides tú.

—¡Claro que sí! —bramó Lee—. Porque soy quien estará ahí cuando la dejes tirada, cuando le hagas daño, cuando se dé cuenta de que cometió un error enorme al confiar en alguien como tú.

Las palabras golpearon a Grayson más fuerte de lo que esperaba.

—No voy a hacerle daño —dijo, sin elevar la voz—. Nunca. La respeto más que a nadie que haya conocido.

—¡Lo que tú digas! —bufó Lee con furia—, pero quiero que te alejes de ella.

El viento arrastró un par de hojas secas entre ellos. Entonces Grayson, con una serenidad que contrastaba violentamente con el temblor de Lee, habló:

—Tienes todo el derecho a preocuparte por tu hermana —su voz era sincera, limpia—. Pero no tienes derecho a decidir por ella.

—Soy su hermano. Y sé lo que es mejor para ella.

Grayson negó lentamente con la cabeza, clavando la mirada en Lee.

—Eres su hermano, sí. Pero eso no significa que ella te pertenezca. Natalie es libre de decidir su destino… y no pienso apartarme de ella. —Su voz era firme, y cada palabra mostraba un límite que no estaba dispuesto a cruzar.

Lee apretó la mandíbula, con los puños temblándole de rabia.

—¿Libre para cometer errores? —escupió Lee con la voz cargada de furia.

—Libre para amar —respondió Grayson.

—¿Qué sabes tú de eso? —se burló Lee.

—Más de lo que piensas, quiero a Natalie —confesó.

Lee respiró hondo, sintiendo cómo el conflicto entre el miedo y la ira le ardía en el pecho. Finalmente, murmuró, con la voz rota por la tensión:

—Si la lastimas… te juro, Gallagher, no voy a quedarme quieto.

Los ojos de Lee brillaron con rabia y un miedo que no quería admitir. Sin más, giró sobre sus talones, sus pasos resonando con dureza sobre el suelo de tierra hasta llegar a su camioneta. Encendió el motor con un fuerte rugido y se marchó, dejando atrás un aire cargado de tensión.

Grayson se quedó allí, con los hombros firmes y la mirada fija en la distancia. Una determinación silenciosa lo recorrió por completo. Porque si algo había quedado claro esa mañana era que: Natalie valía el riesgo de enfrentarse a Lee Sullivan y al mundo entero.

Había ido al rancho impulsado por un instinto que ni él mismo entendía del todo. Llevaba noches sin dormir, observando cómo su hermana se escabullía, inventando excusas para verse con ese tipo. Y ahora, la conversación con Grayson no había hecho más que avivar un incendio.

Grayson había aguantado el tipo. Se había mantenido tranquilo, paciente y seguro mientras confesaba sus sentimientos.

«La quiero» había dicho sin miedo.

Una frase tan simple. Tan clara. Tan imposible de procesar para Lee.

Ahora la repetición constante de esa declaración alimentaba una inquietud creciente que ardía en el centro de su pecho.

—La quiero. La quiero —masculló para sí, golpeando el volante con la palma—. No es suficiente para mí.

Tomó una curva cerrada y aceleró más de lo necesario. Las ruedas levantaron pequeñas piedras y el motor rugió, impaciente como su ánimo. El camino estaba casi vacío, flanqueado por pinos altos que se mecían con el viento.

Lee intentó fijar la mirada en el camino, obligándose a dejar atrás el torbellino mental que lo atormentaba, cuando un destello color turquesa irrumpió de pronto desde el margen derecho.

Una bicicleta. Una figura delgada, ágil. Raylee.

El corazón de Lee se contrajo antes de que su mente alcanzara a formular un pensamiento coherente. Instintivamente pisó el freno, demasiado brusco, demasiado tarde. Las ruedas chirriaron, el coche patinó unos metros y la bicicleta trató de virar, pero el manillar tembló entre las manos de Raylee. El impacto sonó como un puñetazo seco contra una roca. Y el silencio que siguió fue insoportable.

Lee salió del coche casi tambaleándose y corrió hacia ella. La bicicleta yacía a unos pasos, una de las ruedas girando lentamente como un reloj sin agujas. Raylee estaba de lado, respirando con agitación, con un hilo de sangre descendiendo desde la sien.

—Raylee… —murmuró Lee, arrodillándose sin tocarla todavía —. ¿Me escuchas?

La joven abrió los ojos, aturdida, buscándolo con la mirada como si necesitara reencontrarse con la realidad.

—Creo que… me caí —susurró, y la fragilidad en su voz le perforó el alma.

Lee tragó saliva, intentando mantener la calma.

—Sí… te caíste, pero estás consciente. Eso es lo importante. No te muevas, ¿de acuerdo? Todo va a ir bien.

Raylee asintió con lentitud, llevándose la mano instintivamente hacia la frente. Él la detuvo con cuidado, temiendo agravar cualquier lesión.

Instintivamente, Lee sacó el móvil del bolsillo, con las manos temblorosas, y escribió un mensaje rápido:

"Raylee se cayó en la carretera. Necesitamos ayuda. Grayson, ven rápido."

No esperó respuesta, debía ocuparse de Raylee.

Minutos después, entre los pinos, se escuchó el sonido de cascos de caballos y voces: Dakota y Grayson aparecieron. El rostro de Dakota estaba desencajado por el miedo y la urgencia. Grayson la seguía de cerca, estaba rígido, intentando dominar la tensión que se acumulaba en su cuerpo.

—¡Raylee! —gritó Dakota mientras bajaba de su caballo, tropezando, pero sin perder el ritmo de la carrera hacia su hija—. Estoy aquí, amor, todo va a estar bien.

Se arrodilló a su lado y la atrajo contra sí, palpando cuidadosamente la herida mientras la tranquilizaba. Raylee sollozó, esta vez refugiada en los brazos de su madre.

—¿Está consciente? —preguntó Grayson, sin apartar los ojos de su hermana y su sobrina.

—Sí —respondió Lee, con la voz temblorosa—. No parece grave, pero recibió un golpe en la cabeza.

Grayson se agachó junto a Raylee y deslizó sus dedos suavemente por el borde de la herida, evaluando la situación.

—Tenemos que llevarla al hospital —dijo con firmeza—. No la movamos demasiado, pero no podemos esperar.

Dakota asintió, tratando de mantener la compostura, y levantó la vista hacia Lee con una mezcla de confusión y dolor silencioso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin poder contenerse.

—Ella salió de repente… —contestó Lee con la voz quebrada —. Yo… no la vi a tiempo.

—Eso ahora no importa —intervino Grayson—. Vamos, tenemos que irnos —añadió mientras se acercaba al coche de Lee y abría una de las puertas.

Lee ayudó a Dakota a acomodar a Raylee en el asiento, manteniéndola erguida con extremo cuidado. La joven respiraba entrecortadamente, aún estaba asustada. Dakota no dejó de acariciarle el cabello, murmurándole palabras suaves, como si su voz pudiera mantenerla tranquila y despierta.

Lee corrió hacia el asiento del conductor, pero antes de subir se detuvo un instante. Miró a Dakota, luego a Raylee y, por último, a Grayson, que regresaba después de dar unas palmadas en el lomo de los caballos que los habían llevado hasta allí, indicándoles que volvieran al rancho.

—Lo siento —susurró—. De verdad lo siento.

No esperaba respuesta, y no la recibió. Grayson simplemente cerró la puerta trasera con cuidado, evitando cualquier brusquedad que pudiera asustar a Raylee, y luego ocupó el asiento del copiloto.

—Conduce —dijo, con la mandíbula tensa, mirando al frente.

Lee asintió, encendió el motor y arrancó. Sus hombros rígidos y los dedos tensos sobre el volante delataban la culpabilidad que le consumía. El silencio dentro del coche era un hilo tenso que nadie se atrevía a romper. Solo se oían los sollozos apagados de Raylee, el murmullo constante de Dakota intentando calmarla y el motor subiendo de tono mientras avanzaban hacia el pueblo a toda velocidad.

—Duele… —susurró Raylee débilmente.

—Lo sé, amor. Ya casi llegamos. Te van a cuidar. Todo va a estar bien.

Lee conducía rígido, con la mirada anclada en la carretera. Cada vez que el recuerdo del impacto regresaba, un latigazo de dolor le atravesaba el pecho. En un momento dado, Dakota levantó la vista hacia el espejo retrovisor, buscando los ojos de Lee. Él tardó un segundo en corresponderle, pero cuando sus miradas se encontraron, algo en la tensión del momento pareció disminuir. En la mirada de Dakota había un mensaje silencioso: no le culpaba; había sido un accidente.

—Solo llega rápido, Lee —dijo Dakota con voz baja pero firme —. Eso es lo único que importa ahora.

Él asintió con un gesto de cabeza, pisando un poco más el acelerador.

Finalmente, el hospital apareció al final de la calle. Lee aparcó frente a urgencias. Grayson ya estaba fuera, abriendo la puerta trasera para ayudar a Dakota a bajar con Raylee en brazos. Una enfermera se acercó corriendo, empujando una camilla. Dakota permitió que trasladaran a su hija, pero sin soltarle la mano ni un segundo.

Mientras se perdían en el interior del edificio, Lee permaneció unos segundos junto al coche, inmóvil, respirando hondo, intentando contener el temblor que aún recorría sus manos. El peso del accidente lo aplastaba, pero sabía que no podía derrumbarse hasta asegurarse de que Raylee estuviera bien. Luego entró tras ellos en silencio, con todo el peso del mundo sobre sus hombros.

CAPÍTULO 21

El punto de encuentro estaba justo donde el asfalto se estrechaba y la carretera cedía paso a la senda de tierra que subía hacia las colinas. A esa hora de la mañana, el aire olía a pino, a humedad y a algo que Hannah no supo identificar. Ajustó la correa de su mochila, respiró hondo y se repitió que solo era una excursión. Solo una caminata.

Lo vio antes de que él la viera.

Logan estaba inclinado sobre el maletero de su camioneta, revisando cuerdas, mosquetones y un pequeño botiquín. El sol de la mañana le caía justo en la nuca, encendiendo reflejos cálidos en su cabello castaño y delineando la firmeza de sus hombros bajo la camiseta térmica.

—¡Hannah! —su voz la sobresaltó—. Pensé que te habías echado atrás.

—Llegar tres minutos tarde no cuenta como echarse atrás —replicó ella, acercándose.

Logan bajó la vista a sus pies.

—Ajá… —murmuró—. Esas no son botas de senderismo.

—Son… semibotas —replicó Hannah con las mejillas encendidas por la vergüenza. No había encontrado nada mejor en su armario.

Él saboreó la palabra con una sonrisa traviesa.

—¿Semibotas? ¿Eso qué significa? ¿Qué solo te acompañan hasta la mitad del camino?

—Significa que sirven —dijo ella, firme—. Y no pienso comprarme unas nuevas para un solo día.

—Podrías haber dicho que querías parecer *cool* y nos habríamos ahorrado tiempo.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Tenemos que empezar así?

—No, pero es divertido —respondió él, recogiendo el equipo —. ¿Lista?

Hannah asintió, aunque por dentro pidió refuerzos a cualquier fuerza universal disponible. Cuando él le ofreció una de las mochilas, la rechazó.

—No, no. Ya llevo la mía.

—Tu bolso —corrigió él.

—Mi mochila.

—Hannah… una mochila donde cabe un libro, un paquete de pañuelos y un estuche no es una mochila de excursión.

Ella irguió los hombros con dignidad.

—La educación es mi arma. No necesito otra cosa.

—Perfecto —rio Logan mientras se colocaba la suya, profesional y enorme—. Si un puma nos ataca, tú le lanzas una ficha de lectura.

Hannah decidió no responderle, pero lo siguió sin quejarse. El sendero se abrió paso entre árboles altos que filtraban la luz en haces dorados. Tras unos minutos de silencio, Logan habló con una suavidad que no esperaba.

—Gracias por venir.

Ella carraspeó.

—Gracias por invitarme.

—A la mayoría le parecería una tortura madrugar un sábado para caminar cuesta arriba.

—La mayoría no trabaja con treinta niños todos los días —respondió—. Esto es… relajante.

La risa breve de él la estremeció más de lo que habría admitido.

—Me gusta tu energía. Tienes esa mezcla de sarcasmo y… honestidad. Es refrescante.

Hannah desvió la mirada hacia el bosque, incómoda y halagada a la vez.

—No soy refrescante. Soy práctica.

Caminaron un rato más. Luego Logan se detuvo junto a una roca amplia.

—Vamos a probar algo simple —dijo—. Quiero que veas cómo funcionan las presas y dónde apoyar el peso.

Ella lo miró con desconfianza.

—Me prometiste que no haríamos nada peligroso.

—Y esto no lo es. A menos que escales de espaldas o con los ojos cerrados.

Hannah suspiró con dramatismo, aceptando su destino.

Logan se colocó detrás de ella, lo bastante cerca para que Hannah sintiera la presencia de su cuerpo como un calor tenue en la espalda. Ella percibió cada centímetro de distancia que los separaba, cada exhalación contenida, cada pequeño cambio en el aire entre los dos.

—Pon el pie aquí —murmuró él, inclinándose lo justo para señalar la saliente. Su voz rozó su oído como un roce casi involuntario—. Eso es… Y ahora la mano aquí.

Hannah obedeció, consciente de la forma en que él la observaba, del cuidado con el que la guiaba sin tocarla. Logró elevarse un poco; no era gran cosa, apenas un par de metros, pero el simple hecho de estar colgada a esa altura le encendió un orgullo inesperado… y algo más, algo que le aceleró el pulso.

—¡Mira eso! —celebró Logan—. Ya eres más aventurera que la mitad del pueblo.

Hannah bajó cuidadosamente.

—Por favor, elógiame más. Estoy intentando que no se me note el pánico.

La risa genuina de él la contagió, ligera como un soplo de aire.

Retomaron el camino. El bosque se abría ahora hacia una zona más alta y despejada. Logan alzó la mirada al cielo y frunció el ceño.

—Mm.

Hannah lo observó con inquietud.

—¿Mm qué?

—Ese «mm» significa que no me gusta cómo se están formando esas nubes —dijo, señalando hacia el oeste—. No debería haber tormenta hoy… pero el viento está cambiando.

Ella siguió su mirada: nubes grises, compactas, avanzando con sigilo.

—¿Y eso es malo? —preguntó, intentando sonar tranquila.

—No… por ahora —respondió él—. Caminemos un poco más y veremos.

Pero mientras avanzaban, Hannah notó cómo Logan volvía a mirar el cielo cada pocos minutos, como si leyera en firmamento un lenguaje que ella aún no podía descifrar.

***

La sala de urgencias olía a desinfectante y al inconfundible aroma estéril de los hospitales. Las luces frías hacían relucir el suelo encerado, y cada movimiento parecía resonar con una nitidez incómoda, incluso por encima del bullicio constante que llenaba el lugar.

Lee estaba sentado en una de las sillas del pasillo, con los codos apoyados en las rodillas y el teléfono pegado a la oreja. Tenía la voz quebrada, su respiración era irregular, y en su mente una frase se repetía sin tregua: «No la vi. No la vi. No la vi».

Cuando Natalie contestó, una punzada de alivio le recorrió el pecho.

—Lee… ¿qué pasa?

—Natalie… he tenido un accidente —logró decir, tragando aire, que ardía en su garganta—. Raylee… salió con la bici y… yo… yo no pude frenar a tiempo.

—¡¿Qué?! —hubo un silencio que a Lee le pareció interminable—. Dime que está viva. ¡Dímelo, Lee!

—Sí —respondió al instante, aferrándose a la única certeza que no le desgarraba—. Está consciente. Pero… todavía le están haciendo pruebas.

Cuando Natalie habló, su voz adquirió una firmeza que reservaba para las pocas veces en que su hermano realmente la necesitaba.

—Escúchame. Voy para allá ahora mismo —sentenció antes de colgar.

Lee se quedó sosteniendo el teléfono con ambas manos, como si fuera lo único que lo mantenía en pie, y rezó para que su

hermana llegara cuanto antes, sintiéndose de pronto más pequeño que nunca.

A unos metros de distancia, Dakota estaba sentada en otra fila de sillas. Miraba fijamente una de las puertas dobles que daban acceso a la sala de exploración. A ratos, estiraba las piernas, a ratos las volvía a recoger; no sabía dónde ponerlas, ni dónde poner el miedo.

Grayson, sentado a su lado, intentaba mantener la calma, aunque su pierna golpeaba el suelo con un ritmo constante, traicionando su nerviosismo. Llevaba el sombrero entre las manos, retorciéndolo sin darse cuenta.

—¿Crees que tardarán mucho? —preguntó Dakota en un susurro, sin apartar la mirada de la puerta.

Grayson negó con la cabeza, aunque no tenía ninguna certeza.

—Le estarán haciendo pruebas para asegurarse de que está bien, eso es lo importante —dijo, pero su voz no lograba ocultar la tensión que atenazaba su cuerpo. Adoraba a su sobrina, y pensar que algo malo le podía suceder abría un hueco hondo y oscuro en su pecho.

Dakota asintió, apenas.

—Raylee es fuerte… —intentó convencerse, más que a él—. Siempre ha sido fuerte.

Grayson la miró de reojo.

—Lo sé, es una Gallagher —afirmó Grayson, intentando ofrecerle a su hermana el apoyo que parecía necesitar—. Respira, Dakota. Solo… respira.

Ella lo intentó: inhaló, exhaló, deseando que su respiración recuperara un ritmo normal. Entonces vio a Lee, encorvado en su silla, todavía aferrando el teléfono con ambas manos. Su expresión era devastadora: culpa, miedo y una vulnerabilidad que rara vez permitía que otros vieran. Dakota sintió compasión por él y, por un instante, su propio pánico quedó eclipsado.

—Él no va a poder con esto solo —murmuró.

Grayson siguió la dirección de su mirada y clavó los ojos en Lee.

—Nadie podría —respondió con firmeza—. Vamos.

Dakota respiró hondo y lo acompañó.

Cuando se situaron frente a él, Lee levantó la vista. Tenía los ojos rojos, como si hubiese estado conteniendo el llanto a base de pura fuerza de voluntad.

—Lee… —susurró Dakota, arrodillándose frente a él antes de pensarlo siquiera—. ¿Cómo estás? —preguntó con suavidad.

Él se quedó un segundo desconcertado por su gesto, incapaz de ocultar la sorpresa. Luego se pasó una mano por la cara, como intentando recomponerse.

—Yo… —tragó saliva—. No la vi, Dakota. Iba tan rápido… y ella… ella salió de la nada. Lo siento tanto.

Grayson se inclinó un poco y apoyó una mano firme en su hombro.

—Fue un accidente, Lee. Un maldito accidente. No tienes por qué culparte.

Lee bajó la mirada, como si las palabras de Grayson rebotaran contra un muro imposible de derribar: la culpa.

Dakota iba a decir algo más cuando el sonido de pasos acelerados los obligó a girarse. Era Natalie, con el rostro desencajado y las llaves del coche aún aferradas entre los dedos.

Lee se incorporó de golpe, como si una corriente eléctrica lo atravesara.

—Natalie…

Ella llegó hasta él sin frenar y lo envolvió en un abrazo urgente, casi desesperado.

—¿Cómo está Raylee? —preguntó, con la voz temblorosa.

Lee tragó saliva y señaló hacia la zona de *boxes* con un gesto de cabeza.

—Aún le están haciendo pruebas.

Natalie lo soltó, pero mantuvo las manos en sus brazos, como si temiera que se derrumbara si dejaba de sostenerlo.

—Dime que está bien.

Lee abrió la boca, pero ninguna palabra consiguió salir de sus labios.

Fue Grayson quien habló, con un tono firme y medido.

—Se mantuvo consciente todo el camino —dijo, mirándola directamente, sabiendo que ese contacto visual era más importante de lo que cualquiera imaginaba—. Ahora la están evaluando. Tranquila, todo va a salir bien.

Natalie cerró los ojos un instante. Confiaba en él. Incluso antes de permitir que ese sentimiento prohibido entre ambos tomara forma. La mirada que compartió con Grayson duró apenas un segundo… pero fue suficiente para aliviar su desasosiego.

—Sí, todo va a salir bien —repitió, como si pronunciando esas palabras en alto se fueran a cumplir.

En ese momento una enfermera, con el uniforme aún impecable pese al caos de la sala, salió por la puerta abatible. Observó a su alrededor hasta que localizó al grupo y se acercó.

—¿Familia de Raylee Baker? —preguntó.

—Yo soy su madre —respondió Dakota, dando un paso al frente.

La enfermera mostró una sonrisa profesional y tranquilizadora.

—Pueden pasar. Está estable y pregunta por ustedes.

Lee soltó el aire como si lo hubiese estado conteniendo durante horas. Natalie sintió que el nudo que tenía en el pecho se aflojaba. Grayson inclinó la cabeza, agradecido en silencio.

CAPÍTULO 22

No habían avanzado ni un kilómetro cuando el aire cambió.

Primero fue un escalofrío: una ráfaga breve pero tensa que levantó hojas del suelo, como si el bosque intentara advertirles. Luego llegó el olor a tierra mojada, esa señal inequívoca que siempre precedía al primer trueno.

Hannah se abrazó a sí misma, aunque no tenía frío. Logan se detuvo, entornando los ojos hacia el oeste.

Las nubes habían crecido. Demasiado. Y mucho más rápido de lo razonable.

—Bien —dijo, llevándose las manos a la cintura—. Cambio de planes.

—¿Qué clase de cambio? —preguntó Hannah, con la voz un poco más aguda de lo que pretendía.

—Uno que implica darnos prisa. Necesitamos encontrar refugio. La tormenta viene más rápido de lo que pensaba.

Hannah tragó saliva.

—¿Cuánto más rápido?

Un trueno respondió por él. Lejano, sí, pero lo bastante profundo como para sentirlo en los huesos.

—Genial —murmuró ella—. Maravilloso. Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Hannah.

Ella lo miró.

—Confía en mí —dijo Logan con calma—. No va a pasar nada malo.

Y empezó a caminar con paso firme por un desvío que se internaba entre árboles más viejos y cerrados. Hannah apresuró el paso para seguirlo.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras sorteaba una raíz sobresaliente.

—Hay un refugio antiguo más arriba —explicó Logan—. Lo usaban cazadores locales. Está un poco apartado, pero es seguro.

—¿Seguro de qué? ¿De la lluvia? ¿Del viento? ¿De osos? ¿De mi ansiedad?

—Diría que sí a todo —respondió él sin perder el ritmo.

Otro trueno desgarró el cielo, más cercano que el anterior y las primeras gotas cayeron.

—Ay, no —murmuró ella, acelerando el paso—. ¡No, no, no! ¡Odio correr en pleno monte!

—No estamos corriendo —replicó él mientras subía un tramo estrecho.

La lluvia estalló de golpe, como si las nubes se hubieran rendido a su propio peso. En segundos estaban empapados, el suelo resbalaba, y el viento agitaba ramas y polvo en todas direcciones.

Hannah se ajustó el gorro del abrigo, inútilmente; estaba calada hasta los huesos.

—¡Odio todo esto! —gritó.

—¡Lo estás haciendo genial! —le respondió él, divertido.

—¡No estoy hecha para aventuras extremas!

—¡Esto ni siquiera cuenta como una aventura!

—¡¿Qué sería entonces una extrema, Logan?! ¿¡Ser perseguida por una bola gigante como en Indiana Jones?! —vociferó, incapaz de contenerse.

La carcajada que soltó él fue tan explosiva que por un segundo la tormenta pareció menos amenazante.

Ascendieron como pudieron, con Logan ayudándola cada vez que el barro traicionaba su equilibrio. Cuando resbalaba, él estaba allí: sujetándole el brazo, estabilizándola por la cintura, guiándola sin pensarlo.

Cuando por fin alcanzaron una pequeña planicie entre los árboles, apareció entre las sombras una estructura de madera oscura, vieja pero sólida: el refugio.

—Gracias —susurró ella al cielo sin tener claro si hablaba con Dios, con el bosque… o con Logan.

Corrieron hacia la puerta. Logan la empujó con el hombro; la madera cedió con un crujido profundo. Entraron justo cuando un relámpago partió el cielo con un destello blanco.

El interior estaba oscuro, pero el lugar parecía seco.

Logan cerró la puerta con fuerza, la atrancó con una tabla, y luego sacó de su mochila una linterna que dejó sobre la mesa.

Hannah se dejó caer en un banco de madera junto a la chimenea apagada. Las piernas le temblaban por el esfuerzo, y notó cómo el agua que empapaba su cabello le resbalaba por el rostro. Apoyó la espalda contra la pared, sintiéndose completamente derrotada.

—Estoy agotada —jadeó, cerrando los ojos apenas un segundo.

—Si no ha sido para tanto, solo hemos andado unas cuantas horas, y hasta hemos tenido tiempo de comer unos bocadillos —replicó Logan, divertido, mientras se pasaba ambas manos por el cabello empapado, sacudiendo gotas que salpicaron el suelo. El gesto era tan despreocupado que le irritó… y la alivió al mismo tiempo.

—Ja. Ja. Ja. —Ella levantó un dedo tembloroso—. Quiero que conste que no te estoy hablando porque hayas encontrado un refugio. Te estoy hablando porque no tengo fuerzas para discutir.

Logan soltó una risa baja, y apoyó su trasero en la mesa, evaluándola con una mezcla de preocupación y ternura que no intentó disimular.

—Estás empapada —observó, recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

—Lo sé —respondió ella sin levantar la vista.

—Vas a coger frío.

—También lo sé —murmuró, abrazándose a sí misma.

—Tengo una manta térmica —dijo él mientras rebuscaba en el interior de su mochila, moviéndose con calma metódica.

Hannah lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Esta es una táctica para que me quite la ropa? —preguntó con voz ronca, aunque en su mirada había un brillo de humor.

—Hannah —respondió él con una expresión entre cómica e inocente—. Apenas logro que confíes en mis consejos sobre tus botas. ¿De verdad crees que tengo la autoestima tan alta?

Ella soltó una carcajada seca.

Logan le tendió la manta y una muda seca que había sacado de su mochila.

—Cámbiate —dijo con suavidad—. Yo, mientras, encenderé la chimenea.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el hogar, donde comenzó a apilar los troncos que estaban apilados a un lado.

Hannah se dio la vuelta y se cambió rápidamente, con los dedos torpes por el frío. La sensación de la camiseta seca sobre la piel le arrancó un suspiro involuntario. Luego se envolvió en la manta y regresó al banco, esta vez tiritando un poco menos. Logan ya había logrado encender el fuego y se estaba incorporando.

Él la miró por encima del hombro, casi con cautela.

—¿Mejor? —preguntó, estudiando su rostro.

—Un poco. ¿Y tú? —respondió ella, arqueando una ceja.

—Estoy bien —dijo él mientras se quitaba la ropa húmeda, quedándose con el torso al descubierto, apenas en ropa interior. Después se cubrió con otra manta y se sentó junto a ella en el banco.

Hannah tragó saliva con torpeza al notar su cercanía. Dispuesta a no dejarse afectar, habló primero.

—Deberíamos… no sé… hablar del tiempo —balbuceó, incapaz de sostenerle la mirada.

Logan señaló la tormenta, a través de la ventana, con un leve movimiento de cabeza.

—Pues ahora mismo, el tiempo dice que tendremos que pasar la noche aquí —murmuró con su calma habitual.

Hannah abrió los ojos de par en par; con el pánico reflejado en ellos.

—¿Cómo que la noche?

—La tormenta no va a amainar hasta muy tarde —explicó Logan sin endulzar la verdad—. Y bajar con el suelo así, en medio de una cortina de agua, sería peligroso. No pienso arriesgarme.

Ella se pasó la mano por la frente, agotada.

—Esto es una pesadilla —confesó, sin poder contenerse.

—Podría ser peor —respondió él, mirando las llamas zigzagueantes.

—¿Cómo? —preguntó ella, ladeando la cabeza.

—Podrías estar sola.

—¿Y contigo estoy mejor? —susurró Hannah, en un murmullo desafiante.

—Sí —afirmó Logan con seguridad—. Conmigo estás mejor.

Hannah sintió un temblor inexplicable subirle por la columna. No sabía si era el frío… o la proximidad de él.

—Pues… no lo sé —titubeó—. Quizá sería mejor que tuviéramos un poco más de espacio.

Logan arqueó una ceja, como si evaluara sus palabras… y de pronto asintió con un gesto de cabeza y se levantó.

—Tienes razón. Entonces pasaré la noche fuera.

Hannah lo miró, completamente desconcertada.

—¿Qué…? ¿Fuera, dónde?

—Afuera —repitió él, encogiéndose de hombros, como si fuera lo más lógico del mundo.

Se inclinó hacia el suelo y empezó a recoger su ropa mojada.

Hannah tardó un segundo en comprender lo que estaba sucediendo.

—No —dijo, con la voz más alta de lo que pretendía—. No puedes estar hablando en serio.

—Claro que sí. Si quieres espacio, te lo doy —respondió Logan con esa serenidad que la ponía de los nervios. Empezó a estirar la camiseta empapada entre las manos, como preparado para ponérsela.

—¡Deja de decir tonterías! —exclamó Hannah, incorporándose de golpe—. Te vas a congelar ahí fuera.

—Un poco —admitió Logan con tono neutro mientras se pasaba la tela húmeda por el hombro, tanteando el frío—. Pero si te hace sentir más cómoda…

—¡No me hace sentir más cómoda! —interrumpió ella con nerviosismo—. ¿Cómo crees que voy a dormir sabiendo que estás afuera pasando frío, con esa tormenta…?

Él detuvo el movimiento justo antes de ponerse la camiseta por completo. Luego alzó la vista hacia ella, muy despacio.

Y una sonrisa descaradamente divertida, empezó a dibujarse en sus labios.

—Entonces… ¿prefieres que me quede aquí? —preguntó, dejando caer la prenda mojada sobre el suelo.

Hannah se quedó paralizada ante su reacción.

—Tú… ¡me estabas tomando el pelo! —logró decir, indignada.

—Solo estaba comprobando algo —respondió Logan con un brillo travieso en los ojos mientras volvía a sentarse a su lado.

Ella apretó la manta contra su pecho como si necesitara un escudo.

—Pues no tiene gracia —murmuró, aún con el corazón acelerado.

—A mí me ha parecido bastante gracioso —admitió él.

Hannah giró la cabeza para lanzarle una mirada fulminante… pero, en cuanto cruzó sus ojos con los de él, la furia se deshizo en el aire. No había burla real en su expresión, solo un afecto cálido, casi protector, que la desarmó sin esfuerzo.

—Eres imposible —suspiró.

—Lo sé —respondió Logan, apoyando la espalda contra la pared de madera—. Pero sigo aquí. Y no pienso dejarte sola.

El viento aulló afuera, golpeando la cabaña como si quisiera entrar. Hannah se estremeció de forma instintiva, y Logan, se acercó a ella, pero sin invadir su espacio personal, el espacio justo para que ella sintiera menos frío: la sensación tranquilizadora de no estar sola.

Y por primera vez desde que habían entrado en aquella cabaña inhóspita, el silencio entre ambos no fue incómodo, sino extraño y suavemente acogedor.

***

El reloj del pasillo marcaba una hora indefinida, una de esas en las que el cansancio hacía que todo se moviera más lento. Los fluorescentes zumbaban con un brillo casi impertinente y molesto. Natalie regresaba del baño con paso cansado. Había logrado convencer a Lee de que se fuera a casa, ya que Raylee estaba estable y solo permanecería una noche en observación. Sabía que

ella también debería haberse ido, pero era incapaz de dejar solos a Dakota y Grayson.

Sin embargo, al girar la esquina, algo había cambiado en el ambiente. Había alguien más allí: Maverick Gallagher.

Estaba plantado frente a la puerta de la habitación de Raylee, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mandíbula tensa. Su postura imponente bastaba para que cualquiera evitara pasar demasiado cerca de él. Era como un viejo roble, duro, ancho y lleno de nudos.

En cuanto vio a Natalie, su expresión se ensombreció.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —soltó sin tan siquiera saludar.

Natalie se detuvo en seco, sintiendo un vuelco en el estómago.

—Vine a ver cómo está Raylee —respondió con la mayor calma posible, intentando no encogerse bajo su mirada.

Maverick resopló como si su respuesta fuera un atrevimiento.

—Esto no tiene nada que ver contigo. Ni con tu hermano. —Su voz sonó cortante—. Los Sullivan ya han hecho suficiente daño por hoy.

—Mi hermano no quiso…—intentó justificarse, pero Maverick no le permitió terminar la frase.

—No me interesa lo que tu hermano diga o deje de decir —interrumpió Maverick, avanzando un paso hacia ella—. Vete. No eres bienvenida aquí.

Natalie estaba a punto de responder… o de marcharse, no lo sabía aún, cuando la puerta de la habitación se abrió y Grayson apareció.

Su mirada encontró primero la de ella, y luego la imponente figura de su padre. Sus facciones se tensaron al instante.

—Papá —dijo con voz grave—. ¿Qué estás haciendo?

—Sacando la basura —contestó Maverick sin inmutarse.

Natalie tragó saliva. El comentario la golpeó como una bofetada invisible.

Pero Grayson sí reaccionó. Dio un paso al frente y se interpuso entre Natalie y su padre de forma protectora.

—No vuelvas a hablarle así —dijo con calma, pero con un tono helado.

Maverick lo miró, sorprendido por la actitud de su hijo.

—¿Te escuchas, muchacho? ¿La estás defendiendo a ella? ¿Después de lo que ha pasado?

—Natalie no ha hecho nada —replicó Grayson—. Y Lee tampoco quiso hacer daño a nadie. Fue un accidente.

—Un accidente que podría haber matado a tu sobrina.

—Y, aun así —replicó Grayson sin acobardarse— no te da derecho a tratar así a Natalie.

Un murmullo incómodo recorrió el pasillo. Tucson, apoyado contra la pared, se enderezó. Dakota, que había seguido a Grayson, permanecía en el quicio de la puerta observando la escena.

—¿Y por qué diablos la defiendes tanto? —preguntó Maverick con voz acerada.

Grayson inspiró hondo. Muy hondo.

—Porque no es justo, no la conoces.

—No sabes lo que dices, recuerda que es una Sullivan.

—Sí, lo sé —insistió Grayson—. Y no voy a permitir que la humilles por un maldito apellido.

Natalie quiso intervenir, quería decir que no había necesidad de pelearse por ella, pero ninguna palabra salió de su boca.

Fue entonces cuando Raylee apareció, pálida y despeinada, con una venda cruzándole la frente.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó con voz firme.

—Nada, cielo —respondió Maverick enseguida, preocupado—. ¿Por qué no vuelves a la cama?

—Abuelo, no estás siendo justo. Fue un accidente.

—Cariño, ese maldito de Lee Sullivan te atropelló… —intentó rebatir Maverick.

—No todo fue culpa suya —lo interrumpió ella, con los ojos brillantes—. Yo no miré bien. Me distraje. Y él… él intentó frenar.

Maverick tragó saliva, como si le costara asimilar aquella verdad.

—Raylee, nadie quiere que te culpes.

—Claro, pero tú sí estás culpando a la gente equivocada.

El silencio que siguió fue aún más denso que antes.

Maverick abrió la boca para responder, pero Raylee añadió, con una seriedad impropia de su edad:

—No fue justo lo que dijiste. Ni a Lee… ni a Natalie. No lo fue, abuelo.

Maverick bajó la mirada, desconcertado, sorprendido por el reproche de Raylee. Finalmente, acarició la cabeza de su nieta con una torpeza casi vulnerable y se apartó para marcharse por el pasillo.

Pasó junto a Grayson y Natalie sin decir nada. Pero ya no llevaba furia en los ojos. Sólo cansancio… y un orgullo magullado.

CAPÍTULO 23

El trueno cayó tan cerca que el suelo vibró bajo sus pies. Hannah se estremeció pese a la manta que la envolvía, y Logan, sentado junto a ella en el banco, la observó en silencio mientras el fuego cobraba fuerza en la chimenea. La cabaña crujía con cada golpe de viento, como si fuera demasiado frágil para resistir la tormenta.

—Entonces… —dijo Hannah, intentando sonar despreocupada — ¿qué hacemos ahora? ¿Cantar canciones motivacionales? ¿O jugamos al veo-veo versión «cabaña del terror»?

Logan ladeó el rostro para mirarla y una sonrisa curvó sus labios.

—Podemos hacer lo que tú quieras. O simplemente descansar.

—¿Descansar? ¿Tú? —Le lanzó una mirada incrédula—. Perdona, pero tú no sabes hacer eso.

—Sé descansar. —Se defendió Logan con fingida dignidad—. A veces. Cuando me obligan. O cuando alguien casi se resbala cada tres pasos y tengo que estar alerta.

Hannah bufó, dándole un empujón suave en el hombro.

—Muy gracioso.

La madera volvió a crujir bajo otro golpe del viento, un sonido seco que recorrió la cabaña como un látigo cortando el aire. Sin querer, Hannah se acurrucó contra Logan… y, en cuanto se dio cuenta, se apartó con brusquedad, como si su contacto quemara.

—¿Estás bien? —preguntó Logan preocupado.

—Sí, estoy bien, no tengo frío —respondió ella con excesiva rapidez.

Logan bajó la mirada hacia la manta que ella aferraba con los dedos crispados, como si fuera un escudo improvisado, y luego volvió a alzarla hacia sus ojos y una sonrisa tierna curvó sus labios.

—No hablaba del frío —dijo con suavidad—. Las tormentas pueden asustar a cualquiera.

—No me asustan —afirmó Hannah rotunda.

—Claro —asintió él—. Y yo hago ballet contemporáneo.

Ella se rio con nerviosismo ante su comentario.

—Antes… —empezó, de pronto consciente de que necesitaba saberlo— dijiste que estabas comprobando algo. ¿Qué era?

Logan no fingió sorpresa. Se acomodó, girándose levemente hacia ella.

—Si querías que me quedara —respondió con sinceridad desconcertante.

El corazón de Hannah comenzó a latir con celeridad.

—Y… ¿lo demostraste?

—Sí —respondió él sin titubear—. Quieres que me quede.

Ella se quedó inmóvil, atrapada entre el pudor que le producía la forma en que la miraba Logan, y la necesidad de saber a donde les llevaría la corriente eléctrica que los conectaba cada vez que sus miradas se encontraban.

El aire de la cabaña pareció cambiar. Convirtiéndose en algo cálido y denso.

Logan levantó una mano, despacio, no para tocarla sino para ajustar la manta sobre sus hombros. El gesto fue simple… pero el roce, aunque fue mínimo, encendió algo en la mirada de Hannah.

—Logan… —susurró ella.

—Dime.

—No estoy segura de… lo que está pasando....

—Pues yo sí, se llama tensión sexual —respondió él, y por primera vez en toda la noche su voz sonó tensa—. Pero no voy a presionarte.

Hannah se quedó sin palabras. Tras unos segundos de silencio, elevó una mano temblorosa y apoyó la palma contra el cuello de él, sintiendo bajo sus dedos el pulso acelerado que latía bajo la piel caliente.

Logan cerró los ojos con fuerza, como si ese simple contacto tuviera el poder de desarmarlo. Entonces, sin preámbulos, la tomó por la cintura y la atrajo bruscamente contra su cuerpo.

El beso que siguió no fue suave ni cortés. Fue urgente, devorador, como si la tormenta que rugía fuera hubiera entrado en la cabaña y se hubiera alojado en sus bocas. Hannah se aferró a él con

desesperación, sus dedos hundiéndose en su espalda, mientras Logan respondía con una pasión que no dejaba espacio para la duda.

Ella sintió la mano de él recorriendo su espalda, firme y posesiva, deslizándose bajo la tela de su camisa térmica para encontrar la piel desnuda. Un gemido ahogado escapó de sus labios, perdido en la boca de él. Afuera, el viento azotó la cabaña con furia renovada; dentro, el fuego crepitó con igual ímpetu.

Cuando por fin se separaron, sus respiraciones eran cálidas y aceleradas.

—Creo… —susurró ella con una sonrisa débil y los labios hinchados y brillantes por los besos compartidos— que eso no ayuda mucho a que me relaje.

Logan apoyó su frente contra la de Hannah, sus ojos azules fijos en los de ella.

—Déjame probar otra vez, quizás lo logre —respondió Logan, su voz se había convertido en un roce áspero.

Esta vez, el beso fue una toma de posesión consciente, profunda y determinada. Su lengua se encontró con la de ella sin vacilación. Sus manos recorrieron los contornos de su cuerpo a través de la delgada capa de la prenda que la cubría, sintiendo cada curva. Luego, una de sus palmas se deslizó hacia abajo, encontrando el borde del algodón de sus bragas y la piel desnuda de su cadera, mientras la otra mano rodeaba su espalda para atraerla más cerca, eliminando los últimos centímetros que los separaban. La manta, que apenas la cubría, resbaló al suelo sin que ninguno de los dos hiciera el menor esfuerzo por recuperarla.

Y por primera vez desde que empezó la tormenta, Hannah dejó de temblar por el frío o el miedo. Ahora temblaba por otra cosa, algo más ardiente, más primitivo. Algo que solo él podía apagar... o avivar.

***

Grayson salió de la habitación de Raylee después de ayudarla a acomodarse de nuevo en la cama tras el caos del pasillo. La

adolescente ya estaba dormida, respirando hondo, con esa calma frágil que solo llega después del miedo.

—Vete, yo me quedo con ella —dijo Dakota en un murmullo firme, sin apartar la vista de su hija.

Grayson titubeó un segundo, atrapado entre el deber y la inquietud, pero al final asintió y cerró la puerta con un cuidado casi reverente.

El pasillo lo recibió con su luz fría, demasiado blanca, demasiado silenciosa. Y en cuanto dio un par de pasos, toda su mente se redujo a una idea única, punzante: tenía que hablar con Natalie.

Se dirigió a la sala de espera con el pulso acelerado, pero al entrar, la realidad lo golpeó como un balde de agua helada. El banco donde ella había estado sentada estaba vacío. La chaqueta había desaparecido. Su bolso también. Durante un instante, un único pensamiento le atravesó la mente con la fuerza de un impulso animal: «Ve tras ella».

Dio un paso. Solo uno.

Y entonces la figura de su hermano pequeño le cerró el paso.

—Ni lo pienses —dijo Tucson.

A su lado estaba Matt, apoyado con naturalidad en la pared del pasillo. Había llegado veinte minutos antes, y Tucson ya lo había puesto al corriente de todo lo ocurrido con Maverick. Podía intuir cómo debía sentirse Grayson… pero conocía mejor a Natalie, que para él era como una hermana.

—Déjala, necesita estar sola y poner en orden sus pensamientos —afirmó Matt, con un tono que no era duro, pero sí innegociable.

Grayson los miró como si se hubieran vuelto locos.

—No —replicó, intentando esquivarlos, pero Tucson lo sujetó del brazo con la fuerza de un tractor humano.

—Sí —sentenció Matt, como si aquello se decidiera por votación y él acabara de inclinar la balanza.

—No entendéis nada —soltó Grayson, frustrado—. Natalie está… no sé, dolida, confundida, enfadada… necesita…

—Espacio —lo interrumpió Tucson.

—¡No! —protestó Grayson, más alto de lo que pretendía—. Lo que necesita es que vaya y hable con ella.

Matt chasqueó la lengua antes de hablar.

—No. Eso es lo que tú necesitas creer.

Grayson le lanzó una mirada afilada, pero Matt ni se inmutó.

—Natalie no es de las que lloran a gritos —continuó Matt—. Cuando está mal, se encierra. Se protege. Lo ha hecho toda la vida. La he visto hacerlo desde que era una cría.

Las palabras de Matt lo golpearon más fuerte de lo que esperaba. Algo dentro de él sabía que era verdad. Que Natalie era así. Y que él, en su desesperación por arreglarlo todo al instante, podía provocar justo lo contrario.

Se pasó una mano por el pelo, respirando hondo.

—No me gusta —murmuró con tono apagado.

—No tiene por qué gustarte —dijo Matt encogiéndose de hombros—. Solo tienes que aceptarlo.

Tucson, poco dado a ofrecer consuelo emocional, le dio una palmada en el hombro. Torpe. Demasiado fuerte, pero sincera.

—Es una Sullivan —dijo—. Y tú eres… bueno, tú eres tú. Eso complica las cosas.

—Gracias, supongo —bufó Grayson.

—Pero que sea complicado —añadió Tucson— no significa que sea imposible.

Matt se separó de la pared y se plantó delante de él, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión inquisitiva.

—Así que… —dijo— ¿vas a contarnos qué demonios pasa exactamente entre tú y Natalie o tenemos que interpretar las señales como si fueras un caballo nervioso?

Grayson cerró los ojos un momento, reuniendo el valor para confesar lo que llevaba días ocultando. Cuando habló, su voz salió baja pero firme.

—La quiero. Y no hablo de un capricho. Ni de un juego. Ni de esa mierda de «te deseo porque no debería». Hablo de… —buscó las palabras para poder expresarse— … Natalie realmente me importa de verdad. Jamás pensé que podría sentir algo así por alguien que no fuera de mi familia.

Matt soltó un suspiro largo.

—Bueno —dijo suavemente—. Entonces estás jodido.

—Irremediablemente —agregó Tucson.

Grayson dejó escapar una risa breve, amarga y sincera.

—Sí. Lo sé.

—Bienvenido al club —soltó Matt—. Casi todos los buenos amores empiezan así.

—No voy a renunciar a ella —confesó Grayson, con el tono de quien pronuncia una promesa y una sentencia al mismo tiempo.

Tucson resopló.

—Nadie te está pidiendo que renuncies. Solo que… —frunció el ceño, buscando la palabra adecuada— …no la persigas como un búfalo fuera de su manada.

—Exacto —añadió Matt—. Déjala respirar. Se irá, llorará un poco, hablará sola como siempre, y cuando alcance su límite emocional, volverá.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? —preguntó Grayson, frustrado.

Matt se encogió de hombros.

—Esperar.

—¿Y si no vuelve? —cuestionó Grayson inseguro.

—Volverá —aseguró Matt—. Porque es Natalie. Y tú… —lo señaló de nuevo— …eres el primer hombre que le importa.

El pasillo quedó en silencio.

—Entonces esperaré —concluyó Grayson a regañadientes.

Matt sonrió apenas, lo justo para transmitirle complicidad y aprobación. Tucson le dio una palmada ligera en la espalda, un gesto de camaradería silenciosa, y ambos se quedaron mirándolo con cierta mezcla de respeto y orgullo.

Grayson respiró hondo, sintiendo cómo la ansiedad comenzaba a ceder, reemplazada por una especie de determinación tranquila. Por primera vez esa noche, el caos del hospital, el miedo por Raylee y la incertidumbre sobre Natalie parecían tener un orden: había esperanza, y él estaba dispuesto a esperar.

Se dejó caer levemente contra la pared, cerrando los ojos un instante, mientras en su mente repitió una promesa silenciosa: «no

voy a rendirme».

CAPÍTULO 24

El sol se filtraba entre los árboles, tiñendo de dorado las hojas todavía húmedas por la lluvia de la noche anterior. La cabaña estaba en silencio; la tormenta había cedido, dejando un ambiente solo roto por el canto de los pájaros y el crujido de las pisadas de los pequeños animales que se movían entre el bosque.

Cuando salieron del refugio, Hannah se ajustó la bufanda, todavía ligeramente incómoda ante la cercanía de Logan, a pesar de que la noche anterior había sido la mejor de su vida, aunque jamás lo admitiría en voz alta. Se aclaró la garganta y le lanzó una mirada de reojo mientras bajaban por el sendero embarrado hacia el pueblo.

—Bueno… —empezó, intentando sonar casual—. No puedo creer que haya sobrevivido a la tormenta.

Logan la miró y arqueó una ceja, divertido.

—¿Sobrevivir? —repitió con fingida incredulidad—. Yo diría que lo hicimos con mucho estilo.

—Estilo… —repitió ella, torciendo el gesto—. Si por estilo te refieres a que terminé empapada y pareciendo un mapache, entonces sí, todo un éxito.

Él soltó una risa baja, genuina.

—Sabes que no me refiero a eso —Le lanzó una mirada cómplice—. Me dejaste acurrucarme cerca de ti… sin quejarte.

Hannah sintió que un calor inesperado le subía por las mejillas. Se apresuró a mirar al frente, tratando de no pensar demasiado en la noche anterior, en cómo habían compartido la manta, el calor… y mucho más.

—Eso fue… —titubeó— circunstancial. —Se ajustó el abrigo, evitando que sus miradas se encontraran—. Nada que implique… nada, ¿vale?

Logan la observó con una sonrisa traviesa, disfrutando la mezcla de pudor y orgullo de ella.

—Claro, «circunstancial» —repitió, arrastrando la palabra con diversión—. Circunstancialmente romántico, ¿no?

Hannah puso los ojos en blanco al escuchar sus palabras.

—Eres imposible —murmuró, aunque intentando ocultar una risa contenida.

—Imposible, pero adorable —replicó él, con esa seguridad que siempre lograba sacarla de quicio y, al mismo tiempo, hacerla sonreír.

Caminaron en silencio unos pasos. Hannah era dolorosamente consciente del roce accidental de sus brazos cada vez que se acercaban, un contacto mínimo que aun así hacía que su corazón diera un vuelco inesperado. Logan, por su parte, parecía disfrutar discretamente del efecto que provocaba en ella.

Finalmente rompió el silencio.

—Entonces, ¿cuándo vamos a disfrutar de nuestra segunda cita? —preguntó, y como esperaba, ella se sobresaltó y giró el rostro para clavar su mirada en él.

—¿Nuestra qué? —Hannah casi tropezó con una raíz del sendero.

Logan sonrió, deleitándose con la situación.

—Segunda cita. Ya sabes, después de la primera. —Le lanzó una mirada de falsa inocencia—. Pensé que lo habíamos hablado.

Hannah apretó los labios, como si buscara el modo de esconderse detrás de la bufanda… o echar a correr montaña abajo.

—Eso lo dijiste tú —murmuró, cruzándose de brazos mientras caminaba—. Y yo solo… asentí.

—¿Asentiste? —Logan ladeó la cabeza—. Hannah, eso es lo más parecido a un sí, ¿O es que tienes miedo?

—Oh, cállate.

—Si lo hago, ¿aceptas la segunda cita? —respondió él sin perder el ritmo.

—¡No! —exclamó ella, demasiado rápido. Luego se sonrojó—. Digo… no sé.

Logan redujo un poco el paso para caminar a su lado, sin invadir su espacio, pero dejándole claro que no pensaba dejar esa conversación a medias.

—Hannah… —La nombró con voz cálida—. No estoy bromeando. Me lo pasé bien anoche. Mucho. No solo por… ya sabes.

Ella carraspeó, notando como el calor ascendía a sus mejillas.

—Logan…

—Lo digo en serio —afirmó él—. Manta compartida, un banco de madera duro y estrecho, tú intentando aparentar que no estabas asustada por los truenos… y luego roncando un poquito.

—¡No ronqué! —protestó ella.

—Solo un poco —Él juntó el pulgar y el índice dejando un espacio mínimo.

—Eres cruel —gruñó ella, pero ya se le escapaba una sonrisa inevitable.

—Y tú estás sonriendo —señaló él—. Eso me da esperanzas.

Hannah negó con la cabeza, incapaz de ocultar el brillo divertido de sus ojos. Seguían caminando, y el pueblo se veía ya a lo lejos, con las chimeneas humeando y la carretera cubierta de una capa de barro suave.

—Solo digo —continuó Logan, retomando un tono casual, aunque había algo mucho más profundo bajo la superficie— que si quieres tu segunda cita… yo estoy listo.

—¿Listo? —se burló ella—. ¿Para qué? ¿Para otra maldita tormenta?

—Para verte —dijo él, sin rodeos.

Ella tropezó de nuevo. Esta vez, él la sostuvo de la cintura antes de que perdiera el equilibrio por completo.

—Soy una torpe —musitó Hannah avergonzada, mirando cualquier cosa que no fueran sus ojos.

Logan sonrió, pero no se burló. Solo mantuvo su mano un segundo más de lo necesario sobre su cuerpo, cálida, firme, segura… hasta que ella se apartó con un rubor que le subió hasta las orejas.

—Entonces… ¿cena? —insistió él—. Podemos repetir el lugar. O probar algo diferente. O pedir comida y ver una película. Tú eliges.

—No prometo nada —advirtió Hannah.

—Ajá… —él ladeó la cabeza, sonriente— eso suena sospechosamente a un sí.

—No es un sí —repitió ella.

—Es un *quizá* —tradujo Logan—. Y eso, es prácticamente un «me muero de ganas, pero me da vergüenza».

—Logan, por favor.

Él se rio y siguieron caminando. El aire olía a tierra mojada y a mañana nueva, y aunque ninguno lo dijo en voz alta, ambos sentían la misma sensación, dulce y temible, de estar empezando algo nuevo y excitante.

***

La campanilla sobre la puerta tintineó suavemente cuando Hannah entró en la pastelería. El contraste fue inmediato. Atrás quedaban el olor a desinfectante y la tensión densa del hospital. El aire estaba impregnado de vainilla, mantequilla caliente y azúcar tostado, un aroma que siempre le había ofrecido consuelo. Durante un segundo, cerró los ojos y dejó que la envolviera, como si pudiera recomponerse con solo respirar.

El silencio era casi reverencial. No había clientes, ni murmullos, ni el tintinear constante de tazas chocando contra los platos. Las luces estaban apagadas, salvo por una lámpara cálida junto al mostrador que sumía el local en una penumbra acogedora. Hannah respiró hondo. Allí estaba a salvo. Aun cerrado, aquel lugar seguía siendo su refugio.

Caminó hasta su mesa de siempre. Se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre una silla. Luego apoyó los antebrazos sobre la superficie fría de la mesa y permitió que el peso de todo lo ocurrido se asentara en su pecho.

Maverick apareció en su mente sin previo aviso. Su voz grave, contenida, cargada de rabia. No le había gritado. No había hecho falta. Había sido esa forma de mirarla, dura y desdeñosa, teñida de prejuicio y nepotismo, como si su valor quedara anulado por el simple hecho de ser una Sullivan.

Natalie cerró los ojos un instante. No estaba enfadada. Se sentía cansada. Profundamente cansada. De cargar tensiones ajenas, de medir cada palabra y cada gesto para no convertirse en el detonante de conflictos que no le pertenecían.

Se pasó una mano por el cabello, notando el leve temblor de sus dedos ahora que ya no tenía que fingir calma. Pensó en Grayson, y el corazón se le encogió en el pecho. Recordó con nitidez cómo se había erigido como su protector, colocándose entre ella y su padre sin vacilar. Esa lealtad feroz la había conmovido y también la había asustado. No quería ser la causa de una grieta en la relación entre padre e hijo. No quería ocupar un espacio que aún sentía que no sabía si le correspondía.

Y, sin embargo, tampoco podía ignorar lo que había sentido cuando su mirada se había cruzado con la de Grayson. En aquel instante fugaz había percibido algo distinto, algo que la había desarmado por completo. Cuando él la había defendido frente a su progenitor, Natalie había comprendido que aquel gesto no era impulsivo, sino una elección silenciosa y firme. Una forma de ponerse de su lado, sin pedir permiso a nadie.

Natalie soltó un suspiro largo, que resonó suavemente en el local vacío. Tal vez el problema no era Maverick ni lo sucedido. Tal vez ni siquiera el conflicto entre ambas familias. Tal vez era ella, aprendiendo que querer a alguien implicaba, a veces, ocupar un lugar incómodo y tener el valor de mantenerse firme ante las circunstancias.

Se levantó despacio y caminó hasta la ventana. Desde allí, la calle parecía lejana, ajena. La vida seguía, indiferente a sus dudas y a sus problemas, y esa indiferencia le resultó, de forma inesperada, reconfortante.

CAPÍTULO 25

Rancho Gallagher

Maverick cerró la puerta con un golpe seco que resonó en toda la casa. En ese momento, no era consciente de su brusquedad. Se quedó de pie unos segundos en el recibidor, con los puños cerrados, respirando hondo como si el aire no le llegara a los pulmones. Finalmente se adentró en el salón.

Lidia estaba sentada en el sofá, con una manta sobre las piernas y el teléfono apoyado a su lado. Tenía la espalda rígida por la tensión y la angustia. Al verlo entrar así, supuso que algo iba mal.

—¿Raylee? —preguntó, incorporándose con la voz tensa.

—Tranquila —dijo Maverick—. Sigue en observación, pero está despierta. Asustada, pero estable.

Lidia cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso. Se llevó una mano al pecho, como si ese simple gesto pudiera calmar el nudo que llevaba horas oprimiéndole el corazón.

—Gracias a Dios… —murmuró aliviada.

—Lee Sullivan estaba allí —dijo Maverick de pronto—, me lo ha contado Tucson. Pidiendo perdón, como si eso sirviera de algo.

Lidia alzó la mirada, para encontrarse con la de su esposo.

—Fue un accidente —dijo con cautela.

Maverick la miró con los ojos encendidos.

—Que pudo matar a nuestra nieta.

—No voy a excusarlo —añadió Lidia, con la voz aún temblorosa pero firme—. Pero los accidentes son eso: instantes imprevisibles que no distinguen entre culpa y desgracia.

—¿Tú también vas a defender a los Sullivan? —preguntó Maverick, frustrado.

—¿A qué te refieres? —replicó Lidia, confusa.

—A que Grayson estaba allí. Tuvo que recoger a Raylee del suelo y, aun así… —se interrumpió sin terminar la frase, dejando en el aire más dudas que certezas.

—¿Qué pasó con Grayson? —inquirió Lidia, con un nudo formándosele en el estómago.

—Se puso de parte de Natalie —respondió Maverick, escupiendo el nombre de la joven—. Delante de mí.

Lidia frunció el ceño, desconcertada.

—¿Cómo que se puso de su parte? —preguntó.

—Se enfrentó a mí —respondió Maverick, furibundo—. Como si yo estuviera atacándola injustamente. Como si no tuviera derecho a estar furioso y a echarla del hospital… Y Grayson… —su voz se quebró apenas— la defendió.

—Grayson no defendió a Natalie porque sea una Sullivan —razonó Lidia—. La defendió porque ella, a diferencia de su hermano, no tiene culpa de lo que pasó. No tenías ningún derecho a tratarla mal.

—¿Y eso justifica que me desautorice? —preguntó Maverick.

—No te desautorizó —respondió ella—. Solo defendió a una inocente.

—Tonterías —replicó Maverick, airado—. Lo que más me molesta es no entender qué se trae con esa chica…

—Maverick, no vayas por ahí.

—¿Por dónde? —preguntó, sarcástico.

—Metiéndote de nuevo en la vida personal de tus hijos. Recuerda lo que pasó con Dakota. Recuerda cómo acabó todo.

—Acabó mal —contestó Maverick, mientras los hombros se le hundían—. Porque no supe parar a tiempo. Porque confundí el control con protección.

Lidia se acercó y apoyó una mano en su brazo.

—Deja que hagan su propia vida —le pidió en voz baja—, como hicimos nosotros.

Maverick no respondió de inmediato. Bajó la mirada hacia el suelo, como si buscara allí una respuesta que no terminaba de encontrar. Sus manos, grandes y acostumbradas al trabajo físico, se cerraron despacio en puños que ya no contenían rabia, sino agotamiento.

—Grayson me miró como si … —confesó Maverick— no quisiera saber nada de mí, como si fuera un enemigo. Y eso… eso me dolió más de lo que estoy dispuesto a admitir. No quiero perderlos —confesó—. Ni a Grayson… ni a Dakota… ni a Tucson.

—Entonces no los aprisiones, ni ordenes, ni ignores —susurró Lidia.

El silencio se instaló entre ellos de nuevo, pero esta vez no era tan áspero. Maverick pasó una mano por su rostro, como si al fin

el peso que cargaba sobre sus hombros empezara a ceder.

—Mañana hablaré con Grayson —dijo—. Sin gritos. Sin acusaciones.

Lidia esbozó una sonrisa tierna, emocionada.

—Eso es todo lo que te pido.

Maverick asintió lentamente. Afuera, la noche seguía avanzando, indiferente a las batallas internas del hombre. Esta vez estaba dispuesto a frenar antes de hacer daño a alguien. Aunque no fuera dado a expresar sus sentimientos, amaba profundamente a sus tres hijos y a Lidia.

Se quedó unos segundos más en silencio, sintiendo cómo el peso de la rabia y la culpa comenzaba a ceder. Lidia permaneció a su lado, en calma, sin palabras, permitiéndole encontrar su propio equilibrio.

***

Al día siguiente

La cocina del rancho estaba envuelta en una luz suave, todavía indecisa. El sol apenas despuntaba por encima de las colinas, colándose por la ventana sobre el fregadero y dibujando franjas doradas sobre la mesa de madera. Olía a café recién hecho, un aroma familiar y reconfortante.

Grayson estaba apoyado contra la encimera, con una taza humeante entre las manos. Había dormido poco y el cansancio le pesaba, pero su mente seguía despierta, atrapada entre la imagen de Raylee dormida en el hospital y el recuerdo de Natalie alejándose por el pasillo sin mirar atrás.

Oyó pasos a su espalda.

Maverick entró en la cocina. Llevaba una camisa abotonada a medias y el gesto serio, aunque menos duro que el día anterior. Se detuvo junto a la cafetera y se sirvió una taza sin decir nada.

Durante unos segundos, solo se escuchó el leve borboteo del café y el canto lejano de un pájaro en el exterior.

—Grayson —dijo finalmente Maverick, con la voz grave pero contenida—. ¿Tienes un minuto?

Grayson asintió despacio.

—Claro.

Maverick se sentó en una silla, apoyando los antebrazos sobre la mesa. Parecía incómodo, como si no supiera bien por dónde empezar.

—Ayer… —comenzó, y luego se detuvo—. En el hospital. No me porte bien.

Grayson levantó la vista, sorprendido.

—Papá…

—Déjame terminar —pidió Maverick, sin dureza—. Te hablé desde la rabia. Desde el miedo. —Inspiró hondo—. No fue justo.

Grayson no respondió de inmediato. Dio un sorbo a su café, dejando que el silencio se asentara entre ambos.

—Gracias por decirlo —contestó al fin—. No esperaba una disculpa, pero… la agradezco.

Maverick asintió, como si aquel pequeño gesto le costara más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Raylee está bien —añadió—. Eso es lo único que debería haber importado desde el principio. Y tú hiciste lo que tenías que hacer.

—Es mi sobrina y la quiero.

Maverick lo observó unos segundos con atención antes de animarse a seguir hablando.

—Y sobre lo de… Natalie —dijo entonces, con cuidado—. Lo de ayer… no fue solo protección hacia tu socia, ¿verdad?

El pulso de Grayson se aceleró. Sabía que ese momento llegaría tarde o temprano.

—No —admitió—. No lo fue.

El silencio volvió a caer entre ellos, más denso esta vez. Maverick tomó un sorbo de café, como si necesitara algo a lo que aferrarse.

—Entonces dime la verdad —pidió Maverick con esfuerzo.

Grayson respiró hondo.

—Estoy enamorado de Natalie.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, simples y devastadoras a la vez.

Maverick no reaccionó de inmediato. Se quedó mirando el fondo de su taza, como si allí pudiera encontrar una respuesta.

—¿Enamorado? —repitió finalmente—. No… interesado. No atraído. Enamorado.

—Sí —afirmó Grayson—. Y sé que no es fácil de aceptar. Sé lo que piensas de su familia, sé todo lo que eso implica. Pero no es algo pasajero. No es un impulso.

Maverick se pasó una mano por la nuca, pensativo.

—Eso explica muchas cosas —murmuró—. La forma en que la mirabas. La forma en que me hablaste ayer.

—No pretendía desafiarte —dijo Grayson—. Pero no podía quedarme callado. No cuando estabas siendo injusto con ella.

Maverick alzó la vista y la clavó en el rostro de su hijo.

—¿La quieres de verdad? —preguntó directo.

Grayson sostuvo la mirada de su padre sin titubeos.

—Sí. Con ella siento que puedo ser quien soy sin tener que demostrar nada —confesó con una sinceridad que no necesitó adornos.

Maverick cerró los ojos un instante. El pasado apareció sin pedir permiso: Dakota, Matt Dawson, decisiones tomadas desde el orgullo, errores que aún pesaban más de lo que estaba dispuesto a reconocer, porque había hecho sufrir a quienes tanto quería por su cabezonería. Aquella historia seguía siendo una herida mal cerrada, y no quería volver a cometer las mismas equivocaciones.

—He estado reflexionando —dijo por fin—. Y no quiero repetir la historia —añadió, en clara alusión a Dakota—. Ni contigo ni con nadie más. Pero tampoco voy a mentirte: me preocupa la situación. Todo esto es complicado, y lo sabes.

—Lo sé —admitió Grayson—. Pero no voy a renunciar a ella solo porque sea difícil.

Maverick lo miró largo rato. Ya no veía al niño que había criado entre corrales y madrugadas frías, ni al muchacho impulsivo que había aprendido a enfrentarse al mundo con los puños apretados. Veía a un hombre que había tomado una decisión consciente, aun sabiendo lo que podía costarle.

—Eso no significa que me resulte fácil —añadió finalmente—. Ni que confíe en su familia. Hay demasiada historia ahí. Pero confío en ti.

El alivio que sintió Grayson fue casi físico, como si algo que llevaba tiempo oprimiéndole el pecho, al fin, se aflojara.

—Gracias, papá —susurró, con la voz áspera por la emoción.

Maverick negó despacio con la cabeza.

—No tienes por qué darlas —dijo—. Tienes derecho a tomar tus propias decisiones, a elegir tu camino, como hice yo en su momento. —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Solo te pido que me des tiempo. Tiempo para acostumbrarme a la situación… y para aprender a verla con otros ojos.

Grayson asintió, comprensivo.

—Tranquilo, lo haré —respondió—. Además, no tenía pensado invitarla a cenar los domingos —añadió con una leve sonrisa, intentando aliviar la tensión.

Maverick soltó una breve exhalación, a medio camino entre un bufido y una risa contenida.

—No te pases, muchacho —replicó, levantándose despacio y dejando la taza vacía en el fregadero.

Se detuvo un segundo ante de salir de la cocina, como si quisiera decir algo más. Finalmente, no lo hizo.

Grayson se quedó solo unos instantes, observando cómo la luz de la mañana inundaba la estancia. Su café ya estaba frío, pero no le importó. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que había espacio para avanzar sin tener que romper nada por el camino.

CAPÍTULO 26

Unos días después

La feria del aniversario de la fundación de Willow Creek estaba en pleno apogeo cuando Hannah salió del *stand* de la escuela, exhausta pero satisfecha. La plaza bullía de vida, entre risas infantiles, música lejana y el murmullo constante de los vecinos. Los niños habían pintado murales, trenzado coronas de flores secas y puesto a prueba, sin saberlo, hasta la última reserva de paciencia de los adultos que los vigilaban.

Suspiró mientras se subía el cuello del abrigo para protegerse del aire gélido que se colaba sin obstáculos por la plaza. Justo entonces, una sombra se acomodó a su lado, avanzando a su mismo ritmo.

—¿Lista para huir del caos? —preguntó Logan, con esa media sonrisa relajada a la que Hannah empezaba a acostumbrarse.

Ella sonrió sin girarse del todo.

—Si me dices que conoces un refugio secreto donde no haya pintura de dedos ni niños con alto nivel de glucosa en vena, acepto sin pensarlo.

—Tengo algo mejor —respondió él, alzando un vaso de papel humeante—. Pensé que quizá necesitabas algo caliente… o una excusa para tomarte un descanso.

Hannah aceptó el vaso, agradecida, y dio un sorbo para descubrir que se trataba de chocolate caliente.

—Gracias. Hoy me siento como si hubiera intentado dirigir una orquesta sin partitura —dijo, negando con la cabeza—. Mucho ruido, demasiada energía y la sensación constante de que todo podía explotar en cualquier momento.

Logan soltó una breve risa.

—Estoy seguro de que lo tenías todo bajo control —comentó, inclinándose apenas para mirarla a los ojos—. O, como mínimo, sobreviviste. Y eso ya cuenta como una hazaña heroica.

—Lo tomaré como un cumplido —replicó ella, alzando su vaso a modo de brindis improvisado.

Caminaban juntos entre los puestos, alejándose poco a poco del bullicio del *stand*. La feria seguía girando a su alrededor, viva y luminosa, como si el pueblo entero celebrara algo más que su propia historia. Las luces de colores se reflejaban en el suelo y en los rostros de la gente, pero para ellos todo parecía ocurrir a otro ritmo.

Hannah jugueteaba con la pulsera que llevaba en la muñeca, un gesto inconsciente que la delataba.

—Entonces… —empezó, fingiendo ligereza mientras desviaba la mirada hacia un puesto de algodón de azúcar—. ¿Qué tal tu «fin de semana accidentalmente romántico» conmigo en las montañas? Aún no me has dado la evaluación final.

Logan ladeó la cabeza y se llevó una mano al mentón, exagerando una expresión pensativa antes de sonreír.

—Oh, tengo un informe muy detallado —dijo con solemnidad fingida—. Puedo resumirlo en tres puntos principales.

Hannah alzó una ceja y cruzó los brazos sobre su pecho, divertida pero expectante.

—Adelante.

—Primero —Logan levantó un dedo en alto—: tu tolerancia a los insectos es francamente deplorable.

—Oye —protestó ella, dándole un suave empujón en el brazo.

—Segundo —continuó él, alzando otro dedo—: tienes un talento especial para tropezar con piedras y raíces perfectamente visibles.

Hannah soltó una risa breve y bajó la mirada.

—Eso… sí es verdad.

Logan se detuvo de pronto. Bajó la mano, y su sonrisa perdió un poco de ligereza.

—Y tercero… —dijo en voz baja— eres la mejor compañía que he tenido en mucho tiempo.

Dio un paso hacia ella, lo justo para invadir su espacio sin tocarla.

—Y quiero seguir teniéndote cerca —añadió—. Muy cerca.

Hannah se detuvo también. Se le quedó mirando, con los labios entreabiertos, sintiendo cómo el pulso le golpeaba en las sienes. Sus dedos dejaron de juguetear con la pulsera.

—Logan… —murmuró, negando apenas con la cabeza—. Yo no… no sé adónde va esto, lo que ha surgido entre nosotros.

—Lo sé —respondió sin apartar los ojos de los suyos—. Yo tampoco. Solo quiero que quieras averiguarlo conmigo.

Hannah tragó saliva. Inspiró hondo, como si intentara ganar tiempo.

—Eres muy convincente —susurró, esbozando una sonrisa nerviosa— para ser un hombre que casi me mata del susto en mitad de una tormenta.

Logan inclinó la cabeza hacia ella, con una media sonrisa lenta y segura.

—Y tú eres muy mala disimulando —replicó, bajando aún más la voz— cuando quieres besarme.

Ella soltó una risa nerviosa y, antes de que pudiera arrepentirse, pasó una mano por la nuca de Logan, atrayéndolo hacia sí. Sus frentes apenas se rozaron un instante y luego lo besó… o quizá fue él quien la besó primero. No importaba. El gesto fue natural, inevitable.

El contacto fue suave y cálido, lento, como si el tiempo se hubiera detenido. Natalie sabía a chocolate caliente, a aire de montaña, a algo reconfortante y nuevo a la vez. A promesas que aún no tenían nombre, pero que ya se insinuaban, silenciosas y firmes, entre ambos.

Cuando se separaron, Logan apoyó su frente en la suya.

—Bueno —dijo—. Esto supera cualquier evaluación.

Hannah sonrió feliz.

—Sí. Bastante.

Detrás de ellos, una explosión de aplausos repentina anunció que algo ocurría en el escenario principal. Hannah y Logan se miraron.

—¿Vamos a ver quién ha montado tanto escándalo? —preguntó Hannah interesada.

—Vamos —respondió él, aun sonriendo—. Pero te advierto que no pienso soltar tu mano.

—Perfecto —dijo Hannah, entrelazando los dedos con los suyos—. Yo tampoco quiero soltar la tuya.

***

Tres días, tres interminables días.

Eso era lo que habían durado el silencio y la ausencia de Natalie. Tres días en los que Grayson había pasado por la pastelería cada mañana y cada tarde, casi de manera automática.

Y siempre encontraba lo mismo. Las puertas cerradas, las luces apagadas y el cartel de «Volvemos pronto» colgado torcido, ligeramente ladeado, como si alguien lo hubiera colocado a toda prisa, sin detenerse a comprobar si quedaba recto. Ese detalle mínimo, tan impropio de ella, era lo que más le inquietaba.

Natalie cuidaba cada detalle con una precisión casi ritual. Nada quedaba al azar. Que aquel cartel estuviera así solo podía significar una cosa: se había marchado deprisa, quizá huyendo de algo… o de alguien. ¿Había sido de él?

Ya no aguantaba más. Estaba seguro de que Natalie estaba escondiéndose de él. Y aunque entendía que el motivo era lo sucedido con su padre en el hospital. Podía aceptar que necesitara tiempo, pero una parte de su ser, más profunda, más obstinada, se negaba a permitir que aquello se alargara lo que a él le parecía una eternidad.

El Día de la Fundación había transformado el pueblo en algo casi irreconocible. Las calles estaban engalanadas con banderines de colores que cruzaban de un lado a otro, ondeando suavemente con la brisa cálida de la tarde. Desde los altavoces del ayuntamiento sonaba música *country* a un volumen agradable, mezclándose con las risas, las conversaciones y el sonido lejano de las atracciones. El aire estaba cargado de olores: carne asándose a la parrilla, azúcar caliente, canela, masa recién horneada. Familias enteras paseaban por la calle principal, los niños corrían con globos en la mano y los vecinos se detenían a charlar. Para Grayson, sin embargo, todo

aquello era apenas un decorado borroso. Caminaba entre la multitud sin verla realmente, con la atención fija en un solo objetivo: encontrar a Natalie.

—¿Quieres hacer el favor de parar ya? Me estás mareando —comentó Dakota al verlo pasar por tercera vez frente al puesto de subastas benéficas donde ella se encontraba.

Grayson se detuvo por fin y se frotó la nuca, en un gesto tenso, casi inconsciente.

—No la he visto en tres días —respondió—. Y sé que está aquí. Lo presiento.

Dakota soltó un suspiro suave al notar la desesperación que se filtraba en la voz de su hermano. Apoyó los codos sobre la mesa del puesto y lo miró con una mezcla de paciencia y preocupación.

—Lo entiendo —replicó con cautela, entendiendo su ansiedad —, pero por favor, vete a otra parte a buscarla. Por ejemplo, a la zona de comida.

Grayson dudó unos instantes, sin saber si sentirse molesto o agradecido con su hermana. Finalmente, se despidió de ella con un gesto de sombrero y se giró para dirigirse hacia la zona habilitada para la comida. ¿Cómo había sido tan idiota como para no pensar que ella habría colaborado con sus dulces en el día más importante del pueblo?

Natalie estaba agachada, doblando cajas vacías con movimientos casi mecánicos. Llevaba unos *jeans* oscuros, botas altas y un abrigo acolchado de color azul claro. Su bufanda, a medio ajustar sobre su cuello, se movía con cada inclinación. Su cabello rojizo caía libre sobre sus hombros en ondas desordenadas, brillando con reflejos cobrizos bajo la luz de la tarde. Parecía cansada, distante, pero estaba preciosa.

—Natalie —la llamó.

Ella, al escuchar su voz, se tensó de inmediato.

—No puedo hablar ahora, Grayson, estoy ocupada —dijo en un susurro, sin atreverse a mirarlo.

—No voy a irme —afirmó Grayson con voz firme, sin dejar lugar a dudas.

—Grayson, por favor… —ella elevó el rostro para encontrarse con su mirada—. Creo que es mejor que dejemos atrás todo lo que ha pasado en las últimas semanas. No quiero causarte problemas con tu familia. No merece la pena, de verdad.

Grayson la escuchaba incredulo, molesto y dolido, pero no pensaba renunciar a ella por nada del mundo.

—¿Eso crees? —preguntó dando un paso hacia ella—. ¿Que tú eres un problema?

Natalie bajó la mirada, sin poder enfrentarse a él. No estaba dispuesta a responder a sus preguntas, era mejor así.

—Nada de lo que pasó es culpa tuya, ni de Lee. Fue un simple accidente que, gracias a Dios, quedó en nada —dijo él con voz suave, elevando la mano con la intención de acariciar su mejilla.

Ella se apartó cuando él intentó tocarla, con un leve temblor recorriéndole el cuerpo. Sus miradas se encontraron de nuevo y, en el silencio suspendido entre ambos, Grayson comprendió que no se estaba alejando de él, sino de lo que sentía. En sus ojos se libraba una batalla silenciosa: el miedo a lo que pensarían sus familias la empujaba a retroceder y, al mismo tiempo, un deseo persistente y obstinado de no alejarse de él la mantenía anclada a ese instante.

—No quiero problemas… —susurró Natalie al fin, con una voz tan baja que parecía romperse antes de llegar al aire—. No quiero que todo esto se vuelva más grande de lo que ya es.

—Nat —respondió él, con suavidad, pero sin ceder—, no voy a dejar que me alejes por miedo. No esta vez.

El aire entre ambos se volvió denso, cargado de una tensión cálida y peligrosa a la vez. Grayson dio un paso más, acercándose lo suficiente como para que sus alientos se mezclaran. Esta vez Natalie no retrocedió, aunque sus hombros permanecían rígidos, tensos, como si se preparara para un impacto inevitable. Durante un instante, el mundo pareció reducirse a ese pequeño espacio compartido donde el miedo, la preocupación y el amor colisionaban sin permiso.

—Tu padre… —murmuró ella, con voz vacilante.

—Me importa una mierda lo que piense mi padre… o el tuyo —la interrumpió él, con firmeza contenida—. Aquí solo importamos

tú y yo. ¿Me oyes?

Natalie negó despacio, con los ojos brillantes.

—No quiero ser el centro de los rumores —replicó con un hilo de voz—. No quiero que un Gallagher y una Sullivan se conviertan en la comidilla del pueblo. No puedo permitir que mis padres… ni los tuyos…

Grayson estaba cansado. Cansado de verla cargar con culpas que no le pertenecían, de verla huir creyendo que hacía lo correcto, de esa idea absurda de que él no la elegiría siempre, por encima de cualquier apellido.

Sin darle tiempo a reaccionar, dio un paso al frente y tomó su mano. No fue un gesto brusco, pero tampoco le dio opción de apartarse. Sus dedos se cerraron con firmeza alrededor de los de ella, transmitiéndole una decisión que ya no admitía marcha atrás.

—Grayson, ¿qué haces? —preguntó Natalie, alarmada.

—Confía en mí —dijo él, sin mirarla, sin soltarla.

La guio entre la gente, atravesando miradas curiosas y murmullos crecientes, hasta llegar a la tarima donde más tarde actuaría un grupo en directo. Natalie sentía el corazón desbocado cuando subieron los escalones del escenario.

—¡Eh! —alzó la voz Grayson—. Necesito vuestra atención un momento.

El bullicio de la feria fue apagándose poco a poco. Entre las luces de los puestos, los globos y los banderines mecidos por la brisa fría, decenas de rostros se giraron hacia ellos. Natalie sintió que la plaza se encogía, y por un segundo deseó desaparecer.

Grayson respiró hondo y habló con claridad:

—Llevo tres días buscando a una mujer. Porque la amo. Porque estoy enamorado de ella. Porque me hace mejor de lo que jamás pensé que podría ser.

Un murmullo recorrió la plaza. Nadie interrumpió.

—No me importa lo que se diga ni lo que piensen los demás, ni nuestras familias —continuó—. Lo único que me importa es ella: Natalie Sullivan.

Ella se llevó una mano a la boca, incapaz de contener las lágrimas.

—No voy a permitir que se aleje de mí pensando que no la quiero lo suficiente —añadió él—. Porque la quiero más de lo que imagina.

El silencio fue absoluto.

Grayson se inclinó hacia ella, tomando su rostro entre las manos. La luz de los faroles iluminaba sus ojos, y en un movimiento lento y decidido, la besó. Fue un beso profundo, intenso. Durante un instante, no existió nada más que ellos dos, suspendidos en ese pequeño universo propio.

—Te amo, Grayson Gallagher —susurró Natalie, con la voz temblorosa.

—Yo también te amo, Natalie Sullivan.

A su alrededor, la feria volvió a la vida con silbidos cómplices, aplausos sinceros y rumor de risas. Pero ellos permanecieron abrazados, inmóviles, sabiendo que acababan de escoger algo que ya no estaban dispuestos a perder: el amor que sus corazones habían elegido, inquebrantable y único, a pesar de todo.

Un poco más allá, Hannah observaba la escena con una sonrisa incrédula y emocionada. Se sentía feliz de que al fin su amiga hubiera encontrado el valor para amar a Greyson, a pesar de ser un Gallagher.

Logan estaba a su lado, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la admiración.

—Vaya —murmuró ella—. Eso ha sido… intenso.

—Románticamente imprudente —corrigió Logan—. Y bastante valiente.

Hannah lo miró de reojo.

—¿Tú harías algo así por mí?

Logan sonrió despacio, acercándose un poco más a ella.

—No de esa manera —respondió bajando la voz—. Hay cosas que no necesitan un escenario —añadió—. De momento solo sé que quiero estar cerca de ti… sin prisas, sin reglas, solo siendo nosotros.

Hannah tragó saliva.

—Eres peligroso cuando te pones sincero —murmuró.

—Solo contigo —respondió él, con una media sonrisa.

Ella apoyó la cabeza en su hombro, y él inclinó ligeramente el rostro para rozarle el cabello con los labios. No hubo aplausos ni faroles iluminándolos, pero en medio del murmullo de la feria, aquel gesto sencillo tuvo el mismo peso que cualquier declaración.

Y mientras la música continuaba sonando y la noche avanzaba, ambos supieron que, a su manera, estaban empezando algo que valía la pena cuidar.

FIN

EPÍLOGO

La primavera llegaba a Willow Creek con un aire fresco que parecía barrer los últimos restos del invierno. Las flores comenzaban a asomar tímidamente, los prados recuperaban su verde intenso y luminoso, y todo el pueblo daba la impresión de desperezarse tras meses de frío y silencio, como si la vida reclamara de nuevo su espacio.

Grayson pasaba las mañanas ayudando a su padre en el rancho. Cuidaba del ganado, revisaba las cercas y se aseguraba de que cada detalle estuviera en orden. Era un trabajo exigente, de manos ásperas y brazos fuertes, pero lo disfrutaba. No solo porque formaba parte de lo que siempre había conocido, sino porque sabía que, al final del día, lo aguardaba una recompensa mucho más dulce que cualquier descanso.

Cada tarde, cuando el sol comenzaba a inclinarse sobre el horizonte, se dirigía a la pastelería. El olor a pan caliente, mantequilla y galletas recién horneadas lo envolvía incluso antes de cruzar la puerta, como una promesa silenciosa. Natalie solía estar allí, con el delantal salpicado de harina, moviéndose entre bandejas y cajas con una naturalidad que parecía coreografiada. Algunos mechones rebeldes se escapaban de su moño desordenado y le enmarcaban el rostro, suavizándolo aún más. Al verlo entrar, siempre aparecía esa sonrisa suya, cálida y auténtica, capaz de desarmarlo sin necesidad de palabras.

—Ah, ahí estás —dijo ella, con un tono que mezclaba alegría y complicidad—. He dejado la mejor galleta de chocolate para ti, pero si no te das prisa, tendrás que pelear por ella con el resto del pueblo.

—Y yo que creía que era alguien especial para ti —respondió Grayson, acercándose con una media sonrisa que delataba cuánto disfrutaba aquel juego.

—Y lo eres —replicó Natalie, guiñándole un ojo con picardía—. En cuanto cierre, te demostraré lo especial que eres.

Grayson echó un vistazo alrededor, descubriendo que estaban completamente solos, luego al reloj que colgaba de la pared. Sin decir nada más, se acercó a la puerta, giró el cartel para que indicara «Cerrado» y echó la llave con un gesto tranquilo, casi ceremonioso. Después se volvió hacia ella, con una promesa clara brillando en sus ojos verdes.

—Problema solucionado.

Natalie lo miró durante un segundo más de lo necesario, como si estuviera memorizando cada rasgo de su rostro, cada sombra suave que la luz del atardecer dibujaba sobre él. Ahora sabía que amaría a ese hombre el resto de sus días y daba gracias al cielo, y al señor Taylor, por haberles dejado un legado compartido que había unido sus corazones para siempre.

—Así que… —murmuró ella, apoyando ligeramente su cadera en el mostrador— ¿eso es todo? ¿Cierras la pastelería y ya está?

Grayson no respondió de inmediato. Se inclinó hacia ella con calma, apoyando las manos sobre el mostrador a cada lado de su cintura, sin rozarla aún. Natalie contuvo el aliento, sintiendo cómo el calor que emanaba de su cuerpo.

—Eso es todo —dijo él en voz baja—. Ahora es nuestro momento.

Ella sonrió, pero no tuvo tiempo de responder. Grayson inclinó la cabeza y la besó.

Fue un beso lento y profundo, cargado de la necesidad acumulada tras un largo día de espera. Natalie llevó las manos a su camisa casi por instinto, aferrándose a él para atraerlo aún más contra su cuerpo.

Cuando se separaron apenas unos centímetros, Grayson apoyó la frente en la de ella.

—Te amo —dijo, sin titubeos, como si esas dos palabras ya formaran parte de su respiración.

Natalie cerró los ojos un instante, dejando que la emoción le llenara el pecho hasta casi dolerle. Cuando volvió a mirarlo, sus ojos brillaban.

—Yo también te amo —susurró.

Los labios de Grayson se curvaron, en una sonrisa distinta a todas las demás: serena, profunda, nacida de un lugar donde ya no había miedo.

—¿Sabes? —añadió con suavidad—. A veces pienso que todo lo que hemos vivido, todo lo que heredamos sin haberlo pedido… nos trajo exactamente hasta aquí.

Natalie asintió. Pensó en sus familias, en las heridas antiguas que nunca les habían pertenecido. Ellos elegido ser libres, habían elegido amarse, y eso era lo único que importaba.

—Estaba pensando justo lo mismo —confesó.

Grayson volvió a besarla, esta vez con una ternura casi reverente, como si aquel gesto fuera una promesa renovada.

—Ven —murmuró al separarse—. Subamos a casa.

Natalie entrelazó su mano con la suya mientras apagaba las luces de la pastelería y cerraba la puerta tras ellos. Juntos subieron la escalera que conducía al piso superior sin prisa ni dudas, acompañados únicamente por el sonido de sus pasos y la certeza compartida de estar exactamente donde debían estar.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, Natalie pensó que tal vez la felicidad no era algo grandioso ni estrepitoso, solo: amar y ser amada, y construir, día a día, un legado inesperado que ya no pesaba… sino que los unía.

MAR FERNÁNDEZ

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.
Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por "El jardín de las mentiras" de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.
Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

"Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón."
Mimi Romanz

Puedes encontrarme en:
Twitter, Facebook, Instagram…
http://marfernandezmartinez.wixsite.com

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Nunca te olvidé.
Atardecer contigo.
Viaje a los sentimientos.
Construyendo un amor.
Atrapado en tu recuerdo (Esencia Irlandesa).
Bajo las luces del invierno.

Bilogía "Los chicos Bradford"

Atrapado en tu recuerdo.
Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía "Town Hope"

Besos con sabor a lluvia.
Besos con sabor a esperanza.

Bilogía "Willow Creek"

Caminos de fuego.
Un legado inesperado.

Serie "Fast River"

La debilidad de Graig.
Un giro inesperado del destino.
La frontera del corazón.
Corazones esquivos.

Serie "White Valley"

Huyendo de mi destino.
Oscuros secretos en White Valley.
White Valley, un lugar para soñar.
Señor Rodeo.

Serie "Hidden Valley"

Latidos cautivos.
Honor de Conway.
Un abismo entre tú y yo.

Serie "Serene Falls"

Los silencios perdidos.
Mi corazón susurra tu nombre.
Un refugio en Moonlight.
Enredado en tu piel.

Colección Little Love:

Un adiós con olor a lavanda.
El corazón de Fiona.
Abrazando la tormenta.
Reflejos del pasado.
Una boda y cinco estados para enamorarme.

Victoriana:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor.
Perdida en tus brazos.
El Halcón del Támesis.

(Serie Libertinos)

Una apuesta desafortunada.
Conquistando a lady Helena.
Anhelos ocultos.

Trilogía "Destino"
(Género western)

Dos hombres y un solo corazón.
La ingobernable señorita Peterson.
La impostora y el marqués.

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.

El viaje de su vida.
Forajida.
La decisión de Elaine.
Amor rebelde.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.